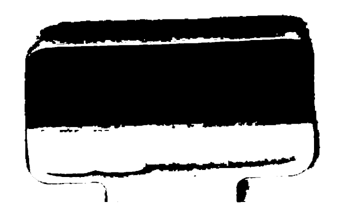








CONFERENCIAS PUBLICAS

CIENTIFICO RELIGIOSAS

APROBADAS POR EL ILUSTRÍSIMO Y DIGNÍSIMO OBISPO DE ESTA DIÓCESIS, SEÑOR

Francisco María del Granado,

Y DADAS POR EL PRESBÍTERO DOCTOR

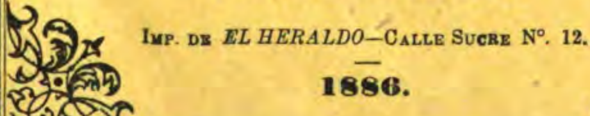
Manuel María Alcócer

En la ciudad de Cochabamba *(Bolivia,)*

Sobre la Cosmología del fin de las cosas creadas ó sea la historia del porvenir del Universo.

LOS DOGMAS CATOLICOS EN ARMONIA PERFECTA CON LAS CIENCIAS NATURALES.







COCHABAMBA.

IMP. DE *EL HERALDO*—CALLE SUCRE N°. 12.

1886.

CONFERENCIAS PÚBLICAS

CIENTIFICO RELIGIOSAS.

CONFERENCIAS PUBLICAS
CIENTIFICO RELIGIOSAS.

APROBADAS POR EL ILUSTRÍSIMO Y DIGNÍSIMO OBISPO DE ESTA DIÓCESIS, SEÑOR

Francisco María del Granado,

Y DADAS POR EL PRESBÍTERO Dr.

Manuel María Alcócer

EN LA CIUDAD DE COCHABAMBA, SOBRE LA COSMOLOGÍA DEL FIN DE LAS COSAS CREADAS Ó SEA LA HISTORIA DEL PORVENIR DEL UNIVERSO.

Los dogmas Católicos en armonía perfecta con las Ciencias Naturales.



COCHABAMBA.

IMPRENTA DE «EL HERALDO»—CALLE SUCRE, Nº 8.

1886.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR:

Suplica para que se haga constar la aprobación de las conferencias que acompaña, y se conceda á su lectura algunas gracias, por las razones que expone.

Manuel María Alcòcer, cura interino Rector de la Compañía de Jesús de esta ciudad, ante US. Ilustrísima con profunda veneración, me presento y digo: que á fines del año pasado y á principios del que corre, sometí personalmente al juicio muy ilustrado de US. Ilustrísima, cinco conferencias científico-religiosas que adjunto con el título de *Cosmología del fin de las cosas creadas ó sea la Historia del porvenir del Universo*, para predicarlas en la capilla pública del Seminario Conciliar de San Luis de Gonzaga y en el templo de la Compañía de Jesús.—US. Ilustrísima, después de revisarlas, me autorizó para que así lo hiciera; y en cumplimiento de esa licencia verifiqué la predicación en los sitios sagrados ya indicados con la concurrencia personal de US. Ilustrísima que con tanta bondad se resolvió á honrarlas con su augusta presencia, habiendo tenido yo la dicha de recibir, á pesar de mi indignidad, después de las tres primeras conferencias, algunos aplausos públicos de su ilustre clemencia en presencia misma del auditorio en el Seminario.—La 5ª. conferencia aun no está predicada.

Al presente, deseando publicarlas en forma de libro para la honra de Dios, la defensa de nuestra religión santa y el bien de los fieles, suplico á US. Ilustrísima humildemente, se sirva hacer constar su anterior aprobación.

Además, á fin de despertar el interés de los fieles por su lectura en los tiempos de inercia é indiferencia que atravesamos, ruégole igualmente, se digne conceder algunas indulgencias á los que con deseo de instruirse, en los dogmas católicos, las lean y promuevan en otros su lectura.—Cochabamba, setiembre 15 de 1885.

Manuel M. Alcócer.

Palacio Episcopal en Cochabamba, á 16 de setiembre de 1885.

Pasen las conferencias presentadas por nuestro Párroco ocurrente, á la censura de S. S. el Arcediano de esta S. I. C. D. Jacinto Anaya, en la parte relativa al dogma y á la moral.

El Obispo.

D. O. de S. S. Iltma.

Arébalo—Prosecretario.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR:

En cumplimiento de lo dispuesto por US. Ilustrísima, en el decreto de 16 del mes pasado encargándome el examen y censura de las conferencias científico-religiosas que desea publicar el párroco Dr. Manuel Mª. Alcócer, tengo la satisfacción de manifestar á US. Ilustrísima, que en mi concepto, no solo merecen ser publicadas, por no contener cosa alguna contraria al dogma y moral de nuestra santa Religión, sinó que las creo dignas de ser especialmente recomendadas, por la importancia de las materias de que se ocupa.

El autor se propone demostrar la concordancia de los libros santos y autoridades de la Iglesia, con los descubrimientos de la ciencia moderna, para lo cual, trae abundante copia de textos sagrados por una parte, y por otra de las doctrinas y opiniones de los autores más culminantes de Física, Química, Astronomía y Geología: su lectura, por consiguiente, será muy provechosa para los fieles, y muy especialmente para el clero y la juventud estudiosa.

Por todo lo cual, soy de opinión, que US. Ilustrísima se digne conceder al autor, la licencia que solicita, para poder publicar las mencionadas conferencias conforme á las prescripciones canónicas: salvo que US. Ilustrísima en su elevado criterio, resuelva lo que estime más acertado y conveniente.

Dios guarde á US. Iltma.

Cochabamba, octubre 13 de 1885.

Jacinto Anaya.

Palacio Episcopal en Cochabamba, á 16 de octubre de 1885.

Vista la precedente censura, otorgamos la licencia necesaria para la publicación de las importantes Conferencias científico-religiosas de nuestro distinguido Párroco Dr. D. Manuel Mª. Alcócer y las recomendamos á nuestros fieles Diocesanos, en especial al V. Clero y á la juventud estudiosa, concediéndoles cuarenta días de indulgencias por la atenta y bien intencionada lectura de cada página de dichas conferencias.—R. Devuélvase.

El Obispo.

D. O. de S. S. Iltma.

Basilio Arébalo — Prosecretario.

ADVERTENCIA DEL EDITOR.

Las conferencias Científico-religiosas predicadas en esta ciudad por el modesto y humilde Sacerdote, Dr. Manuel M^a. Alcòcer, antiguo profesor de ciencias naturales del Seminario y de otros colegios nacionales y particulares, sobre los dogmas del Juicio final, la Resurrección de los muertos, &., en armonía con las ciencias filosóficas, naturales y teológicas, han merecido el aplauso entusiasta de toda la población, y en especial de la alta clase ilustrada sin excepción. "El Heraldo", periódico acreditado que se edita en esta ciudad, en su número 859, martes 30 de diciembre de 1884, al hablar de ellas, dice............
« Tocóle entre nosotros, dar el primer paso en este nuevo camino (en el de las ciencias), á nuestro ilustrado cuanto modesto amigo, el Presbítero Manuel M^a. Alcócer.—«Ese digno Sacerdote de aquel que decía: El que se humilla será exaltado y el que se exalta será humillado», obtuvo el Domingo, el más brillante éxito que orador sagrado alguno entre los nuestros, hubiese obtenido en la cátedra del Espíritu Santo.—Queda pues, revindicada la honra del clero.—El Sr. Manuel M^a. Alcócer es clérigo y es un sabio».

Y durante el curso de esas conferencias, dice el mismo «Heraldo», en su número 868: «Ayer tuvimos el placer de escuchar la 2^a. conferencia del Presbítero Manuel M^a. Alcócer.— Con decir que fué digna de la primera, hemos dicho todo. Asistió lo más ilustrado de este vecindario, y todos se retiraron satisfechos. El orador, anunciò para su última conferencia un programa demasiado atrevido, pero que esperamos será tan satisfactoriamente cumplido como los anteriores».

Cuando el orador dió su 4^a. conferencia, el mismo periódico lleno de justicia y de entusiasmo, le dirige en su número 883, el siguiente elogio: «Conferencias científico-religiosas.— Nuestro ilustre amigo, el Presbítero Manuel M^a. Alcócer, dió su 4^a. conferencia en el Templo de la Compañía ante una numerosa y respetable concurrencia de señoras y caballeros.— Fué el tema del discurso: «*Resurrección de los muertos.— Juicio final.—Valle de Josafat*».—La otra vez dijimos que el tema era atrevido, pero el Sr. Alcócer á fuerza de ciencia

« y erudición pudo más en tan espinosa materia de lo que « esperábamos.—El auditorio se retirò satisfecho y justamente « orgulloso de que el Sacerdocio cochabambino contara entre « sus miembros, varones que como el Sr. Alcócer, le honran tan- « to por su virtud y su ciencia.»

El orador se lanza ora sobre el terreno experimental de las ciencias naturales, ora sobre la arena filosófica para probar los dogmas católicos, y alcanza su objeto tan completamente que mi pluma no basta á encarecer el mérito de estas conferencias como merecen. Hace amplias concesiones en el campo científico, y no obstante sus triunfos son expléndidos. La lógica de acero que maneja con tanta destreza, lo lleva alternativamente ya á la esfera de las ciencias, ya al sentido común en los problemas pavorosos que resuelve, haciendo penetrar el convencimiento hasta lo íntimo de la razón. Hace más el orador......persigue la demostración de su tesis hasta el punto de elevarse á la evidencia matemática, mediante problemas de mecánica celeste que plantea y los resuelve, apoyándose en las mismas doctrinas de los principales sabios naturalistas de nuestro siglo.

En fin, en ellas y principalmente en la 4ª. conferencia ábre nuevos horizontes á la ciencia teològica y descubre nuevas vistas que sorprenden por su novedad y por el enlace íntimo que ha procurado entre los dogmas y las ciencias naturales y filosóficas.

Su erudiciòn es estensa. Tiene la ventaja de la precisiòn, del exacto conocimiento de las ciencias y de la profundidad de sus conceptos. En una palabra, ha hecho abrazar la civilización moderna en todo el lujo de sus conocimientos científicos con la ciencia sagrada. La armonía que hace resaltar el autor entre los textos sagrados y las ciencias, es tan completa y exacta, que sorprende y admira.

El Editor.

Saturnino Olañeta.

— VI —

A LOS LECTORES.—SÚPLICA.

Si vuestra conciencia ilustrada, llega à dirigir quizá alguno que otro aplauso á la lectura de estas conferencias, como ha sucedido ya, rendidlos, no al indigno presbítero que figura en ellas, sinó al verdadero autor de la ciencia, que es la Sabiduría Increada, al Verbo Encarnado que es su manifestaciòn, y quien se las ha enseñado misericordiosamente al que escribe. Asì como la luz del sol nos dá la visión del mundo material, así también la luz divina, el sol de la eternidad, sirve á la visión de los entendimientos de buena voluntad y les descubre el mundo moral. Rendid, pues, todo homenaje, todo aplauso, toda adoraciòn al que es autor de todo dón, de toda inteligencia, de toda sabiduría.

Manuel Mª. Alcócer.

OTRA SÚPLICA A LA INMACULADA CONCEPCIÓN, LA VIRGEN DE LOURDES.

DEDICATORIA.

Con profunda humildad y confianza me postro á tus pies, oh Madre de Dios y Madre mía, para suplicarte que presentes este pobre trabajo á tu Divino Hijo, Jesús Nazareno, el Redentor, diciéndole que lo dedico á El, como una prenda de mi fé y del amor que me liga á su dulcìsimo corazòn. Tiembla mi alma de temor, respeto y veneración al pensar que esta dedicatoria se dirige al que es la Sabiduría Increada é Infinita...... pero confío en que tu ternura maternal amparará mi atrevida á las vez que amorosa empresa con una eficaz intercesión. Complacer y honrar á tu Hijo, es complacerte, y honrarte á tí; dedicarse y consagrarse á Jesús es lo mismo que consagrarse á tu tiernísimo corazòn, oh madre admirable, encanto de los cielos y embeleso de la tierra. ¡Oh! Virgen por excelencia y resplandeciente Faro de pureza, recaba la bendición de tu Hijo y concede también la tuya á esta publicación, que sale de las manos de la más miserable de tus criaturas, para que obtenga un éxito feliz en bien de la Iglesia y de la humanidad por los méritos del Crucificado.

Manuel María Alcócer.

DISCUSO PRELIMINAR.

Tengo la honra de ofreceros bajo la forma de conferencias, la 2ª. parte de un pequeño libro que estoy escribiendo con el título de «*Cosmología del principio y fin de las cosas creadas*», el que si Dios quiere y vosotros aceptais, verá la luz pública. Mi pequeñez y falta de conocimientos suficientes, tal vez sean escusadas por el deseo sincero y ardiente que me anima para estimular á los jóvenes aficionados al estudio y estimularme á mí mismo en el arduo camino de la ilustración, tanto más cuanto que han sido escritas en medio de los padecimientos de una enfermedad que me ha aquejado.

Os ruego humildemente, Ilustrísimo señor y distinguido auditorio, acepteis el fruto débil de mis trabajos científicos, ya que no por mí, al menos cediendo á la esclarecida bondad que os distingue para mirar con indulgencia las fatigas de los que luchan con las dificultades del saber y acoger benévolamente las conquistas que alcanza el que se empeña en esos combates penosos. Si he errado corregidme; pero hacedlo con bondad y amor fraternal, porque en las conferencias que os traigo no ofendo á nadie, y mi único objeto és procurar en mi posibilidad la gloria de Dios, buscar el honor de las ciencias y la utilidad de mis conciudadanos, á quienes me liga el vínculo sagrado de una sola patria. Además, esta mi pobre producción es una prueba del grande afecto que he profesado siempre á este simpático país que me viò nacer, como lo he probado ha muchos años, trabajando algo por el bien público.

Ahora bien, pasando á la introducción de mis conferencias, me permitiré trazar á grandes rasgos el objeto principal de mi obra:

INTRODUCCIÓN.

Las ciencias religiosas y las ciencias profanas tienen el mismo origen, que es Dios, con la diferencia solamente de que las primeras proceden de una enseñanza divina inmediata ó directa, y las segundas de una enseñanza mediata ó indirecta; las primeras son rayos de luz emitidos por el mismo foco di-

vino, y las segundas son copias imperfectas hechas por el hombre de la ciencia divina grabada en la creación.

Antes que los astrónomos existió y existe un astrónomo divino perfecto, cuya ciencia escribió con caracteres gráficos y misteriosos en el inmenso piélago de astros que adornan los cielos, la que se empeñan en descifrar y copiar los sabios con un perseverante esfuerzo y de la que apenas han alcanzado su alfabeto. Antes que los geómetras, existió y existe un sublime *geómetra* que trazò todas las figuras geométricas junto con los principios y teoremas que las rigen en los innumerables cuerpos y cristales que extendió en el universo. Antes que los matemáticos, existió y existe un genio matemático inmenso que grabó todos los números, y á los que sujetó la composición y descomposición de los cuerpos y pavorosos problemas, en el formidable campo de su creación, y de que la inteligencia humana apenas ha copiado una parte infinitamente pequeña, escollando en aquellos problemas insolubles, sin poder elevarse jamás á la potencia de las cantidades que se pierden en el infinito. Antes que los físicos, existió y existe un prodigioso físico, que con los agentes misteriosos, fuerzas, leyes y fenómenos de su creación, se ríe de los pobres científicos que quieren adivinar su física insondable. Así podemos seguir haciendo la filiación de las ciencias humanas que no son otra cosa que una interpretación y copia imperfecta de la ciencia divina escrita en la creación. El universo, es pues, un inmenso libro de ciencias que el Señor escribió y cuyas páginas las extendió á los ojos de sus criaturas inteligentes para alimentar y entretener su entendimiento, y para que conociéndolo por medio de sus obras maravillosas, lo adoren en espíritu y verdad. Y ¡ay! de aquellos que blasfemen su adorable nombre; él dispone de todas las fuerzas del universo y de su poder infinito para aniquilarlos en el día de la cuenta.

¿Y por qué se precia el hombre, este insecto de la tierra, de un saber que no ha sacado de sí mismo sinò de la observación de la naturaleza y del orden moral creados por Dios? ¿Por qué se enorgullece este plumario ignorante de la ciencia divina, máxime si en la copia que hace, traza garabatos ininteligibles? ¿Pueden existir las ciencias sin que preexistan las o-

bras y principios de Dios? Si el Señor hubiera suprimido en su creación las esferas y círculos, ¿hubiesen los hombres tenido idea de esta parte de la geometría? Si el aire no hubiese sido creado ¿acaso hubieran existido la Acústica y la Meteorología? Las ciencias físicas consisten en la observación de los fenómenos de la naturaleza y de las leyes providenciales á que están sujetos. Por eso se elevaron á tan sublime altura en la gloria de las ciencias Newton, Herschell, Keplero, el canónigo Copérnico, Laplace, Cuvier, &. porque fueron los más atentos observadores de la naturaleza, y porque consagraron casi toda su vida al estudio de las leyes del universo creadas por Dios para que rijan la materia. Por eso los modernos astrónomos é ilustres sabios, el Padre Sechi y Camilo Flammariòn, se ciernen en las altas regiones de la Astronomía, porque hace tiempo que leyeron la ciencia del Creador en los maravillosos astros que han formado su encanto; y todavía las ciencias lloran la muerte del profundo físico y culminante astrónomo el Padre Sechi. De suerte que en claros términos las ciencias físicas no son sinò la copia ó trasunto de la ciencia divina grabada con anterioridad en la naturaleza.

Con razón dije en una publicación hecha por mí en el 14 de Setiembre:—"El día en que acaeciese un desorden ò des-
« concierto en la naturaleza, alejándose el pensamiento divino,
« que es el orden del universo; el día en que se destruyese
« la sociedad, dejando aislado al hombre, ese día comenzarían
« la barbarie de las ideas y el reinado de las tinieblas. Las
« ciencias enmudecerían y las musas cegadas perderían sus li-
« ras. Lo que alumbra al hombre es la sociedad, y lo que
« alumbra á la sociedad entera es el pensamiento divino que le
« habla en la creación, que escribe en los majestuosos giros
« de los astros; que grita en las tempestades y el bramido de
« los mares; que reina en el orden universal, y cuya mirada
« embeleso de la naturaleza, resplandece en el sol y las estre-
« llas. El día en que esta ciencia fuere borrada por la mano
« del Omnipotente, un inmenso cementerio se extendería en las
« regiones de la inteligencia y un árido desierto en el corazón.»

Todos los libros escritos por los sabios acerca de la naturaleza son incomparablemente inferiores al verdadero libro de la

creaciòn de que son una copia imperfecta. Y sin embargo, hay hombres, como los ateos, monstruos de la humanidad, que niegan la existencia de Dios. Vamos de paso á mostrar su pequeñez y su miseria, valiéndonos del poder de los contrastes.

Por ejemplo, un ateo ha escrito varios libros que le parecen famosos y que forman, según él, su honra y grandeza. Un travieso le dice: «esos libros no son obra de U. sinó de la ca-« sualidad. La acción del vapor, de la atmósfera, del fósfo-« ro y de la electricidad, ha producido sus páginas, sus ca-« racteres y los pensamientos contenidos en ellos.» Estoy seguro, que al oir estas palabras, responderá el ateo, haciendo gesticulaciones de ira: «Usted es un estúpido, un imbécil; ¿no sa-« be U. que esos libros son producto de mi inteligencia, de « mi talento; cómo la casualidad ha de producir esas ideas sor-« prendentes?» Vereis, ilustre auditorio que estas palabras caerán sobre él mismo......En efecto ¿por qué este ateo se muestra tan justo para sí mismo, y tan injusto para con Dios? Si á sus libros imperfectos y corruptores concede un autor, que es él mismo, y defiende està tesis con ardor, como no puede ser de otro modo ¿por qué inconsecuencia y aberraciòn niega un autor al sublime y profundo libro de la creación, del que salen todos los libros, y que es infinitas veces superior á sus miserables producciones? Es admirable que la corrupción de la inteligencia y del corazón haya llegado al extremo horroroso de producir ateos....á estos locos desgraciados de la humanidad, y que si hacen daño es porque no están encerrados en un hospital .....

A medida que avanzan las ciencias, la humanidad va aprovechando de más en más los beneficios de Dios. Y sin embargo algunos científicos extraviados á pesar de que están en el pleno usufructo de estos beneficios, lanzan blasfemias é insultos contra el divino arquitecto del universo y propietario de esos beneficios....La electricidad les sirve, como el más humilde de los siervos, en los telégrafos, conduciendo á distancias prodigiosas la palabra y el pensamiento con la rapidez del relámpago; poniéndolos al habla á centenares de leguas, mediante el teléfono; el vapor los hace volar por sobre los mares y la superficie terrestre con la velocidad de sus prodigiosas alas......¡No basta esto; la ingratitud está en pié!!

Sigamos con el método de los contrastes científicos...... Si un monarca de la tierra prestase graciosamente á un súbdito suyo caballos y carruajes á fin de que enganchándolos, se sirviese de ellos para sus viajes, y otras necesidades; este hombre debería agradecer á su monarca y bendecir su nombre; pero ¿qué diríais, si el usufructuario gratuito de aquellos carruajes, se levantase con la limosna y dijese: «estos rodados, y estos caballos son míos, construidos y criados por mí, no conozco á ese monarca, y si existe es un miserable, es un infame? Diríais sin duda que es un ingrato, un hombre vil y despreciable. Y si no solo en esto parára su rebeldía, sinó que en presencia misma de su monarca vomitase esas injurias,—¿no merecería este miserable un terrible castigo? Ni más ni menos sucede con los ingratos de este mundo que aprovechan los recursos y beneficios de Dios para sublevarse contra él é insultar su nombre *tres veces santo*......¿Qué cosa es el telégrafo sinò el enganche al pensamiento y á la palabra de la fuerza de la electricidad que nos presta gratuitamente el Señor? ¿Qué el vapor sinó los caballos prodigiosos que nos obsequia generosamente el Omnipotente para engancharlos á nuestros buques y rodados? ¿Qué la luz sinó un correo misterioso que nos envía el Creadorr graciosamente, y que lleva nuestro pensamiento á inmensas distancias para que penetre en la profundidad de los cielos? ¿Y cuál de los mortales puede crear la electricidad, el vapor, la luz?......¿Y quién la madera y el hierro de nuestros buques, y ferrocarriles? El hombre apenas modifica los accidentes de las cosas sin tocar á su sustancia......¡Y nó obstante, los usufructuarios de tantos favores, con que son colmados por la providencia, rechazan su santo nombre y lo cubren de injurias!! Ah qué ingratitud monstruosa y sin nombre!! Con razón este desgraciado planeta, lleva en su frente la marca del *deicidio;* su libertad nacida en la rebeldía y alimentada por el orgullo, ha llegado á ser el manantial de un torrente de infortunios y de crímenes!!

Veremos ahora si la inteligencia humana puede entender las cosas sin la luz de Dios. En efecto, así como la luz visible que nos rodea produce en nuestros ojos el fenómeno admirable de la visión, así también el alma está rodeada de una luz espiritual, que es la luz divina presente en todas partes y que produce en nuestras

inteligencias la visión espiritual, ó lo que es lo mismo la percepción de la verdad—*Et hæc anuntiatio* (decía San Juan en su epístola 1ª. cap. 1º. v. 5º)...«*Quoniam Deus lux est.* Y esta es la nueva... porque Dios es luz». A la manera que nuestros ojos son los órganos del aparato de la visión, del mismo modo nuestro entendimiento es el órgano apto de la visión espiritual, por decirlo así, es decir, del conocimiento intelectual de las cosas. Hay por consiguiente una luz exterior que descubre á nuestra vista el espectáculo visible de la creación, y otra luz interior que franquea á nuestra alma la visiòn del mundo moral. Sin luz exterior no pueden ver nada nuestros ojos; sin luz interior no puede nuestro entendimiento percibir la verdad. Así como la niebla, las nubes de la atmósfera; y la catarata y otras enfermedades oculares empañan ó impiden la visión; así también el error, el orgullo, las pasiónes, que son las nubes y dolencias del espíritu, empañan ú obstruyen la visión clara de la inteligencia. Esta tiene que salir de la regiòn oscura de los vicios para limpiar su vista interior y percibir la verdad. Si Dios no hubiera hecho la luz material, todos fuéramos ciegos; y si él mismo no fuera la luz espiritual de nuestras almas, fuéramos completamente ignorantes por la ceguera espiritual; y si entendemos bien las cosas es únicamente en él y por él. (Por eso dije en la publicaciòn indicada: «Solo la virtud ilustrada pue- « de penetrar los misterios del pensamiento divino; solo ella á « fuerza de trabajo y de sacrificio ha limpiado la visiòn de su « entendimiento. Mas la inteligencia sin la virtud se encami- « na solamente á una obra incompleta, porque le falta el amor, « que es para el espíritu lo que el vapor y la fuerza para la « mecánica. Mas la virtud aumenta el alcance de la visión in- « telectual y aproxima, como con un telescopio, el objeto divi- « no que quiere conocer. El amor santo es, pues, la fuerza del « espíritu y por consiguiente del pensamiento, porque procede « de la voluntad, que es la palanca del progreso.»..............

Si esto es así ¿por qué se atribuyen algunos sabios extraviados una luz intelectual propia y esclusiva, diciendo que pueden pasarse sin Dios y que no necesitan de él para nada? Este lenguaje equivale á este otro: «Aquella luz del sol que me « alumbra y me hace ver las cosas, no es del Sol sinó mia

« porque sale de mí». Si el orden moral no existiese, es decir, esa luz espiritual que facilita nuestra visión, que es el reflejo de Dios, que circunda nuestras almas, ¿acaso podrían aquellos percibir ninguna noción de justicia, de bien, ó de verdad? Si el orden material desapareciese ¿podrian subsistir las ciencias físicas? Si Dios no existiese ¿podríamos nosotros existir?

Como nuestra inteligencia es facultad de percibir ideas que son su objeto, no puede percibir sinó, aquello que está fuera de él, mediante la luz divina que le rodea, á diferencia de que en alguna manera se siente á sì misma en su actividad. ¿Y como podría percibir intelectivamente sin el auxilio de esa luz? La luz de la verdad no está en ella, sinó que busca esta luz fuera de ella; porque si la luz de la verdad estuviese en ella, poseería la ciencia universal, la ciencia absoluta, como Dios, lo que es un absurdo. Por consiguiente, esa luz divina es la que auxilia la visión intelectual. El orden material y el orden moral están alumbrados, por una luz material y una luz espiritual, es decir, por verdades sensibles y verdades morales inherentes á ambos órdenes y que no son otra cosa que los resplandores de la verdad absoluta y eterna, que es el mismo Dios, presente en la creación por medio de sus verdades y de sus leyes......«*Quoniam apud te est fons vitæ, et in lumine tuo videbimus lumen;* porque en tí está la fuente de la vida, y por tu lumbre veremos la lumbre (Salm. 35 v. 10).—Es decir que con la misma luz de Dios le veremos á èl, y con esa misma luz vemos ahora las verdades físicas y morales que son sus irradiaciones...... *Accédite ad eum et iluminamini:* Acercaos á él y sereís alumbrados (Sam. 33. v. 6º.) *Lucerna pedibus meis verbum tuum, et lumen semitis meis.* Antorcha para mis pies es tu palabra, y luz para mis sendas (Salm. 118. v. 105). Pero el que con más fuerza define este pasaje es el águila de los apóstoles, San Juan, en su Evangelio, cap. 1º.—*In ipso vita erat, et vita erat lux hominum.* «En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres».—Por consiguiente, como dice el Ilustrísimo Scio en su Biblia anotada, toda luz y sabiduría en los hombres, no es más que un rayo y una participación de la sabiduría divina, porque el hombre fué creado á imagen y semejanza de Dios.

Ahora bien, os mostraré, señores, que las ciencias reli-

giosas y las ciencias humanas no se hallan en contradicción en manera alguna; porque si Dios es autor de ambos géneros de conocimientos, en los unos directa y en los otros indirectamente, es imposible que un solo autor infalible, como lo es Dios, tenga obras que se contradigan. Las ciencias físicas, á medida que adelantan, empiezan á apoyar las verdades religiosas con tanta precisiòn y exactitud, como lo vais á ver en la pobre cosecha que os ofrezco. La Biblia sagrada se adelantó muchos siglos á la inteligencia humana con su inmenso saber religioso por ser la enseñanza directa de Dios; y los verdaderos talentos, en el porvenir, se avergonzarán de la incredulidad del pasado, cuando las luces de las ciencias hayan disipado la niebla de las pasiones que oscurecen el entendimiento humano.......Sí, abrigo esta esperanza......«Veo al través de los tiempos, en lontananza, la au« rora de un día que ha de brillar con luces deslumbrantes, la « aurora de un día que no veré ya......Flota en la luz de mi « pensamiento un punto radiante que hiende la oscuridad del « porvenir, á cuyos resplandores parecen avergonzarse las som« bras que huyen......Es la ciudad del progreso, la ciudad de la « verdad que se destaca del horizonte humano, y donde el *Evan« gelio es la constitución de la libertad*.......Religión de Jesús, « verdad, justicia, libertad bien entendida, vosotras brillais en « ese hermoso cielo como estrellas serenas; ante vosotras des« piertan las leyes que ahora duermen»......*Allí es dichosa la vida, allí es dulce la muerte!!* (Fracmento de una publicación del autor en el Nº. 45 del «14 de Setiembre.»)

Antes de terminar este prólogo, apuntaré las cuestiones principales que he tratado en el libro de mis *conferencias*.......

En efecto, en la 1ª. conferencia me he ocupado de comprobar el dogma del juicio final con los textos sagrados hasta la evidencia. He demostrado en los siguientes capítulos la existencia de fuerzas antagónicas en el universo que destruyen las energías motrices de los astros poco á poco; que el calor asociado á otras fuerzas directrices y especialmente á las corrientes termo-eléctricas, fomenta el movimiento astral, y que á medida que avanza el enfriamiento de los astros, como en efecto va sucediendo, sus movimientos deben disminuir en la misma proporción;—que los gases que lanzan los volcanes ter-

restres y probablemente los planetarios, son una fuerza motriz auxiliar de la potencia solar para sostener la rotación de los mundos; y se les compara con las máquinas llamadas *Eolípilas de reacción*, haciendo constar su semejanza científicamente. He probado igualmente que el calor y las demás fuerzas naturales constituyen una cantidad definida, y que la disminución del calor central de los astros traerá por consecuencia la aminoración de la rotación planetaria, comprobando este aserto con el ejemplo de la constitución física de la Luna.

También he probado que el globo solar, gira á espensas de su energía termal, de las presiones de los enormes gases que desprende y de las ondulaciones etéreas de sus átomos;—que el choque de las fuerzas antagónicas con las motrices, arrastra los átomos hacia el reposo en la medida en que se destruyen éstas. Y en el curso de esta demostración científica y experimental, he encontrado la armonía perfecta de los fenómenos físicos de la ciencia natural con los de igual clase que la escritura anuncia para el juicio final.

He trascrito las doctrinas de los sabios Pouillet, Tindall, Newton, Guillemín, Youmans, Dulong, Petit, &., para apoyar mi tesis sobre el agotamiento de las energías del universo, haciéndoles aun concesiones amplias en el terreno científico.

He citado la célebre opinión del sabio astrónomo, M. Delaunay, acerca de la disminución actual de la rotación terrestre por las mareas, apoyada por el ilustre director del observatorio de Greenwich, M. Ayri, y lanzada antes por el profundo sabio, Dr. Mayer, el inventor de la teoría dinámica. He generalizado esta teoría para aplicarla á los demás astros, inclusive el sol.

¿La ciencia podrá medir directamente la cantidad de rotación que pierden los astros, por las causas que se exponen? A continuación he dado una solución científica á este problema, mostrando la concordancia que he sorprendido entre la Bíblia y la ciencia.

Hago notar igualmente, que la caida de los bólidos, aerólitos y otras piedras meteóricas, contribuye á apagar el movimiento giratorio de la Tierra. Expongo las leyes de la mecánica en apoyo de esta doctrina, y pruebo que la precipitación de esas

piedras sobre nuestro globo, irá en aumento día á día.

¿La caida de esas piedras sobre el disco del sol le añadirá calor? Se resuelve la cuestión en sentido negativo con el auxilio de la mecánica y de la física.

En seguida, demuestro que á causa de las fuerzas perturbadoras, el movimiento de los astros tiende á perder la raiz cuadrada de su velocidad total, dando lugar al aumento sucesivo de la gravedad astral. Se resuelve el gran problema de la cesación repentina del movimiento rotatorio de los mundos, mediante los principios rigurosos y matemáticos de la mecánica.

En la 2ª. conferencia se describen científicamente los efectos de la cesación repentina de ese movimiento conforme á la teoría mecánica del calor, ó la Thermodinámica.........Se cita la opinión teológica de Santo Tomás sobre el fin del mundo en armonía con esta teoría.

De las premisas que sientan Joule, Thomson, Casin, Fabre, Clapeyron, Dupré, Regnault y otros sabios, sobre el equivalente de todo movimiento cesante, se arrancan consecuencias espantosas:—el incendio universal de los astros; su rompimiento ó estallido; la oscuridad del sol y de las estrellas por la interferencia de los rayos luminosos y de la invasión de los gases; la caida de las estrellas y del sol en fragmentos sobre la tierra y los demás planetas, probada con las leyes de la física y de la astronomía, llevando la lógica hasta el punto de hacer intervenir el sentido común en esta cuestión formidable; la concentración de los restos cadavéricos de los astros en una región del espacio por la fuerza de la gravitación, calculando con el auxilio de la mecánica, el tiempo probable que deben emplear para su reunión......¡La velocidad de su atracción superior á la de la luz!!!......

En la 3ª. conferencia se describen los fenómenos físicos primitivos y actuales del mundo y se hace notar el sentido alto de los textos sagrados. En seguida, se comprueban matemáticamente muchos fenómenos expuestos en la anterior conferencia, recurriendo á los problemas de la mecánica celeste.

En la 4ª. conferencia, se habla de la resurrección de los muertos é identidad de sus cuerpos, y se las comprueba razonando con la química y otras ciencias naturales y filosóficas fran-

ca y abiertamente. Se resuelve la dificultad suscitada sobre el Valle de Josafat, lugar del juicio, interpretando ventajosamente los textos sagrados relativos al caso cuestionado. Ultimamente, se apoya la doctrina de la pluralidad de los mundos habitados con textos sagrados claros y terminantes.

Por fin, en la 5ª. conferencia, que aun no se há dado desde el púlpito, razono sobre el dogma de la Eternidad de las penas. Pruebo mì tesis con el sentido común, desplegando en los siguientes capítulos las pruebas biológicas del infierno, analizando la biología del alma y del cuerpo. A continuación enlazo los principios biológicos á la filosofía y los hago concurrir satisfactoriamente á la comprobación clara del dogma.

En el capítulo 13 me ocupo de la confutación de la objeción relativa á la desproporción de la pena eterna con el pecado, y pruebo con ejemplos palpables esa proporción; ejemplos en los que se manifiesta que el hombre es capaz de producir males eternos. En seguida, adelantando el razonamiento sobre los principios del orden, las relaciones del amor y del odio, de la dicha y desventura, pruebo la justicia del castigo eterno, aun en cuanto á los pecados mortales de menor gravedad.

Finalmente, en el último capítulo, refuto el soñado sistema de la trasmigraciòn de las almas de planeta en planeta con un argumento nuevo, y manifiesto la imposibilidad absoluta de su realización en el terreno práctico.

Todos estos problemas pavorosos, en los que la fatiga casi ha puesto fin á mi existencia, han sido resueltos cumplidamente en el espacio de siete meses, más ò menos, no por mí, sinó por la gracia y misericordia del que Todo lo Puede......

¡Loado sea Dios eternamente!!!......

Para dar una idea más metódica de mis trabajos, trascribo á continuación el *Indice general* de mi libro, que se publicará si Dios permite que mis concindadanos llenen la suscripción que se levanta á este efecto......

ÍNDICE GENERAL DEL LIBRO DE LAS CONFERENCIAS CIENTIFICO-RELIGIOSAS.

Primera Conferencia.

Segunda Conferencia.

Tercera Conferencia.

caida de las estrellas.—Equivalente mecánico de la rotación del sol.—Cálculo de la fuerza de explosión con que estallará su masa al cesar su movimiento y de la velocidad con que lanzará sus fracmentos por el espacio.—Apreciación del tiempo en que caerán sobre la tierra y los demás planetas.—Fuerza termal equivalente á la cesación del movimiento de traslación del sol hacia la constelación de Hércules.—Parálisis de los resortes centrales del movimiento universal.—Caida efectiva de las estrellas sobre la tierra y demás planetas.—Opinión de los santos padres sobre esta caida; la del autor.—Efectos de la parálisis de nuestro planeta y cálculo de la fuerza de explosión con que se romperá su masa.—Su armonía con los textos sagrados.

Cuarta Conferencia.

Capítulo 5º.—Resurrección de los muertos comprabada por los textos sagrados en armonía con las ciencias físicas y filosóficas.

Capítulo 6º.—Posibilidad de la resurrección.

Capítulo 7º.—Fenómenos de resurrección actual en algunos seres organizados y aun en el hombre.—El autor combate en el mismo terreno de los enemigos y prueba con sus mismos principios y doctrinas el dogma de la resurrección.—Lugar donde serán juzgados los resucitados.—Opinión personal del autor acerca del Valle de Josafat.

Capítulo 8º.—Identidad del cuerpo de los resucitados con el que tuvieron antes de su muerte, probada por la Química.

Capítulo 9º.—Continuación del Programa anunciado en el capítulo anterior.

Capítulo 10.—Pluralidad de mundos habitados apoyada por los textos sagrados.

Capítulo 11.—Juicio universal.—Reinado de la eternidad.

Quinta Conferencia.

Introducción.—Inmortalidad del alma.

Capitulo 12.—Eternidad de las penas.—El sentido común y la gracia prueban el infierno.—Comprobación del dogma de la gracia divina.

Capítulo 13.—Pruebas biológicas del infierno.—Biología del alma y del cuerpo.

CONFERENCIA PRIMERA.

Cosmología del fin de las cosas creadas.

CAPÍTULO 1º.

Fin de lo creado.—Juicio final.—Textos sagrados que los prueban.

El gran juicio del hombre—Dios, tendrá lugar cuando todo el universo choque entre sus partes y sea destruido por el fuego, lo que se desprende palmariamente de los textos sagrados que citamos á continuación.

San Mateo en el capítulo 24 v. 29, 30, 31 y siguientes, dice: «*Statim autem post tribulationem dierum illorum sol obscurabitur, et luna non dabit lumen suum, et stellæ cadent de cælo, et virtutes cælorum conmovebuntur......Et tunc parebit signum Filii hominis in cælo; et tunc plangent omnes tribus terræ, et videbunt filium hominis venientem in nubibus cæli cum virtute multa et majestate......Et mittet angelos suos cum tuba et voce magna; et congregabunt electos ejus á quatuor ventis, á summis cælorum usque ad términos eorum.*—Y luégo en el capítulo 25 versos 32 y siguientes: "*Et congregabuntur ante eum omnes gentes, et separabit eos ab invicem, sicut pastor segregat oves ab hædis; et statuet oves quidem á dextris suis, hædos autem ad sinistris; tunc dicet rex his, qui á destris ejus erunt:.—Venite, benedicti Patris mei possidete paratum vobis regnum á constitutio-*

ne mundi; Tunc dicet et his, qui á sinistris erunt: Discedite á me, maledicti in ignem æternum qui paratus est diabolo, et angelis ejus......Et ibunt hi in supplicium æternum, justi autem in vitam eternam»....Vertidos al español, dicen: «Y luego des-
« pués de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá
« y la luna no dará su lumbre, y las estrellas caerán del cie-
« lo y las virtudes de los cielos serán conmovidas. Y enton-
« ces parecerá la señal del Hijo del hombre en el cielo; y en-
« tonces llorarán todas las tribus de la tierra y verán al Hijo
« del hombre que vendrá en las nubes del cielo con grande
« poder y majestad. Y enviará sus ángeles con trompetas y
« con grande voz, y allegarán sus escogidos de los cuatro vien-
« tos desde lo sumo de los cielos hasta los términos de ellos.....
« Y serán todas las gentes ayuntadas ante él, y apartará los
« unos de los otros, como el pastor aparta las ovejas de los ca-
« britos. Y pondrá las ovejas á su derecha y los cabritos á
« la izquierda......Entonces dirá el rey á los que estarán á su
« derecha:—Venid, benditos de mi padre, poseed el reino que
« os está preparado desde el establecimiento del mundo......En-
« tonces dirá también á los que estarán á la izquierda:—Apar-
« taos, malditos, al fuego eterno, que está aparejado para el
« diablo y para sus ángeles......E irán éstos al suplicio eterno
« y los justos á la vida eterna».

San Lucas en el capítulo 21 v. 25, 26 y 27, dice tambien:—«Et erunt signa in sole et luna, et stællis, et in terris
« pressura gentium prœ confusione sonitus maris et fluctuum......
« Arescentibus hominibus præ timore et expectatione quæ su-
« pervenient universo orbi; nam virtutes cælorum movebuntur.»
« Y habrá señales en el sol y la luna y las estrellas; y en la
« tierra consternación de las gentes por la confusión que cau-
« sará el ruido del mar y de sus ondas. Secándose los hom-
« bres por el temor y recelo de las cosas que sobrevendrán á
« todo el universo, porque las virtudes ó fuerzas de los cielos
« serán conmovidas.»

San Pedro en su epístola 2ª. capítulo 3º. versos 10, 11 y 12, hablando del fin del mundo, enseña lo siguiente: «Adve-
« niet, autem dies Domini ut fur; in quo cæli magno impetu
« ansient, elementa vero calore solventur, terra autem et quæ

« in ipsa sunt opera exurentur......Cum igitur hæc omnia dis-
« solvenda sint ¿quáles oportet vos esse in sanctis conversatio-
« nibus et pietatibus....expectantes et properantes in adventum
« diei Dómini, per quem cæli ardentes solventur, et elementa
« ignis ardore tabescent?—Vendrá, pues, como ladrón el día del
« Señor, en el cual pasarán los cielos con grande ímpetu y los
« elementos con el calor serán deshechos, y la tierra y todas las
« obras que hay en ella serán abrasadas......Pues como todas es-
« tas cosas hayan de ser deshechas, ¿cuáles os conviene ser en
« santidad de vida y de piedad......esperando y apresurándoos
« para la venida del día del Señor, en el cual los cielos ardien-
« do serán deshechos, y los elementos se fundirán con el ardor
« del fuego?» Este texto especialmente prueba que la destrucciòn del universo, en el día del juicio de Dios, se verificará por el fuego.

San Juan en su Apocalipsis, capítulo 6°. versos 12, 13, 14 y siguientes, dice también: «Et vidi cum aperuisset sigillum
« sextum, et ecce terræ motus magnus factus est, et sol factus
« est niger tamquam saccus cilicinus, et luna tota facta est si-
« cut sanguis. Et stellæ de celo ceciderunt super terram......
« Et cælum recessit sicut liber involutus, et omnis mons, et
« insulæ de locis suis motæ sunt......Et dicunt montibus et pe-
« tris: cádite super nos, et abscòndite nos à facie sedentis su-
« per tronum, et ab ira Agni.—Quoniam venit dies magnus iræ
« ipsorum; ¿et quis póterit stare? Y miré cuando abriò el ses-
« to sello, y he aquí fué hecho un grande terremoto y se tor-
« nó el sol negro como un saco de cilicio, y la luna fué he-
« cha toda como sangre. Y las estrellas del cielo cayeron so-
« bre la tierra......Y el cielo se recogió como un libro que se
« arrolla, y todo monte y las islas fueron movidas de sus lu-
« gares......Y decían á los montes y á las peñas: caed sobre
« nosotros y escondednos de la presencia del que está sentado
« sobre el trono y de la justicia del Cordero. Porque llegado
« es el gran día de la justicia de ellos; y quién podrá soste-
« nerse en pié?»

El profeta Joel concuerda con los anteriores textos en el capìtulo 2°. v. 10, 30 y 31: «A facie ejus contremuit terra, mo-
« ti sunt cæli: sol et luna obtenebrati sunt, et stellæ retraxe-

« runt splendorem suum:—Delante de él se estremeciò la tierra,
« se conmovieron los cielos: el sol y la luna se oscurecieron,
« y las estrellas retiraron su resplandor.—Et dabo prodigia in
« cælo et in terra, sanguinem et ignem, et vaporem fumi. Sol
« convertetur in ténebras et luna in sanguinem antequam ve-
« niet dies Dómini magnus et horribilis.—Y daré prodigios en
« el cielo y en la tierra, sangre y fuego y vapor de humo.—
« El sol se convertirá en tinieblas y la luna en sangre, an-
« tes que venga el grande y espantoso día del Señor»—En estos textos del profeta Joel, la palabra sangre se refiere á la mortalidad causada por las guerras y terremotos, y las voces *fuego y vapor de humo* hacen alusión al incendio universal de los elementos que serán fundidos por el fuego, y cuyos vapores ó gases, se estenderán por los espacios oscureciendo el sol y las estrellas......«Ignis ante ipsum precedet et inflammavit in cir-
« cuito inimicus ejus.—Montes sicut cera fluxerunt á facie Dó-
« mini. (Salm. 96):—El fuego irá delante de él y abrasará al
« rededor á sus enemigos.—Los montes como cera se derritie-
« ron á la vista del Señor»..
....

En fin, la tarea de citar más textos, como los anteriores, para probar el juicio final, sería nunca acabar; porque la Biblia abunda en ellos, no solo sobre este dogma, sinó sobre todos los demás de nuestra religión. He aquí como los dogmas del fin del mundo y del gran juicio de Dios, ó juicio universal, están claramente consignados en los libros sagrados de la Iglesia Catòlica. En los capítulos siguientes nos ocuparemos de poner estos textos en armonía con los principios más rigurosos de la Física, Thermodinámica, Astronomía, &. tomadas en sus últimos adelantos.

CAPÍTULO 2º.

Posibilidad del incendio universal por la cesación del movimiento astral.—La Química y Thermodinámica lo prueban.—Lucha de fuerzas antagónicas en la naturaleza.—Inmenso gasto de energías naturales para alimentar el movimiento.—La energía de las fuerzas del universo, no es indefinida sinó determinada.—Interferencia de fuerzas y de movimientos.—La gravedad y las mareas debilitan el movimiento terrestre.—Generalización de esta doctrina.—Abundante lluvia de aerólitos ó piedras meteóricas, bólidos sobre los planetas y el sol.—Nudo del problema pavoroso.—Relaciones de la fuerza centrífuga con la centrípeta.—Se desata la dificultad con ventaja mediante la mecánica.—Cesación repentina del movimiento astral.—Incendio universal.

¿Quién soy yó para abordar estas tremendas cuestiones? ¡Soy un átomo miserable é indigno perdido en la creación!!...... pero he rogado mucho al Señor para que proyecte un rayo de su luz misericordiosa sobre el camino oscuro y tremendo que voy á emprender para buscar su honra y gloria.

La Química y la Física proclaman el principio de que el calor no es más que el movimiento ó agitación de las moléculas de los cuerpos, y cuando ese movimiento cese, el calor latente que existe en el seno del movimiento, estallará al rededor, de tal modo que habrá incendio universal. Los textos sagrados relativos al fin del mundo ó juicio final, anuncian dos notables fenómenos físicos: el incendio de los elementos por el fuego (y en especial el texto de San Pedro), y la caida de las estrellas.—La producción de dichos fenómenos la comprobaremos con una demostración experimental en el terreno de las ciencias, para llevar sus conclusiones en apoyo de las ciencias teològicas.

Llegado el fin del mundo tiene que cesar todo movimiento, toda vida física; porque en último análisis la vida no es más que movimiento y acción. Pues bien, para que perezca toda vida, tiene qne cesar todo movimiento. A la cesación del movimiento sucederá el incendio universal. El célebre profesor inglés, Eduardo Youmans, en sus Elementos de Química (Segunda Edición corregida, Nueva York, 1869), hacia la página 189, hablando de la importancía de la ley de Joul, dice: « La institución del principio de correlación entre la fuerza « mecánica y el calor, constituye uno de los sucesos más impor-

« tantes debidos á los progresos de la ciencia. Este principio « nos demuestra que los movimientos que se verifican en tor- « no nuestro no son expontáneos ó acontecimientos independien- « tes, sinó eslabones, por decirlo así, de la eterna cadena de « las fuerzas; que cuando los cuerpos principian á moverse, lo « hacen á espensas de alguna otra energía existente ya, y que « cuando se detienen, su fuerza no se destruye sinó que con- « tinúa existiendo en otra forma. Todo movimiento tiene su « calor termal y cuando cesa produce invariablemente su equi- « valente de calor. *Si cesase el de los cuerpos celestes, haria « que el universo se incendiase.*»

¿De qué causa vendrá la cesación del movimiento universal? El que ha sido el autor del movimiento, Dios, es dueño de hacerlo cesar cuando á él le plazca. Pero apelemos todavía á la ciencia para explicar científicamente el dogma del fin del universo por la cesación del movimiento. Invoquemos sincera y fervorosamente la luz divina para penetrar en los tenebrosos senos del porvenir alumbrados por los vivos resplandores que arroja la sagrada Biblia, llevando al mismo tiempo en la mano la antorcha opaca de las ciencias humanas (que no son sinó la copia imperfecta del pensamiento divino grabado en la creación).

El mundo tiene que acabar, el universo tiene que tocar á su fin algún día: «Et ópera manuum tuarum sunt cœli. Ip- « si peribunt, tú autem permanes, et omnes sicut vestimentum « veterascent». (Salm. 101 v. 26)......Y obras de tus manos son los cielos......Ellos perecerán, más tú permaneces; y todos se envejecerán como un vestido.

La Thermodinámica demuestra que hay en la naturaleza « un avance continuo y progresivo hacia un estado de reposo « relativo de las masas. Por efecto de las fuerzas vivas inhe- « rentes á cada masa, sus grandes movimientos se transforman « en movimientos moleculares, ó sea en calor, y estos movimien- « tos son los únicos que subsistirán en las masas en reposo, « sin que puedan adquirir ningún otro movimiento por causas « naturales intrínsecas. Siendo el universo un sistema de ma- « sas en movimiento relativo unas con otras, hay en él en vir- « tud de las solas leyes naturales una disminución continua de « la suma de dichos movimientos relativos, y por lo tanto un

« aumento continuo de la acción molecular. Luego llegará un « día en que naturalmente dejen de moverse». (Pluralidad de mundos habitados por N. A. Perujo). Pasemos á nuestra propia cosecha.

Vemos en el universo una continua lucha de fuerzas opuestas y contrarias, de fuerzas antagónicas que se disputan el dominio de la materia: las unas tienden á conservarla; las otras forcejean por disolverla; las unas favorecen la vida, y las otras procuran destruirla. La naturaleza es un inmenso campo de batalla en que esas fuerzas separadas en dos bandos contrarios, en dos ejércitos beligerantes, por decirlo así, combaten por aniquilarse, y habrá día en que la victoria se declare por uno de ellos.

Así la existencia animal tiene leyes especiales en oposición con la afinidad y otras fuerzas. Ella resiste contínuamente á la acción disolvente de la humedad del aire y de las intemperies de la naturaleza, pero esta resistencia dura pocos años y por fin se rinde al embate repetido de los elementos disolventes y destrutores. Lo mismo sucede con la vida vegetal...... Nuestro mundo lleva en sus entrañas, inmensas fuerzas disolventes y antagònicas que luchan por desquiciar su corteza sólida, morada del hombre. Quizá llegue un día en que esas inmensas fuerzas, desplegando una potencia hasta ahora desconocida, tomen un impulso contrario á la rotación terrestre y la apaguen de golpe, dando lugar á la parálisis del planeta.

Las materias gaseosas centrales sufren de continuo una inmensa presión de arriba abajo; porque las capas sólidas de encima gravitan sobre ellas junto con las masas de agua y la atmósfera. A medida que dichos gases adquieran por la presión mayor tensión, su fuerza espansiva será inmensa. A medida que andando los siglos, persista esta presión, como no puede menos que ser así, los gases internos alcanzarán una tensión tan prodigiosa que ninguna imaginaciòn puede calcular; fuerza ó empuje de abajo arriba que puede romper el planeta. En fin todo anuncia de acuerdo con las escrituras santas, que la existencia de nuestro mundo es precaria, y por analogía la de los demás planetas.

Sucede lo mismo con el sol donde las fuerzas son tan turbulentas que ningún sabio ha acertado á describirlas con preci-

sión y sujetarlas á leyes. Hay manchas de inmensas dimensiones que giran en sentido inverso á la rotación solar, según la observación del sabio astrònomo inglés, Richard Carringtón, que ha consagrado más de siete años continuos al estudio del Sol. La contemplación de todos estos fenómenos espantosos acusa una guerra intestina que en el seno de la naturaleza, mantiene la acción discordante de las fuerzas; guerra que algún día tendrá su desenlace.

Avancemos más en el camino hermoso de la ciencia y hagamos una simple consideración relativa al movimiento que anima el universo. Este movimiento ora de rotación, ora de composición, ó descomposiciòn molecular &., no se mantiene sinò à espensas del calor y de otras fuerzas de la naturaleza, así como la carrera de un caballo se sostiene, merced al esfuerzo de sus músculos y nervios. La materia es inerte: por eso el movimiento no le es inherente. Para continuar moviéndose ha menester el auxilio de fuerzas motrices que se transformen en fuerzas latentes ó potenciales en el seno del movimiento, y que la acción molecular aumente. Día llegará en que esas fuerzas (calculadas por el Criador para cierto tiempo), se agoten haciéndose latentes y no basten ya á fomentar la inmensa cantidad de movimiento que agita todo el universo. Entonces parará ese movimiento y la naturaleza caerá exánime á los pies del Omnipotente, así como cae muerto un caballo que ha corrido más de lo que le permitan sus fuerzas.

El movimiento absorbe y devora las fuerzas del universo de un modo insensible para nosotros, porque se sostiene necesariamente á espensas de las fuerzas motrices que son el calor y otros agentes; y esa absorción llegará á un máximum más allá del cual vendrá el agotamiento de las energías naturales, las que transformadas en forma de movimiento molecular, en acciones químicas y en trabajo de organización de los seres vivos, cambiarán de dirección en su modo de acción para derribar el edificio universal; porque también el movimiento añadido al movimiento produce el reposo por efecto del fenómeno de las interferencias, así como luz añadida á luz produce oscuridad.

La ciencia que se ocupa de las fuerzas termo-eléctricas,

viene también en apoyo de mi opinión. En efecto, así como en las pilas termo-eléctricas, cuando se calienta una de las caras, se produce una corriente en una dirección, debida á la diferencia de temperatura de las dos caras y cuando se calienta la otra, hay una corriente inversa; así también cuando la tierra voltea sobre su eje, el sol calienta desigualmente sus componentes minerales, lo que debe producir corrientes eléctricas de Este á Oeste. Y como la aguja imantada tiende á colocarse siempre al través de N. á S., queda demostrado por este mismo hecho de la posición de la aguja, que se producen esas corrientes termo-eléctricas por la acción del calor solar, como afirma el distinguido profesor inglés, Eduardo Youmans, en sus elementos de Química. Más hay que advertir también que existen corrientes eléctricas móviles en el núcleo ó masa ígnea de la tierra que se desenvuelven por efecto de la inmensa presiòn que sufren de arriba abajo, originando corrientes circulares, que según el ilustre sabio Ampere, corren de Oriente á Occidente, es decir, en el mismo sentido que las corrientes fijas, permanentes y paralelas que el calor solar despierta en la superficie terrestre. Según el sabio indicado—«una corriente fija indefi« nida tiende á hacer girar la corriente mòvil con un movi« miento continuo en una dirección retrógrada respecto á la de « la fija». Esta ley de las corrientes eléctricas se realiza, pues, en nuestro globo; porque siendo dirigidas en el mismo sentido de E. á O. tanto las corrientes termo-eléctricas (originadas por el calor del sol), como las centrales (producidas por la presión y el calor interior de la tierra), las corrientes centrales deben ser atraidas no solo por las corrientes de la superficie ó del circuito, sinó también por las ondas eléctricas del espacio, que el sol lanza á torrentes en torno suyo sobre el sistema planetario. De donde resulta lógicamente que las corrientes centrales toman una giración retrògrada é inversa respecto á las superficiales, impeliendo al globo á rotar de Occidente á Oriente; puesto que se ha demostrado también por los físicos el poder que tienen las grandes corrientes elèctricas para el trasporte mecánico de la materia. Los planetas son como los átomos del sol y movidos é impelidos por las inmensas fuerzas motrices que posee este gran astro luminoso.—Además, las corrientes eléctricas que

recorren la superficie de nuestro globo de Oriente á Occidente' y las interiores tienden á escaparse por las puntas y crestas de las montañas, cerros, colinas, &. que en tanta abundancia lo erizan; resultando de aquí otras corrientes termo-eléctricas perpendiculares á las primeras y que forman diversos ángulos con las ondas eléctricas lanzadas por el sol sobre su superficie. De suerte que según las leyes dinámicas de la rotación de las corrientes, las primeras, es decir, las de las puntas se repelen con las circulares de adelante y se atraen con las de atrás, porque en el vértice del ángulo que forman, toman direcciones opuestas; y las segundas, es decir, las ondas eléctricas del sol que caen sobre la tierra y las de las puntas se atraen también puesto que en el vértice del ángulo que forman, siguen la misma dirección. De estas atracciones y repulsiones, resulta un impulso que hace girar la tierra de Occidente á Oriente. La gravitación ó atracción solar, sirve á contener á los astros en sus respectivas órbitas.

Hé aquí como, el calor solar y su poder eléctrico, son fuerzas motrices esenciales á la rotación planetaria. Este mismo principio debe aplicarse por analogía á las estrellas ó soles acompañados de sus planetas.

Hay más. Siendo la tierra un inmenso imán, las corrientes termo-eléctricas circulares que le dan vuelta de Este á Oeste, imprimen á este imán una rotación contínua, según la ley de Ampere, acerca «de la giración de los imanes por las corrientes eléctricas.

Pues bien, las corrientes termo-eléctricas engendradas por el calor solar en la tierra, circulan en planos perpendiculares al eje terrestre con lo que se cumple la condición de la ley indicada. La rotación de la tierra se verifica en sentido inverso á estas corrientes, conforme á la ley de las (corrientes) horizontales con relaciòn á otra fija circular. Las circulares obran sobre las estremidades del eje de la tierra en sentidos opuestos, de tal manera que forman por su polarización un par de fuerzas. En virtud de este par de fuerzas, es atraido uno de los polos no solo por las corrientes sinó también por la electricidad contraria del sol, y es repelido el polo opuesto. De aquí resulta la rotación continua de nuestro globo de Occidente á Oriente

y la inclinación de su eje. Luego la fuerza termo-eléctrica del sol obra continuamente sobre la tierra y los demás planetas para hacerlos girar sobre sus ejes. Mas á medida que el calor solar disminuya por el enfriamiento y otras causas, así como su energía química y eléctrica por la cesación de las tempestades de su fotósfera, disminuirán también en la misma proporción esas corrientes motrices, es decir, sus ondulaciones etéreas y por consiguiente irá apagándose la rotación astral. He aquí, como la nueva ciencia, llamada Electrodinámica, ha concurrido también satisfactoriamente á confirmar mi tesis respecto al gasto de las energías motrices de la naturaleza.

Además hay que advertir que el globo solar gira sobre sí mismo por la acción constante de las fuerzas caloríficas, eléctricas y gases que desprende momento á momento de su formidable masa. En efecto, esas fuerzas, especialmente, los vapores que se abren paso al través de sus aberturas, le imprimen un rápido movimiento rotatorio debido á la presiòn que cada chorro de gas ejerce sobre la pared interna y opuesta al orificio de su salida, ni más ni menos que en las máquinas llamadas por los físicos *Eolípilas de reacción.* Por consiguiente, las llamas voraces y otras explosiones que revientan en la fotósfera solar, le dan una giración semejante á la que se observa en las ruedas de cohetes que se ofrecen á nuestra vista en los fuegos artificiales ó espectáculos públicos de recreo. Luego, si la rotación del sol, es debida á la acciòn del calor, á los gases que éste produce y á sus vibraciones etéreas, es claro que cuando su calor disminuya y por consecuencia sus vapores y ondulaciones, ese movimiento debe disminuir en proporciòn á la debilitación de las fuerzas indicadas.

Por otra parte, hav que notar que el principio que rige las *Eolípilas,* se aplica igualmente á la tierra y los planetas que lanzan gases por sus volcanes. El impulso de esos gases contribuye, pues, además de los motores que ya hemos descrito, á fomentar la rotación en virtud de las presiones poderosas que esos vapores ejercen en las paredes opuestas á los cráteres de su salida. Pero á medida que el calor central disminuya como para dar lugar á que se apaguen los volcanes, la rotación planetaria tiene que disminuir considerablemente. Es por esto,

que la luna tiene una rotaciòn muy lenta concordante con el tiempo de su revolución; porque casi todos sus volcanes están apagados y su suelo es una regiòn muerta y desolada.

Asì pues, «se gasta bajo la forma de movimiento sen-« sible una parte de la fuerza mecánica que contienen las on-« dulaciones etéreas procedentes del sol,» según afirma Guillemín. En efecto, el calor en la naturaleza, es cantidad definida, determinada; pues si es indefinida, ¿por qué disminuye la temperatura del sol y de los planetas?......una fuerza indefinida no es susceptible de aumento ó disminución.—Luego, si la temperatura disminuye en los mundos por el enfriamiento, es lògico concluir que el calor es una cantidad determinada y definida. Otra cosa es que el Señor después de la destrucción del orden actual quiera coordinar otros mundos y otros cielos mejores que los que ahora existen para imprimir un progreso creciente á su creación. Mas, ¿cuándo llegará aquel día terrible en que acabará toda vida? Nadie lo sabe: De diæ illa nemo scit, nisi Pater..

Animemos más nuestros pasos sobre las sendas intrincadas de la ciencia y penetremos algo en la profundidad de su horizonte para desatar la dificultad del razonamiento relativo á la destrucción del orden del universo. En efecto, el movimiento general que anima á todas las masas de la creación, tiende cada vez á adquirir un movimiento acelerado, porque las fuerzas motrices son constantes; pero el exceso de esas fuerzas aceleratrices es destruido incesantemente por las fuerzas retardatrices que despliega la naturaleza para mantener siempre el *movimiento uniforme* de los astros que marquen los tiempos y las estaciones. Hay fuerzas ú obstáculos, por ejemplo, que obran en sentido contrario á la dirección del movimiento rotatorio del sol, como las manchas que giran en sentido opuesto, según las observaciones de Carringtón; hay otras enormes que se agitan en sentidos laterales, en fin otras que actúan formando ángulos diversos con la dirección de la rotación solar. Hay materias en fusión que hierven y se muestran alborotadas, acusando las grandes revoluciones de que es presa aquel astro. Con vivos colores las pinta el sabio Perujo en su magnífica obra «*La pluralidad de mundos habitados*», en los términos siguientes: «So-

« bre su superficie se levantan altísimas olas de sustancias de-
« rretidas que se agitan tumultuosamente en abrasadores remo-
« linos, y se precipitan en espantosos chorros por las aberturas
« de sus manchas. Llamas voraces de incalculable elevación di-
« latan sus encendidas lenguas por el exterior del astro alimen-
« tadas por los gases de su atmósfera. A veces se han visto
« puentes inmensas de sustancias inflamadas arrojadas de repen-
« te sobre una mancha negra, atravesarla de un extremo al o-
« tro como un arco de estrías luminosas y luego disolverse y
« hundirse en los abismos de los torbellinos interiores. Algu-
« nas de las manchas del sol ocupan una extensión de 30,000
« leguas de diámetro......Los movimientos de que están anima-
« das esas manchas ya para aumentarse ó disminuirse; ya en
« su acción interna, son á veces de una rapidez inaudita. Ob-
« servadores modernos han seguido un meteoro luminoso en su
« carrera al través de un grupo de manchas, y llevaba una ra-
« pídez de 2,000 leguas por minuto. Por otra parte, se ha se-
« guido también la carrera de los torbellinos circulares que ar-
« rastraban en su tumulto manchas tan grandes como nuestro
« globo, y se ha visto que se hundían en los abismos con una
« celeridad espantosa.»

Señores, todo esto prueba que las fuerzas perturbadoras son inmensas y que tienden á retardar el movimiento rotatorio de aquel gigantesco luminar; sin embargo ese movimiento es uniforme; porque si hay resistencias, que renovadas con frecuencia tienden á disminuirlo, en cambio las fuerzas motrices constantes procuran imprimirle un incremento de velocidad. Ni puede ser de otro modo; porque el sol y los demás astros no solo han recibido un movimiento inicial é instantáneo de manos del Creador que dió la eficacia del primer impulso á las causas segundas, sinó que ha provisto á la conservación de ese movimiento por medio de fuerzas motrices constantes que son las leyes de su voluntad. En caso contrario ya cuanto há se hubiesen aniquilado la rotación y revolución de los astros por la acción formidable de las fuerzas perturbadoras que se muestran tan prodigiosas. Dios creó las fuerzas para que obren en todo tiempo y no tiene necesidad de estarlas creando cada día: «Quia
« ipse dixit et facta sunt: ipse mandavit et creata sunt. Sta-

« tuit ea in æternum, et in sæculum sæculi. Præceptum po-
« suit et non præteribit. (Salm. 148 v. 5°. y 6°.): Porque
« él dijo y fueron hechas las cosas: él mandó y fueron creadas.
« Las estableció para siempre y por siglo de siglo. Precepto
« puso y no dejará de cumplirse:»

Luego es preciso que existan en constante acción fuerzas motrices para alimentar ese movimiento en oposición á las causas retardatrices. De aquí resulta, pues, que hay destrucción de fuerzas en el universo día á día; porque el aumento de velocidad que tienden á adquirir los cuerpos celestes por la acción de las fuerzas motrices constantes, es siempre neutralizado por las fuerzas perturbadoras que se conducen como resistencias; es decir, hay una suma de fuerza aceleratriz excedente y otra igual retardatriz que se neutralizan recíprocamente momento á momento, en su lucha incesante, para equilibrar el movimiento universal; pues es elemental en Física, que dos fuerzas opuestas é iguales se neutralizan ó destruyen. Por consiguiente, hay en la naturaleza una gran neutralización de fuerzas que se convierten en latentes, un gasto enorme de energías naturales que la conducen rápidamente á su fin. Y como las fuerzas motrices son una cantidad definida, llegará un día (el día del juicio de Dios) en que por el agotamiento de aquellas, el universo tocará á su disolución.

En efecto, á medida que en cada choque del exceso de la fuerza aceleratriz con la fuerza retardatriz, hay neutralización de una inmensa fuerza activa, los átomos de la materia tienden á volver á su estado primitivo, es decir, á aquel estado en que no estaban sometidos á esas fuerzas activas con una energía exactamente igual á la intensidad de aquellas fuerzas cesantes. Luego, la materia tiende al reposo. Por ejemplo, es evidente en Física, que cuando se ejerce cierta fuerza de flexión, de torsión ó de presión en un cuerpo, las moléculas de éste, en virtud de su reacción (cuando ha cesado la fuerza que obraba), tienden á volver á sus posiciones primitivas con una energía igual á la fuerza cesante: esto es obvio. Así también, la materia de los mundos en que se destruyen dos fuerzas contrarias, tiende al reposo.

Ahora bien, los átomos neutralizados en su movimiento

por el choque de las fuerzas indicadas, han menester para continuar moviéndose, de mayor cantidad de fuerzas motrices que los hagan entrar de nuevo en el inmenso cauce del movimiento astral; porque además de la fuerza de impulso necesario para moverlos, es preciso vencer su reacción por la cual se inclinan al reposo. De aquí resulta todavía que se aumenta de día en día el gasto de las fuerzas de la naturaleza, gasto que ocasiona la disminución considerable de las energías motrices, y por consiguiente el desequilibrio entre éstas y las fuerzas retardatrices, de tal modo que en la balanza del universo estas últimas adquirirán un predominio creciente para apagar el movimiento universal.

Como la materia total del universo para seguir moviéndose con movimiento uniforme, ha menester de fuerzas aceleratrices constantes en oposición á las fuerzas retardatrices, aquellas fuerzas motrices no resultan sinó del suplemento de energía que el calor y otras fuerzas suministran á ese movimiento para fomentarlo constantemente como ya hemos demostrado antes, en razón de que el calor es la fuerza más eficaz que se conoce en la naturaleza y porque tiene relación inmediata con el movimiento, ó lo que es lo mismo el calor no es más que el movimiento, según las leyes de la ciencia, llamada thermo-dinámica. La relación íntima y misteriosa entre el calor y el movimiento, y la fácil convertibilidad del uno en el otro, se ha demostrado por los sabios hasta la evidencia. Luego, esa relación perfecta nos indica, que el calor asociado á otras fuerzas es el motor del universo bajo sus diversas formas y manifestaciones, fuerza creada por Dios con calculados efectos. Y como el calor es cantidad definida en el universo, día llegará en que ese calor se convierta casi totalmente en movimiento astral, especialmente en movimiento de rotación. Desde ese momento éste principiará á disminuir, porque no pudiendo adquirir aceleración para equilibrarse con las fuerzas perturbadoras y antagónicas, éstas irán adelante en su obra de destrucción, ganando cada día más terreno por su acción paralizadora. De aquí resulta que el calor, fuente de vida y de movimiento, debe disminuir gradualmente. Esto mismo demuestran los astrónomos y físicos mediante cálculos aproximados ó probables, lo que será el objeto de la continuación de esta conferencia.

CONCLUSIÓN DE LA 1ª. CONFERENCIA.

Hasta aquí hemos demostrado la existencia de fuerzas antagónicas en la naturaleza que destruyen las potencias ò energías motrices de los astros día á día. Hemos probado igualmente que el calor asociado á otras fuerzas directrices, como las corrientes eléctricas, sus atracciones y repulsiones, &. fomenta y sostiene el movimiento astral; que á medida que se enfríen los astros, como que en efecto se van enfriando, sus movimientos deben disminuir necesariamente; que los gases que lanzan los volcanes terrestres y probablemente todos los planetarios, constituyen una fuerza motriz auxiliar del sol para la rotación planetaria, como en la giración de las máquinas llamadas *Eolipilas de reacción*. Y no se diga que la fuerza motriz y espansiva de los volcanes sea insignificante. A la verdad, sabios eminentes han calculado en presiones atmosféricas el peso de la columna de lavas que la fuerza enorme de los gases centrales de la tierra, ha podido levantarlas hasta la altura de los cráteres volcánicos. Así por ejemplo, son menester más de 600 atmósferas para sostener las lavas en la cima del Etna, y en la del Antisana cerca de 1,500 atmósferas. ¿Y á qué fuerza prodigiosa equivale el peso de 1,500 atmósferas? En efecto, esa fuerza gaseosa es colosal y capaz de romper la costra sólida de nuestro globo.

Por consiguiente, la enorme potencia de los gases internos que se ábren paso al través de esos tubos terrestres, que se llaman cráteres, y cuyo número es considerable, posee suficiente intensidad para imprimir á nuestro planeta un movimiento giratorio merced á las grandes presiones ejercitadas en las paredes internas y opuestas á los orificios de su salida.

Hemos hecho constar igualmente que el calor y las demás fuerzas motrices de la naturaleza, son una cantidad determinada y definida. Y que á medida que el calor central vaya disminuyendo, en la misma proporción debe aminorarse la rotación planetaria, y hemos mostrado como comprobación de este hecho la rotación lenta de la Luna debida á la extinción de la actividad de sus volcanes; puesto que todos ellos se hallan apagados.

Del mismo modo hemos probado que el Sol gira merced á la energía de su propio calor, á las presiones de los inmensos gases que desprende de su masa al través de sus aberturas móviles y á las ondulaciones de sus átomos, que agitándose por la fuerza expansiva del calor, se comunican los unos á los otros sus movimientos; y que es lògico concluir de aquí que en razón de su enfriamiento debe disminuir su rotación.

Finalmente, hemos demostrado que el choque de las fuerzas antagónicas con las motrices, hace que los àtomos de la materia astral tiendan al reposo en la medida en que se han destruido ellas.

Ahora bien, pasemos á demostrar que el calor y otras fuerzas disminuyen gradualmente. Para esto no haremos más que apoyarnos en las opiniones y principios de sabios eminentes, los que trascribiremos textualmente á fin de dar mayor vigor á nuestra demostraciòn.

En efecto, Pouillet dice: «que en la hipòtesis de que el « calor específico del Sol fuera equivalente à 133 veces el del « agua, la temperatura del Sol debe descender un milésimo de « grado por cada año, ó un grado por cada siglo. En el tras« curso de diez mil años llegaría, pues, á ser el enfriamiento « solar de cien grados«.................pero, señores, la hipótesis de que el calor específico del Sol es 133 veces mayor que el del agua, es enteramente gratuita y arbitraria, puesto que la aventura Pouillet sin datos seguros, ni aun probables. Tindall más prudente en sus cálculos que el anterior, dice: «que si fuera el « Sol un trozo de ulla y suministrara la suficiente cantidad de « oxígeno para hacerle capaz de arder en el grado que exige « la radiación medida, se consumiría por completo en el espa« cio de *cinco mil* años.»

Supongamos, ilustre auditorio, avanzando mucho el cálculo anterior, supongamos que el calor específico de la masa solar sea ocho veces más que el que posee el carbon de ulla; en ese caso se extinguiría el calor solar en el espacio de cuarenta mil años. Hago esa amplia concesión para mostrar cuanta ventaja lleva, aun en el mismo terreno de las ciencias, la teoría que vengo sustentando. Atengámonos á lo posible en los cálculos de esta clase, no á las prodigalidades de la imaginación

la que suele extraviar mucho cuando se trata de problemas que afectan á lo esencial de la ciencia...

Guillemín, rebajando el cálculo de Pouillet, por ser excesivo y enorme, como él dice, el calor específico que éste atribuye al Sol, agrega: «Si el calor específico del Sol no excediese el del agua, su enfriamiento sería de 14,000 grados en diez mil años, y su radiación se extinguiría por completo al cabo de ese tiempo, dando lugar á la destrucción de la vida.» Y adviértase que el calor específico del agua es muy superior al de las sustancias sólidas y aun al de los gases.

Concedamos á este sabio que el calor específico del Sol fuera cuatro veces mayor que el del agua, y esto es conceder bastante, entonces el enfriamiento de la masa solar sería de 56,000 mil grados en cuarenta mil años. En este caso antes de que corra todo este tiempo, se extinguiría su radiación; la muerte y la destrucción reemplazarían á la vida y al movimiento. He aquí, como los diferentes cálculos de los sabios sobre este punto, vienen confirmando mi tesis respecto al gasto de las fuerzas motrices de la naturaleza, inclusive el de Pouillet; gasto cuyo aumento sucesivo aterra el espíritu. No importa que unos cálculos prolonguen la duración del Sol, y otros la acorten, pero en el fondo todos ellos están de acuerdo, sobre la condición perecedera del Sol y de los demás astros.

Así, pues, el Sol tiene que perecer un día. Por eso Guillemín en su tratado *El Sol*, juzga con acierto, diciendo: «El Sol se nos presenta como un foco radiante primitivo; pero no estamos ya en el tiempo en que se le consideraba como un fuego puro é inagotable......Sábese, hoy, que todo gasto de calor y de luz constituye una pérdida real, una disminución para el foco de donde parten los rayos y que si nada viene á mantener la actividad de la combustión ò de la incandescencia, debe llegar un momento en que se extinguirá por completo ese foco.» Este sabio está de acuerdo sobre este punto, con el popular y distinguido físico, A. Ganot, que en su «Tratado Elemental de física.» (Ediciòn de París, 1875) hacia la página 378, dice: «El Sol es el más intenso manantial de calor, pero se ignora su causa, que suponen unos es una masa inflamada que experimenta inmensas erupciones, y otros

« le consideran compuesto de capas que reaccionan químicamen-
« te unas sobre otras á semejanza de los pares de la pila vol-
« taica, dando así origen á corrientes eléctricas á que debería-
« mos la luz y el calor solares. Según ambas hipòtesis debe
« tener *un término* la incandescencia del Sol.»

Agréguese á esto, señores, que la pérdida de temperatura que sufre el Sol, debe ser tanto más considerable cuanto es màs baja la del espacio que le rodea y que debe estar á 60 grados bajo cero, según Fourier; y si nos atenemos al sabio Pouillet, debe ser aun mucho más baja, es decir, á 142 grados bajo cero.

Ahora bien, conforme á la ley de Newton «la cantidad
« de calor que un cuerpo pierde en la unidad de tiempo, es pro-
« porcional al exceso de su temperatura sobre la del recinto que
« le rodea.» Adoptando esta teorìa física, corregida por los físicos Dulong y Petit, diremos, que si el cuerpo que radia el calor pasa de 20 grados, la cantidad de calor que pierde, es mucho mayor que la que Newton indica. Luego según esta ley, si el Sol, como es evidente, posee una temperatura incomparablemente superior á la de 20 grados, el enfriamiento que sufre debe estar en proporción al inmenso exceso de su temperatura sobre la del espacio etéreo que le rodea; y este espacio como hemos dicho debe estar á 142 grados bajo cero, según Pouillet. Si seguimos en escala ascendente el enfriamiento solar, conforme á la teoría de los físicos distinguidos, Dulong y Petit, llegaremos á un grado espantoso de pérdida de calor para el Sol en pocos siglos. Y si á esto añadimos la inmensa cantidad de calor que gasta para mantener en estado de gas constantemente los líquidos y otras sustancias de su masa y de las esferas planetarias, esa pérdida debe aumentar considerablemente; porque según el químico Youmans y los físicos modernos «para con-
« vertir líquidos en vapores, se consume una cantidad de ca-
« lor mucho mayor que para convertir sólidos en líquidos y sin
« embargo los vapores no son más calientes que los líqui-
« dos de que se forman. Grandísima es la cantidad de calor que
« desaparece durante la vaporización. Si, pues, se necesitan 180
« grados (habla Youmans), para hacer hervir la libra de
« agua, se necesitarán casi mil grados para convertirla en va-

« por......Esa cantidad de calor desaparecida durante la vapori-
« zación, es el calor latente del vapor.»

Además, según la teoría de Faye, relativa á la causa de las manchas solares, las partes exteriores que se enfrían en la fotósfera solar para descender después por efecto de su mayor peso, ceden al espacio inmensas cantidades de calor; puesto que después de perder su temperatura, penetran en las profundidades de la masa del Sol para volver á gasificarse á costa de otras sumas de calor que roban á su núcleo incandescente, y en seguida ascender á la superficie para perderlas incesantemente en la fotósfera en una serie de corrientes ascendentes y descentes. De este fenómeno resulta que la pérdida de la temperatura solar, llega á ser enorme momento á momento.

Hé aquí, que todas estas teorías científicas de los sabios modernos concurren á porfía á corroborar más y más la tesis que sostengo sobre el aniquilamiento de las fuerzas que mantienen el universo, aniquilamiento que dará lugar á la destrucción del orden actual de los mundos: destrucción quizá no muy remota; porque á diferencia de la gravitación universal que sustenta la revolución curvilinea de los astros, el movimiento de rotación y otras actividades, consumen y devoran grandes cantidades de calor y de otras fuerzas para alimentar el grado de energía con que se agita el universo.

Para aclarar nuestro pensamiento pongamos un ejemplo: sea un millón la cantidad total de fuerza motriz ò mecánica que debe emplearse en el movimiento astral y que no existe más fuerza, porque también hemos probado ya que las energías naturales son determinadas y definidas. Ahora bien, cuando esa fuerza total de un millón, llegue á ser empleada en el movimiento astral, ella será su única energía motriz desde ese momento, sin que pueda aumentar más. Entonces, los obstáculos ó fuerzas retardatrices, se ejercitarán tam bién constantemente en destruir ó apagar esa única fuerza motriz que anime por último el movimiento. Y como esa fuerza motriz ya no puede aumentar por ser la total y última, ni adquirir ya aceleración, de aquí resultará que su aniquilamiento será sin reemplazo. Así por ejemplo para ejecutar con un buque de vapor ó un ferrocarril cierta cantidad de trabajo, es menester una suma dada de com-

bustible. Esto quiere decir, que una cantidad dada de acción química ó fuerza que se llama combustión, produce cierta suma de calor, y éste un determinado movimiento; pero si la combustión disminuye, también disminuye en la misma proporción el calor y por consiguiente el movimiento. Sucede esto mismo con los cuerpos celestes que son como máquinas de vapor alimentadas con calderos centrales que llevan en sus entrañas y que respiran por tubos que se llaman cráteres volcánicos, encarrilados y ayudados por las fuerzas directrices del Sol, como ya las tenemos descritas en la 1ª. conferencia. Si esa cantidad de calor que llevan en su seno, se gasta y disminuye, como que es así, debe disminuir también el efecto, es decir, el movimiento. Al principio la pérdida del movimiento, por las muchas causas expuestas, será lenta; pero cada vez el movimiento apagado en parte, se irá convirtiendo en calor, según las leyes de Joul, de Mayer y de otros sabios. Después este calor que sale al exterior, se estará discipando por su radiación en el espacio.

Así, pues, á medida que avance la pérdida del calor, el enfriamiento gradual de los astros, dará lugar á la debilitación de la vida orgánica en los mundos. La esterilidad de la tierra y de los seres vivos, los temblores debidos á la contracción de la costra sólida por el enfriamiento; el hambre y las epidemias, serán los efectos de aquel fenómeno: «*Et terre motus magni erunt per loca, et pestilenciæ et fames*». (S. Lucas. capítulo 21 v. 11.)

Sigamos la exploración de otras causas que darán fin al orden del universo. En efecto, el movimiento de rotación es contrario á la gravedad de los cuerpos celestes, puesto que éstos atraen desde sus centros respectivos las moléculas que se agitan al rededor. La fuerza centrífuga, proveniente del movimiento de rotación, está en lucha con la centrípeta. Esta última tiende á hacer parar las partículas materiales que describen circulos en torno del eje de rotación. En verdad, la fuerza centrífuga es directamente opuesta á la gravedad en las regiones del ecuador de cada astro, y á medida que se avanza hacia los polos, la fuerza centrífuga disminuye y la gravedad aumenta considerablemente. Pues bien, cuando el calor y otras fuerzas motrices lleguen en gran parte á trasformarse en mo-

vimiento y á disiparse también en el espacio por la radiación, desde ese momento la rotación se debilitará;—en cuyo caso la gravedad crecerá á costa del movimiento de rotación que mengüe para debilitarla con mayor energía. Estas conclusiones son de un rigor matemático en Mecánica.

¿Y qué resultará de la aminoración del movimiento de rotación? El incremento de la gravitación astral irá cada día en aumento; porque á medida que mengüe ese movimiento y que ahora deprime la atracción, ésta aumentará á espensas de esa pérdida. Una vez incrementada la gravitación, los planetas se aproximarán un tanto hacia el Sol y los satélites á sus planetas. ¡Y Qué!....¿acaso hoy mismo no se nota la aproximación de la Luna á la Tierra y la disminución de la rotación de nuestro planeta?......Oigamos á este respecto la opinión del muy sabio astrònomo francés, M. Delaunay, y á la que se adhirió el ilustre director del observatorio de Greenvich, M. Ayri, opiniòn citada por Guillemín en su tratado de «La Luna, ha- « cia la página 216. El movimiento de la Luna (dice) se vá « en efecto acelerando, y lo demuestran cumplidamente las ob- « servaciones antiguas comparadas con las recientes. El satélite « se aproxima por consiguiente á la tierra.» Y hablando de la disminuciòn de la rotación terrestre en las mareas producidas por la Luna, dice: «Pues bien, la acción de la Luna no ya sobre « el conjunto de nuestro globo, supuesta su esfericidad, sinó so- « bre las dos protuberancias desigualmente distantes del astro, es « lo que, según M. Delaunay, produce la *aminoración del mo- « vimiento de rotación terrestre*. Si se observa, dice este último « sabio, la manera con que se obtiene la parte de acción lunar « que ocasiona el fenómeno de las mareas, se verá que la pri- « mera de estas protuberancias (la más inmediata á la Luna), « está como atraida por la Luna; y la segunda por el contra- « rio como rechazada por ella: de aquí resulta, pues, un par « de fuerzas (1) aplicada á la masa del globo terrestre, y que « tiende á hacerle girar en sentido contrario de aquel en que « realmente gira; par de fuerzas que debe producir, por con-

(1) Un par de fuerzas es todo sistema de dos fuerzas iguales, paralelas y contrarias que operan en las extremidades de una misma línea recta.

« siguiente, *una aminoración en su movimiento de rotación......*
« El pensamiento de que el movimiento de las mareas es ca-
« paz de retardar el de rotación terrestre, no es nuevo; el in-
« ventor de la teoría dinámica, el Dr. Mayer, lo emitió en una
« de sus obras y después lo ha reproducido Tindall.»

Pues bien, aplicando esta teoría mecánica de las mareas á los demás planetas acompañados de satélites, obtendremos un resultado semejante y aun mayor respecto á la disminución de la rotaciòn planetaria. En cuanto al Sol, es probable que cuando los planetas llegan á su perihelio, especialmente el gigantesco Júpiter, se produzcan también en la superficie fluida de aquel luminar mareas semejantes á las de la Tierra con iguales resultados, particularmente con la ayuda de la atracciòn de las colosales estrellas que accionan sobre él y lo arrastran hacia la constelación de Hércules.

Así, pues, esta teoría apoya admirablemente la que he emitido acercá de la aminoración del movimiento astral; apoyo tanto más importante cuanto que el autor de ella y sus sostenedores son unos físicos eminentes é ilustres astrónomos modernos.

Ahora bien, investigando la causa de la aproximación de la Luna hacia la tierra, la encuentro en ese par de fuerzas de que habla, M. Delaunay; par de fuerzas que aminora, según éste, la rotación terrestre, aminoraciòn que produce el aumento de la gravedad de nuestro planeta (porque cuando disminuye la fuerza centrífuga aumenta la gravedad); por consiguiente este ejerce mayor atracción sobre la Luna y la aproxima. El incremento de la gravedad terrestre irá, pues, adelante porque la causa de la disminución de su rotación es permanente en razón de que las mareas se reproducen sin cesar y periòdicamente. De aquí nace otra consecuencia, y es que no solo la atracción lunar en las mareas apagará la rotación, sinó que á medida que se aminore esta rotación, la gravedad irá creciendo como el cuadrado de la parte de fuerza centrífuga extinguida, según enseña la mecánica; y creciendo así contribuirá á luchar y detener con más energía el movimiento giratorio de la Tierra, antagóco de la gravedad. De suerte que en vez de una, hay dos fuerzas poderosas permanentes que concurren á producir la parálisis de nuestro planeta, fuera de las perturbaciones producidas

en él por Venus, Júpiter, el Sol y otros astros. Este mismo razonamiento se debe aplicar por analogía á los demás planetas que son semejantes al nuestro y sujetos á las mismas leyes físicas.

Pues bien, ¿la ciencia astronómica podrá medir directamente la aminoración de la rotación planetaria producida por las causas que hemos señalado?......Yo creo imposible hacer esta apreciación directa; porque en ese caso los planetas dependientes en sus movimientos del gran motor, que es el Sol, sufrirán en su acción rotatoria una disminución concordante con la de este luminar. Entonces, siendo más lenta no solo la rotación solar, sinó también la de los planetas, el tiempo de la vuelta del Sol sobre sí mismo, siempre se referirá al tiempo que emplee la Tierra en su movimiento giratorio, porque los días terrestres son puntos ó términos de comparación para los cálculos astronòmicos. Por consiguiente, si se hàcen largos los días terrestres por la lentitud de su movimiento, también será lento el del Sol en una perfecta y armónica relaciòn. Luego no es posible calcular ni la disminución de la rotación planetaria ni la del Sol en razón de que el término ó punto de comparación varía, á no ser por medios indirectos conjeturales, como por la aceleraciòn de la revolucion planetaria que puede ser un indicio de la aproximación de los mundos de nuestro sistema hacia el Sol, á causa del aumento de la gravitación de este astro originada por la disminución de su rotación; pero esos indicios no podrán dar la medida exacta, ni aun aproximada de esa disminución rotatoria. De aquí resulta que la cesación del movimiento astral, será repentina, cuando la gravedad gane en intensidad á costa de la pérdida de la rotación astral una cantidad necesaria para equilibrar ó detener todo el resto del movimiento, aun antes de que el sol pierda toda su radiación y calor: «Quia « dies Dómini sicut fur in nocte, ita veniet: porque el día del « Señor vendrá, como un ladrón lo hace de noche». (Capítulo 5°. v. 2 de la Epístola de San Pablo á los Tesalonicenses).

Como hemos dicho, cuando el movimiento de rotaciòn por las causas indicadas, pierda una parte de su velocidad, despertará con mayor energía la fuerza de la gravitaciòn solar y contribuirá á detener el movimiento planetario. En este caso la Luna se aproximará más á la tierra, y ésta y los demás mun-

dos de nuestro sistema hacia el Sol. Esto mismo sucederá con este luminar respecto á los grandes astros que son sus motores. Aquí comenzará una lucha gigantesca entre la fuerza centrífuga ó escape de los planetas y la atracción del Sol; y entre éste y los colosales globos que lo impelen hacia la constelación de Hércules. De donde resultará para los astros un trabajo mecánico inmenso, dando por resultado un espantoso efecto: mayor rapidez en su traslación y una detención grande en su movimiento de rotación, es decir, días largos y años cortos. A medida que se aproxime el Sol á sus motores, las mareas solares irán en aumento y por lo mismo la aminoración de su rotación; pues, hay que advertir que el Sol corre al través del espacio con todo su sistema, cada siglo más de seis billones de leguas francesas si nos atenemos á los cálculos de Flammariòn, quien asegura que el Sol se dirige hacia la constelación de Hércules con una velocidad de 175,000 mil leguas por día. De manera que este luminar se acerca constantemente á algunas estrellas colosales que embarazan su rotación, produciendo mareas gigantescas en su superficie fluida, mareas que originan el *par de fuerzas* de que habla M. Delaunay. Permitidme usar la expresión *mareas*, tratándose del Sol, porque no hay otra mejor con que expresar el fenómeno de la elevaciòn y agitación de su masa fluida.

Especialmente en los planetas, las mareas serán formidables, porque estando ellos más cerca del Sol y de sus satélites, la atracción de aquel astro que obrará juntamente con esas lunas sobre las aguas de cada planeta, dará lugar á un inmenso par de fuerzas que disminuirá rápidamente la rotación planetaria, produciendo además terremotos espantosos: «Et terre « motus magni erunt per loca.» (San Lucas Cap, 21 v. 11).

Como la revolución ó traslación de los planetas aumentará enormemente para escapar á la gravitación solar, el Sol perderá parte de sus fuerzas motrices, especialmente su calor en mantener ese colosal movimiento. La rapidez prodigiosa de estos movimientos devorarà el calor solar y otras fuerzas suyas, hasta que disminuidas éstas en buena parte, la rotaciòn de este astro se apagará de golpe. Más adelante calcularemos con los principios rigurosos de la mecánica estos resultados. Digo que el Sol perderá parte de sus fuerzas motrices en fomentar la aceleración de

la revoluciòn de los planetas que se acerquen hacia él, porque el aumento de ese movimiento planetario, no puede verificarse sinó á espensas de las fuerzas del Sol, que es el motor principal. Ese exceso de movimiento planetario, que crecerá á pesar de que crezca también la gravitaciòn solar, no podrá nacer sinó de algunas energías motrices que obrarán con más vigor para contrarrestar al Sol, y esas fuerzas son sin duda el calor, la electricidad, la luz, &. que se distribuyen en circuito al proceder del Sol por el sistema planetario, de tal modo que la fuerza positiva reside en nuestro luminar y la fuerza negativa en los planetas.

Veamos que otros efectos se originarán de la rotación astral. A la verdad sabemos por los astrónomos que existen enjambres de materias cósmicas, de planetícolas, &. que giran al rededor del Sol en los espacios interplanetarios. El plano de la órbita que siguen estos fracmentos cósmicos, origen de los bólidos, aerólitos, piedras meteóricas, se cruza, según la observación de los astrónomos, con el de la eclíptica en ciertos puntos. De suerte que nuestro planeta en su marcha por su órbita se acerca dos veces al año á esos nodos. Es por esto que se precipitan sobre la tierra á millares en las épocas en que probablemente pasa ésta por esos nodos. Esto sentado, como la gravedad terrestre aumenta día à día por la aminoración de su rotación causada por el par de fuerzas que producen las mareas, según hemos probado antes, es claro que la acción atractiva de nuestro globo sobre esos planetícolas, se hará cada día más activa y enérgica. Luego aquellos cuerpos cósmicos perderán gran parte de la fuerza centrífuga que los hace escapar en su mayoría á la acción formidable de la gravedad terrestre.

Pues bien, esta gravedad así incrementada, los hará caer á millones sobre su superficie, inflamándolos con la presión de su atmósfera en forma de estrellas ardientes y flamíjeras; (2) y su inflamación resulta no solo de la presión atmosférica, sinó también de la cesación de sus movimientos. Y esa caida no será únicamente de las pequeñas piedras que caen actualmente, sinó de cuerpos y planetícolas más-grandes que ahora escapan á

(2) "Et stallæ de celo ceciderunt super terram". (San Juan en su Apocalip. capítulo 6 v. 13).

sus prisiones. El choque de esas masas precipitadas con tanta abundancia, contribuirá á debilitar aun más la rotación terrestre; porque el choque de los cuerpos duros, está sujeto á esta ley mecánica: «la velocidad de los cuerpos después del choque, « es igual á la diferencia de sus cantidades de movimiento an- « tes del choque, dividida por la suma de sus masas»..........

$$X = \frac{m\,v - m'v'}{m + m'}.$$

El enunciado de esta ley enseña claramente que la velocidad final de dos cuerpos que se chocan en sentido contrario, es menor que la cantidad de velocidad de que antes estaban animados. Por consiguiente, el choque creciente de esos innumerables cuerpos, que caigan sobre la tierra en la dirección del centro, se multiplicará para apagar más y más la rotación terrestre. Además, con la adición de esos cuerpos cósmicos, la atracción de nuestro globo irá creciendo día á dia para precipitar sobre él con más profusión todavía esos planetícolas. Esto mismo sucederá en los demás planetas puesto que estos deben encontrar en su camino al rededor del Sol á esos cuerpos cósmicos que forman un inmenso rosario.

Este fenómeno debe verificarse en una escala incomparablemente mayor en el Sol, atendida su mayor atracción. Y no vale el decir, que la caida de los meteoros sobre aquel astro, produciría en su masa algunos grados de calor. Es cierto que el choque de los cuerpos y la cesación de sus movimientos, pueden engendrar algunas cantidades de calor; pero los físicos tampoco han tenido en cuenta en esas caidas la pérdida de fuerza termal que puede sufrir el Sol en razón de la cantidad de calor que le roban esos cuerpos sólidos precipitados sobre su fotósfera para fundirse y vaporizarse á espensas del calor solar. En efecto, esos planetícolas ó piedras, que se precipitan en el Sol, caen en estado sólido, y al entrar bajo el dominio de ese foco incandescente, tienen que fundirse primero y después pasar al estado gaseoso. Pero para fundirse necesitan las materias minerales sólidas diferentes grados de calor: unas se funden á 300 grados; otras á mil, en fin hay algunas que exigen para su fusión 2,000 grados; hay ciertas piedras que resisten á las más altas temperaturas, como el granito. De estas cantidades termales una mitad de la temperatura de fusión se pier-

de y se convierte en trabajo interno. Hay más para pasar al estado gaseoso, todavía consumen los líquidos mayor suma de calor; porque es grandísima la cantidad de calor que desaparece durante la vaporización. Si son menester por ejemplo 180 grados para hacer hervir la libra de agua, se necesitarían casi *mil* grados para trasformarla en vapor; y consumiéndose esta cantidad termal en producir ese cambio de estado, desaparece naturalmente. De aquí resulta que si la caida de los meteoros en el Sol puede hacerle ganar algunos grados de calor, en cambio le hace perder quizá mayor suma de temperatura por las trasformaciones indicadas; así como si sobre una masa de plomo fundido, que estuviera á una temperatura que desciende, arrojáramos muchos fragmentos sólidos del mismo metal. Estoy seguro que en este caso, disminuiría la temperatura de ese plomo en fusión.

De suerte que lo poco que gana el Sol en el choque de esos cuerpos, lo pierde en mayor grado por el trabájo de fusión y de vaporización. Además, en esa caida de materias cósmicas, hay interferencia de movimientos y de calor, porque la rotación solar sufre el choque de cuerpos animados de movimientos perpendiculares á su eje. Y habiendo interferencia de movimientos y de corrientes termales, deben disminuir el calor lo mismo que el movimiento. Con razón dice el químico Youmans, en sus elementos de Química, hablando de las interferencias, hacia la página 264: «La multiplicidad de estos notables fenóme-
« nos, es prueba evidente de lo que predomina en la naturale-
« za el movimiento de ondulación. Hemos visto que la adiciòn
« del movimiento al movimiento produce quietud, que la del so-
« nido al sonido produce silencio, que la de luz á luz produce
« oscuridad; pues también se ha demostrado que la del calor al
« calor *produce frío* y que la de energía química á la de energía
« química produce inacción, lo cual quiere decir, en otras pa-
« labras, que puede haber también interferencia de las radia-
« ciones termales y químicas, exactamente igual á la de la luz
« y el sonido». De aquí resulta que la energía química de los chocantes añadida á la del Sol, destruye en ambos una suma de energía proporcional al efecto del choque. El calor de las masas precipitadas en interferencia con el del Sol, produce igualmen-

te la neutralización de una cantidad termal en la medida de la amplitud de sus ondas caloríficas; lo mismo sucede con la de sus luces encontradas. Por consiguiente, no todo choque es ganancia de calor, de luz y de movimiento, puesto que casi siempre hay interferencia de movimiento, de calor y de luz en los choques que se verifican en sentido opuesto.

Además, en el choque de esos cuerpos, el Sol está sometido á la ley mecánica que un poco antes hemos indicado, hablando del que sufre la tierra con la caida de los aerólitos, bólidos, &. Allí hemos mostrado que los cuerpos chocantes en sentido opuesto, pierden parte de su movimiento. Por consiguiente, una parte pequeña de la rotación solar, se gasta en apagar el movimiento perpendicular de los cuerpos chocantes; pero como esa precipitación debe ser interminable y siempre constante de los millones de millones de fracmentos cósmicos que caen sobre él, de aquí resulta lògicamente que la pérdida de rotación solar aumenta en escala creciente.

Por estas causas claras y evidentes, la rotación astral irá en disminución continuamente; porque lo que sucede en el Sol y la tierra, debe acontecer en los demás planetas que están sujetos á estas mismas leyes físicas.

Por fin nos hemos acercado al nudo del problema pavoroso que nos trae preocupados profundamente, y esperamos en Dios que lo desataremos con el apoyo de las leyes matemáticas y rigurosas de la mecánica.

En efecto, las causas que manifiestamente atenùan el movimiento astral son las que hasta aquí tenemos descritas, es decir; 1ª. el enfriamiento que sufren los astros, enfriamiento que disminuye el calor, que es la fuerza motriz de los astros; y disminuyendo la fuerza motriz, es claro que debe disminuir el movimiento; 2ª. las mareas lunares y las que tienen lugar en el Sol y los planetas, debilitan la rotación astral, como lo hemos probado con el apoyo de eminentes sabios; 3ª. el choque de los aeròlitos, bólidos, &. precipitados en los astros, debilita sus movimientos según las leyes de la mecánica; 4ª. los astros unos á otros se entraban sus movimientos por las perturbaciones que con sus atracciones se causan recíprocamente, á medida que se aproximan al Sol, y á medida también de que los satélites se aproxi-

man á sus planetas; 5ª. en razón de la debilitaciòn de la rotación astral, la gravedad crece, como el cuadrado de la parte de fuerza centrífuga extinguida, y por lo mismo tiende á apagar con mayor energía el resto del movimiento astral; 6ª. á medida que el calor central de la masa planetaria, disminuya, debe disminuir en la misma proporción la rotación, porque hemos probado la semejanza de los planetas, en su juego mecánico, con las *Eolípilas de reacción*; 7ª. en fin hemos probado que el choque de las fuerzas antagònicas con las motrices hace que los átomos de la materia de los mundos, se inclinen al reposo en la medida en que se neutralizan ellas.

Pues bién, cuando por la acción formidable y continua de las fuerzas perturbadoras que hemos descrito, el movimiento de los astros pierda por ejemplo, la raiz cuadrada de su velocidad total, esta parte de movimiento extinguido, dando lugar al aumento de la gravedad en una proporción correspondiente al cuadrado del movimiento cesante, apagará de golpe el resto del movimiento astral, aun prescindiendo de las grandes fuerzas perturbadoras que pugnan por detener á los astros. Aclaremos más este principio de la mecánica. En efecto, la relación de la fuerza centrífuga con la gravedad terrestre, por ejemplo, es de *uno á doscientos ochenta y nueve* en el Ecuador, es decir, que la fuerza centrífuga es $\frac{1}{289}$ ava parte de la gravedad terrestre. Como en mecànica se demuestra que la fuerza centrífuga es proporcional al cuadrado de la velocidad giratoria, es claro que si la rotación aumentara 17 veces más que ahora, la fuerza centrífuga sería igual á la gravedad y los cuerpos no tendrían ya ningún peso; así también si esta misma velocidad de rotación disminuyera 17 avos de su cantidad de movimiento, perdería la fuerza centrífuga una energía correspondiente al cuadrado del número 17; y entonces la gravedad terrestre aumentaría también como el cuadrado de ese mismo número, puesto que es antagónica de aquélla; pero el cuadrado de 17 forma la cifra 289 que añadida á la intensidad propia de la gravedad, alcanzaría al número 578; es decir la atracción terrestre se duplicaría y sería suficiente para detener el resto del movimiento de rotación.

Ahora bien, forzosa y necesariamente se encamina la debi-

litación gradual del movimiento á ese término, es decir, á perder la raiz cuadrada de su velocidad, puesto que las causas retardatrices, cuya existencia y juego hemos probado hasta la evidencia, lo empujan hacia ese extremo fatal. Creciendo cada vez y continuamente la aminoración de ese movimiento, debe llegar fozosamente un momento en que esa disminución alcance á la raiz cuadrada de la cantidad total de movimiento, porque las fuerzas atenuantes son constantes. (4)

Por consiguiente, basta por ejemplo, que disminuya en la Tierra algo más de una vigésima parte de su rotación, para que creciendo la gravedad como el cuadrado de esa aminoración, apague de golpe el resto de ese movimiento; porque se sabe que la velocidad con que gira nuestro globo es pròximamente de un dècimo de legua por segundo; décimo de legua que equivale á 461 metros, si adoptamos la legua francesa. Pues bien, la raiz cuadrada de 461 está entre los números 21 y 22; y como la fuerza centrífuga es proporcional al cuadrado de la velocidad giratoria, es claro que disminuyendo ésta como 21 avos ó una vigísima 1ª. parte de toda su intensidad, la fuerza centrífuga debe disminuir como el cuadrado de esta cantidad, es decir, 461 veces; pero el número 461 representa cabalmente toda la velocidad de su rotación. De lo que se concluye lógicamente, que perdiendo la tierra una vigésima 1ª. parte de su rotación, cesará de golpe el resto de ese movimiento. Los físicos no han tenido en cuenta esta grave circunstancia, sin duda, por no haberse ocupado expresamente, como nosotros, de la cuestiòn que hace el objeto de estas conferencias.

En el Sol, la fuerza centrífuga apenas pasa de la cién milésima parte de su pesantéz. Por consiguiente, perdiendo el Sol la raiz cuadrada de su velocidad giratoria que es algo más de la cuadragésima parte de ella, la energía de su atracción ó gravitación, debe apagar el resto de su movimiento; porque la vèlocídad con que gira sobre sí mismo es cerca de 2,000 metros por segundo. No nos hagamos ilusión en este problema a-

(4) Entre las fuerzas atenuantes del movimiento, debemos contar también el roce que sufren los astros en el éther, roce que debilita su marcha al través del espacio, como se hace notar por los astrónomos modernos.

terrante y de trascendencia eterna. La gravedad astral, es la enemiga más temible que cuenta el movimiento de rotaciòn de los mundos. Por lo mismo, el cálculo y la ciencia no deben aguardar á que el calor total del Sol y de los astros se agote completamente, lo que se verificaría en una larga serie de siglos, nó; basta, pues, que este calor ò fuerza disminuya en la proporción de la raiz cuadrada del movimiento astral, como hemos mostrado anteriormente, para que venga el fin del universo. Estas conclusiones son rigurosas en mecánica, porque tienen una lógica matemática. Pero, ¿cuándo alcanzará á su raiz cuadrada la debilitación del movimiento astral? Ya hemos dicho en otra parte que es imposible hacer ese cálculo, por la ausencia de un término fijo de comparación. Por lo mismo: «De diæ illa nemo scit, nisi Pater:» De aquel día nadie sabe, sinó el Padre.

¿Y cuál será el efecto de la cesación repentina de la rotaciòn astral? El incendio universal; porque según la Thermodinámica, todo movimiento cesante se convierte en calor equivalente. Así lo prueban experimentalmente físicos eminentes, tales como Mayer, Joul, Thomsón, Casin, Fabre, Clapeyrón, Dupré, Regnaul y otros muchos sabios. Por eso Ganot en su Tratado Elemental de Física, al hacer la relación de los sabios que concurrieron á establecer la teoría mecánica del calor, se remonta hasta Montgolfier y dice: «Montgolfier, es al parecer el
« 1er. físico que supuso que hay identidad de naturaleza entre
« el calor y el movimiento, en el sentido no solo de que
« el calor es causa del movimiento, y éste de aquél, sinó
« también en el de que uno y otro son dos formas distin-
« tas, dos efectos de una sola y única causa; en una palabra
« *que el movimiento puede trasformarse en calor*, y el calor en
« movimiento». De acuerdo con éste, Youmans, resumiendo en sus elementos de Química, los conocimientos de nuestro siglo, dice: «Todo movimiento tiene su calor termal, y cuando cesa
« produce invariablemente su equivalente de calor. *Si cesase*
« *el de los cuerpos celestes, haría que se incendiase el universo*....
« Como los movimientos y las masas de los cuerpos planeta-
« rios son definidos y determinados, podemos calcular con exac-
« titud lo que susedería si cesasen esos movimientos. La tier-

« ra tiene 8,000 mil millas de diámetro, pesa cinco y media ve-
« ces más que el agua, describe su órbita á razón de 68,000 mil
« millas por hora. La súbita cesación de su movimiento pro-
« duciría un calor igual á la combustión de 14 globos de an-
« trácito, tan grandes como la tierra.» He aquí, señores, como los elementos combustionados acabarán con toda vida en ese día terrible y pavoroso: «Et pugnavit pro eo orbis terrarum
« contra incensatos. (1).—Y los elementos se fundirán con el
« ardor del fuego (Epístola de San Pedro, capítulo 3°. v. 11.»)

En los capítulos siguientes demostraremos que la cesación del movimiento rotatorio de la Tierra y del Sol, es capaz de producir una inmensa cantidad de calor, bastante no solo á incendiarlos, sinó también á hacerlos estallar en miles de fracmentos.

¡¡Entre tanto, resuene en lo íntimo de nuestros corazones el dulce canto de gratitud al Eterno por habernos conducido triunfantes hasta aquí en la penosa batalla que hemos sostenido contra el error y la impiedad!!!.........................

Santo Tomás en su Summa Teológica, quest. 91, art. 2, dice: «Se ha dicho que el ángel que apareció, (comenta el
« Apocalip.) juró por el que vive en los siglos, que el tiempo
« no subsistirà ya, es decir, después que el septimo ángel ha-
« ya tocado la trompeta, cuyo sonido resucitará á los muertos,
« como dice el apóstol. Luego, si el tiempo ya no existe, el
« movimiento del cielo no existirá tampoco, y por consiguiente
« cesará......Dice el profeta: Vuestro Sol no se pondrá yá y vuestra
« Luna no sufrirà más disminución. Pero el movimiento del
« cielo es el que hace que el Sol se ponga y que la Luna de-
« crezca. Este movimiento cesará, pues, un día.» He aquí, ilustre auditorio, que las doctrinas del doctor angélico, se hallan en perfecta armonía con la teoría que vengo sustentando acerca de la *cesación* del movimiento universal.

---

(1) Libro de la Sabiduría, capítulo 5°. v. 21.

CONFERENCIA SEGUNDA.

CAPÍTULO 3º.

Efectos del incendio universal.—Oscuridad del Sol y de las estrellas por la interferencia de los rayos luminosos y su absorción por los gases. Textos sagrados.—Ruptura de los astros.—Caida de las estrellas y del Sol sobre la Tierra y los demás planetas, probada por las ciencias físicas y el sentido común.—Choque de los despojos astrales.—Su concordancia con los textos de la Biblia.—Cálculo de la intensidad de su atracción y del tiempo probable que empleen para reunirse en una región del espacio bajo la forma nebulosa.—La velocidad de su marcha de reunión superior á la de la luz!!!

¡Oh Sabiduría Infinita!......soy el polvo de tus pies y aun de ello me considero muy indigno......Yo, el más miserable de los que atraviesan el desierto de la vida en pos de tu Oasis celestial y el último de los sacerdotes de tu divino hijo; yo el más imperceptible por mi pequeñez aun en medio de los habitantes de este planeta atómico que gira tembloroso en un rincón de tu vastísimo imperio, ¿cómo podré dar solución á estos gigantescos y aterrantes problemas sin tu auxilio y sin que la luz de tu rostro alumbre mi entendimiento tenebroso?......Tú, oh Padre misericordioso, que miras con la misma atención infinita lo grande y lo pequeño, acude al socorro del que defiende la sacrosanta causa de tu hijo adorable.

Es cierto que tú no necesitas de mis obras porque te bastas infinitamente, mas yo necesito de tí......necesito servirte, amarte y adorarte......sin tu amor, que es un medio de vida eterna y dichosa y el sostén del orden universal, no tendría sinó la ingratitud que conduce al odio perenne y al reinado de las tinieblas......«¡Dòmine ad adjuvandum me festina!»............

Los racionalistas, al leer los textos citados en el capítulo primero, se llenarán de asombro y quizá una sonrisa burlona asome á sus labios, al ver que se anuncia por ellos la caida de las estrellas sobre la Tierra. ¿Cómo, dirán, las estrellas que son cuerpos inmensamente mayores que la Tierra, habrán de caer sobre ella, siendo ésta un átomo imperceptible en comparación de cuerpos tan colosales?......La atracción terrestre es nada para hacerlas caer hacia su superficie......estos anuncios son un contrasentido!......Larroque en su obra crítica sobre el cristianismo y muchos otros con él exclamarán en tono sardónico: «Y admitiendo que ellas (las estrellas) caigan, se puede todavía preguntar dónde irán ellas; pues, no se nos ponga en la pena de argüirles de ignorancia á este respecto; las tradiciones mahometanas sobre el fin del mundo hacen también caer las estrellas del cielo, pero al menos no las dejan en camino en el espacio; las hacen caer en el mar. Yo convengo que esta física musulmana deja todavía algo que desear, pero no se podría rehusarle el mérito de seguir hasta el fin la cuestión que ella ha levantado una vez».

¡Cómo se burla, este escritor, de los textos sagrados hasta el punto de poner á los católicos en una condición peor que á los mahometanos, sumergidos en una ignorancia ridícula y supersticiosa en cuanto á religión!!!......Veamos si las ciencias naturales, lejos de confutar los textos sagrados que hemos citado, arguyen más bien de ignorancia á los escritores que tanto se burlan de ellos. Les demostraremos que el texto de San Juan en su Apocalipsis, cap. 6°. v. 13, que ya lo hemos citado, no solo deja en camino las estrellas en el espacio, sinó que las hace caer sobre la Tierra: «Et stellæ de celo ceciderunt super terram»......
Ese escritor no se tomò el trabajo de leer este texto y sufre fiasco al juzgar sobre el conjunto de la Biblia Sagrada, como él pretende.—Pasemos á la tarea de comprobar que esa caida

se verificará en perfecta conformidad con las ciencias naturales modernas, especialmente con los principios rigurosos de la Thermodinámica, rama moderna de la física.

En efecto, cuando cese el movimiento universal (cuya posibilidad está probada en el capítulo anterior), los astros se incendiarán, según los cálculos astronómicos, rompiéndose en miles de pedazos.—Esos fracmentos se entrechocarán y mezclarán los unos con los otros.—Poseyendo el Sol el peso de *dos quintillones* de kilógramos, según Flammarión (los que en la numeración francesa equivalen á *dos novillones* de kilógramos), su cantidad total de movimiento se obtiene, según la mecánica, multiplicando su masa con su velocidad media de rotación, que es cerca de *mil metros* por cada segundo de tiempo. Hecho el cálculo indicado resulta la suma de *dos mil quintillones* de cantidad total de movimiento, el que cesando repentinamente, debe convertirse en una suma de calor equivalente, según la Thermodinámica. De aquí resulta que esta enorme cantidad de fuerza termal, es decir, los *dos mil quintillones* de kilográmetros ó calorías, en que se convertirá el movimiento cesante, es capaz, según los cálculos de los sabios modernos, de romper el globo solar en miles de fracmentos y esparcirlos en los espacios con una fuerza prodigiosa; porque M. Joul y los sabios mencionados en el capítulo anterior, han demostrado experimentalmente: ......«que la cantidad de calor necesaria para calentar á 1°. grado un kilógramo de agua, desarrolla una fuerza motriz capaz de levantar un peso de 424 kilógramos á un metro de altura en un segundo; ó recíprocamente que un peso de 424 kilógramos cayendo de un metro de altura suministra la cantidad de calor necesaria para calentar de cero á un grado un kilógramo de agua». Ahora bien, como el peso del Sol está avaluado en kilógramos, es fácil calcular su fuerza motriz termal (para el caso de que cese su rotación), dividiendo primero su peso por 424 kilógramos (unidad de peso que un grado de calor levanta á un metro de altura); y en seguida su cantidad de movimiento por el cociente de la 1ª. división, y da por resultado más de cuatrocientos mil (400,000) metros de velocidad ó fuerza explosiva por cada segundo de tiempo. De suerte que cuando más á los 40 minutos de la parálisis de su mo-

vimiento, sus fracmentos han de llegar sobre nuestro globo con una rapidez espantosa. En la 3ª. conferencia nos ocuparemos más detalladamente de estos cálculos de mecánica celeste con rigor matemático. Y nótese, señores, que el cálculo que hemos hecho del calor que la cesación de la rotación solar produciría, ha sido prescindiendo de la gran temperatura propia que á ese tiempo poseerá todavía el Sol, como hemos demostrado antes, y del calor que resultará de la detención de su movimiento de traslación.

Por consiguiente, esa fuerza de explosión solar, lanzará sobre la Tierra y los demás planetas muchos fracmentos ó retazos de su masa en forma de estrellas ardientes y flamíjeras, cual proyectiles de una inmensa bomba que revienta. Igual cosa sucederá con las estrellas por la misma razón, y sus restos caerán sobre sus tierras ó planetas.

Este cálculo de la ciencia llamada Thermodinámica, está en perfecta armonía con los textos sagrados: «Et stellæ de « celo ceciderunt super terram:» y las estrellas del cielo cayeron sobre Tierra (San Juan en su Apocalipsis 6º.—13).—«Et « stellæ cadent de celo. (San Mateo. 24. 29).—Et stellæ celi « erunt decidentes.» (San Marcos 13. 25.)

Primeramente estallarán el Sol y las estrellas, porque éstos tienen mayor cantidad de rotación y por lo mismo mayor suma de calor, de luz y de otras fuerzas expansivas, que en su cesación, romperán á retazos esos astros. Además, la física nos enseña que los cuerpos gaseosos ó fluidos tienen menos estabilidad en la adherencia de sus partículas constituyentes que los cuerpos sólidos; y sabemos como una cosa probable que el Sol y las estrellas son masas fluidas y no sólidas. Con el incendio universal producido por la cesación del movimiento, estallarán primero los globos fluidos que los sólidos, y sus fracmentos desparramados, chocando con los mundos en los espacios, formarán un caos semejante al primitivo de la creación.

San Mateo en el capítulo 24 v. 29, dice: «Y luego « después de la tribulación de aquellos días, el Sol se oscu- « recerá y la Luna no dará su lumbre».........Se dice en este texto que el Sol y la Luna se oscurecerán; este oscurecimiento se verificará conforme á las leyes físicas que rigen las

interferencias de los rayos luminosos, y que según el sabio físico Grimaldi, la luz añadida á la luz produce oscuridad. En efecto, cuando por el incendio del Sol se aumenten los rayos luminosos emitidos por ese globo quemado, las ondas de luz que salgan de ese foco con un aumento grande de intensidad, no solo chocarán entre sí, sinó que encontrándose con otras de igual intensidad y amplitud emitidos por las estrellas inflamadas, se neutralizarán mútuamente produciendo la oscuridad.

Por otra parte, como por el incendio universal, todos los elementos líquidos y gosólitos de los astros se han de convertir en vapores, éstos absorberán también los rayos luminosos en una escala inmensa para eclipsar la luz en los espacios etéreos. El poder absorbente de los gases respecto á la luz y al calor, lo demuestra matemáticamente el profesor Tindall (insigne físico de nuestro siglo), habiendo hechos interesantes descubrimientos acerca de las relaciones entre el calor, la luz radiante y los gases. Esa neutralización de ondas luminosas, se verificará solamente en la luz radiante y no en sus manantiales mismos, según las leyes físicas tan conocidas sobre el principio de las interferencias. Y este fenómeno está además conforme con los textos sagrados siguientes: Y «miré cuando se abrió el 6°. sello. « ......y se tornó el Sol negro como un saco de cilicio y la Lu- « na fué hecha toda como sangre». (Apocalipsis cap. 6°. v. 12). « Delante de él se estremeció la Tierra...... el Sol y la Luna se « oscurecieron y las estrellas retiraron su resplandor». (El profeta Joel, cap. 2°. v. 10, 30, &). Luego, la Biblia sobre el fin del universo, se halla admirablemente conforme con las doctrinas de las ciencias naturales modernas.......

Sigamos paso á paso el desarrollo de los efectos del incendio de los astros.—El Sol y las estrellas se romperán como bombas de guerra en millones de pedazos; porque soportando en sus masas un trabajo inmenso de fuerzas expansivas y de un movimiento intensísimo, cesando este gigantesco movimiento, se convertirá en una prodigiosa fuerza termal equivalente, bastante á hacer estallar esos globos en innumerables fracmentos. El incendio que acabamos de columbrar está anunciado por San Pedro con una exactitud asombrosa, en su Epístola 2ª. capítulo 3°. v. 10 y 11: «Vendrá, pues, como ladrón el día del Se-

« ñor, en el cual pasarán con grande ímpetu los cielos y los « elementos con el calor serán deshechos, y la Tierra y todas las « obras que hay en ella, serán abrasadas......pues como todas « estas cosas hayan de ser deshechas, ¿cuáles os conviene ser « en santidad de vida y de piedad............esperando y apre- « surándoos para la venida del día del Señor, en el cual los cie- « los *ardiendo serán deshechos* y los elementos se fundirán con « el ardor del fuego»?......¡Que admirable concierto entre este texto y la moderna ciencia llamada Thermodinámica!!......

Apelemos aún al sentido común para probar la caida de las estrellas sobre la Tierra. («Et stellæ de celo ceciderunt su- « per terram»: Apocalipsis cap. 6º. v. 13). En efecto, es cier- to que no se admiten en astronomía los términos *arriba y a- bajo*; pues son palabras desconocidas por la ciencia; porque el espacio absoluto nos rodea por todas partes y la Tierra gira sin cesar mostrando todos los puntos de su superficie á todos los puntos de la bóveda celeste; pero con relación á la situa- ción de cada planeta lo que es *arriba* se halla fuera de él y lo que se llama *abajo* se encuentra en él por la percepción de los sentidos. Por otra parte, en mecánica, cuando dos cuerpos en movimiento chocan entre sí se dice que caen el uno sobre el otro. Pues, bien, prescindiendo por un momento de la demos- tración directa que acabo de dar de la caida del Sol y de las estrellas sobre la Tierra, y admitiendo que nuestro globo sea atraido por el Sol ó las estrellas y vaya á chocar con ellos, aun en ese caso el texto sagrado que acabo de citar, es rigu- rosamente exacto.

En efecto, nótese que los astrònomos enseñan, que el Sol, las estrellas y todo cuerpo celeste, se trasladan en el espacio so- bre órbitas propias lo mismo que nuestro planeta. Pues bien, el choque de dos cuerpos celestes que se mueven en sentidos contrarios, debe dar á los habitantes de cada uno de los as- tros chocantes, la apariencia neta y forzosa de que cada uno cae sobre el otro respectivamente, como dos bolas de billar que dirigidas por los jugadores en sentidos opuestos, chocan cayen- do la una sobre la otra mútuamente, animada cada cual de un movimiento propio. Luego, nuestra Tierra al chocar con el Sol y las estrellas en movimiento, dará la apariencia efectiva de que

éstos caen sobre ella. Además, nuestro planeta una vez incendiado y roto por la cesación de su movimiento de rotación en muchos fracmentos, éstos al chocar con el Sol y las estrellas, mostrarán la apariencia real de que ese Sol y esas estrellas, caerán sobre esos restos ó fracmentos terrestres, en virtud de la razón perentoria que hemos aducido. Por consiguiente, la caida de las estrellas sobre la Tierra, anunciada por los textos sagrados, es completamente exacta y nada contraria al sentido común y á las ciencias.

Por otra parte, la voz *Tierra* empleada por la Biblia, denota una materia más o menos idéntica ó semejante que existe en los mundos ó planetas de cada sistema estelar. Luego, esa caida de estrellas, se verificará sobre todos los mundos ó planetas del universo, comprendidos bajo la denominación genérica de *Tierra:* «Et stellæ de celo ceciderunt super terram.»

Hay más. La Tierra pertenece al sistema de la Vía Lactea y parece estar al centro de esa faja estrellada; por eso hay estrellas innumerables y espesas constelaciones al rededor de nuestro mundo. Si miramos al N. de la bóveda celeste, vemos estrellas; si al S. se descubren estrellas; en fin por todas partes y en todos sentidos nos circundan estrellas. Si esto es así, cesando el movimiento astral, la fuerza centrífuga se aniquilará, prevaleciendo solamente la gravitación con un aumento considerable, por las razones que hasta el fastidio hemos aducido en el capítulo anterior; fuerza de gravitación en virtud de la cual los fracmentos de los astros rotos, tenderán los unos hacia los otros. Por la gravitación necesariamente se han de reunir los despojos del universo en alguna región del inmenso espacio. Este lugar puede ser nuestro sistema solar, ó bien las regiones situadas hacia el N., S., Oriente ú Occidente de la bóveda celeste ú otro espacio intermedio entre todos los puntos indicados. Pero como nuestro globo está rodeado de estrellas y de planetas por doquiera, en cualquiera de esos casos los despojos de esos astros al tender por su gravitación los unos hacia los otros, barrerán nuestro planeta de paso al tropezar con él en su marcha veloz de reunión. Por consiguiente, caerán las estrellas realmente sobre la Tierra, no porque ésta las atraiga, sinó porque estallando con la cesación de su movimien-

to y atrayéndose sus fracmentos recíprocamente, chocarán en su tránsito ó carrera de atracción con los planetas ó tierras de nuestro sistema, así como con los demás del universo, como torrentes ú océanos de fuego, que los cubrirán con su inmensa masa gaseosa ó nebulosa, la que dilatada considerablemente con la acción del calor, ocupará espacios inconmensurables. Por eso, San Juan dice, en su Apocalipsis cap. 6º. v. 14: «Et cælum « recessit sicut liber involutus»: Y el cielo se recogió como un « libro que se arrolla». En este punto, el evangelista penetra con el vuelo de su inspirado espíritu en la oscuridad del porvenir con una sorprendente exactitud y verdad. Con esas palabras proféticas enseña que los despojos de todos los cuerpos del cielo astronómico en que estamos, vendrán á reunirse y envolverse los unos en los otros, como las hojas de un libro, lo cual está en perfecta armonía con las leyes de la gravitación que acabamos de describir acerca de la concentración de los despojos del universo en una gran región del espacio.

He ahí como es posible, según las leyes rigurosas de la naturaleza, la caida de las estrellas sobre la Tierra y su concentración en un inmenso montón de escombros; y los enemigos de nuestra religión no tienen derecho á insultarla, máxime si algunos de ellos no traen consigo los títulos de la verdadera ciencia; porque entonces el baldón y sarcasmo que emplean, se vuelven con usura contra ellos mismos.

Pero, surge una cuestión en este punto. ¿Cuántos millones de años habrán menester esos despojos astrales para aproximarse y reunirse? Pues la luz de algunas estrellas próximas, según cálculos astronómicos, ha empleado miles de años en atravesar la distancia que nos separa de ellas!!............Mas cuánto sorprenderá á muchos el poder de las leyes de Dios cuando afirmemos que esa reunión se verificará en poco tiempo!!... ...Para resolver este gigantesco problema apelemos á las leyes y principios de la mecánica celeste.

En efecto, mientras los fracmentos de los astros anden vagando por los espacios al impulso de las fuerzas explosivas antes descritas, despertando fuertemente la gravitación universal, por efecto de la disipación de las fuerzas centrífugas, hará que se atraigan de un modo prodigioso los unos á los otros. Va-

mos á calcular de un modo aproximado la intensidad de esa atracciòn:

A la verdad, la gravitación, según el sublime genio de Newton, se ejerce en razón inversa del cuadrado de las distancias. De suerte que á medida que se acerquen los cadáveres de los astros, las atracciones irán aumentando como el cuadrado de las distancias que ganen en su aproximación; es decir, que para una distancia *dos veces mayor*, la intensidad de la atracción es *cuatro veces menor*; y vice versa, para una distancia *dos veces menor*, ella es *cuatro veces mayor*. Hagamos ya el cálculo prometido:

Sea un metro la velocidad inicial al cabo de un segundo en la marcha de un fracmento de astro menor, atraido por otro mayor. La velocidad de su aproximación crecerá como los cuadrados de los tiempos empleados en recorrer el espacio que los separa, segùn la mecánica. Hecho el cálculo, al cabo de ocho días un astro atraido por otro ú otros mayores que él, habrá corrido una distancia de más de 400 millones de kilómetros, distancia incomparablemente mayor que la que nos separa del Sol...... ¡¡Oh, qué prodigio, antes de 30 días la Tierra, el Sol y los demás planetas de nuestro sistema pueden juntarse en el espacio!!!......Y este cálculo se ha hecho prescindiendo del choque de los despojos astrales que pueden impeler á la Tierra y demás planetas á una aproximaciòn más rápida, y prescindiendo también de las inmensas fuerzas de atracción que poseen los grandes cuerpos celestes, del aumento de la fuerza aceleratriz á medida que se acorten las distancias y aun de la desapariciòn de la fuerza centrífuga que deprime ahora la gravitaciòn universal.

¡Esa velocidad de atracciòn al cabo de pocos días, puede hacerse inmensamente mayor que la rapidez con que camina la luz!......Después de algunos días más el efecto gigantesco de esa fuerza, puede adquirir las proporciones de lo inconmensurable...... ¡Atónita la razón y enmudecidas las sublimes matemáticas, se detienen temblorosas y jadeantes ante los umbrales de esa inmensa potencia!!!... ....

Inclinemos humildemente la cabeza ante el poder infinito del Monarca del universo, implorando su misericordia con toda la efusión de nuestros corazones, para que nos libre de los efectos eternos de su justicia formidable!!!............

Loado sea Dios por haber hecho brillar la luz en las tenebrosas cuestiones que hemos resuelto y por habernos mostrado la perfecta armonía de la palabra de su Verbo Encarnado con las leyes físicas de su creación. ¡Oh adorable Jesús Nazareno, basta invocar con fé tu dulce nombre, para convertir en alegre claridad las más densas tinieblas!!!..................

———

CONFERENCIA TERCERA.

INVOCACION.

Oh Jesús, Dios de mi corazón, dulzura y encanto de la creación, rendidas gracias te doy de haber conducido mi pensamiento al través de los siglos al teatro de la horrorosa catástrofe que desolará los mundos......Allí con el alma envuelta en las fúnebres alas del dolor, he contemplado los efectos terribles de tu justicia......Allí he sentido bullir en mi imaginación entristecida, desconocidas verdades......grandes, sublimes, henchidas de terror á la vez que de gratitud......Tú que eres el gran principio de vida y la vivificación del universo, da nuevo aliento al vuelo de mi pensamiento quebrantado por la fatiga de un viaje tan largo y penoso. Hazme llegar en alas de tu gracia hasta las playas de la eternidad para que presencie la escena pavorosa á la vez que consoladora de la resurrección de los muertos. Descúbreme, Señor, los misterios que se hallan velados por las espesas tinieblas del porvenir, para que los anuncie á mis hermanos que inquietos esperan su enseñanza.—Ea, Jesús mio.. tu infinita bondad séame propicia por los méritos de tu redención.

CAPÍTULO 4º.

Fenómenos físicos primitivos y actuales.—Sentido alto de los textos sagrados.—Comprobación matemática del capítulo anterior acerca del rompimiento de los astros y la caida de las estrellas. Equivalente mecánico de la rotación del Sol.—Cálculo de la fuerza de explosión con que estallará su masa al cesar su movimiento, y de la velocidad con que lanzará sus fracmentos por el espacio.—Apreciación del tiempo en que caerán sobre la Tierra y los demás planetas.—Fuerza termal equivalente á la cesación del movimiento de traslación del Sol hacia la constelación de Hércules.—Parálisis de los resortes centrales del movimiento universal.—Caida efectiva de las estrellas sobre la tierra y demás planetas.—Opinión de los santos padres sobre esta caida; la del autor.—Efectos de la parálisis de nuestro planeta y cálculo de la fuerza de explosión con que se romperá su masa.—Su armonía perfecta con los textos sagrados.

Antes de entrar en el análisis profundo anunciado en el programa de este capítulo, hagamos algunas consideraciones generales sobre los fenómenos físicos, primitivos y actuales, y el sentido alto de los textos sagrados.

En efecto, es muy probable que en el principio de la creación la materia cósmica estuvo animada de una temperatura elevadísima, en el momento que Dios creó la luz—calor, ó mejor dicho, la energía madre de la que se originan las fuerzas. A la aparición de esta fuerza, la materia se animó y palpitò repentinamente, fundiéndose hasta convertirse en materia fluida ò nebulosa. Las fuerzas directrices, lumínicas, calóricas, eléctricas, &. le imprimieron, bajo la acción providencial, corrientes contrarias de condensación, según las propiedades de los elementos primarios, en virtud de la polarizaciòn de las energías físicas y químicas. Separàndose los materiales estelares de los elementos planetarios, se concentraron los primeros en masas esféricas más lentamente que estos últimos por las poderosas razones, expuestas en mi *tratado sobre la Cosmogonía de la Creación*, todavía inédito.

Una vez que principió el movimiento doble de rotación y de traslación, el calor inmenso que dominó la materia, en los albores de la creación, se convirtió en trabajo mecánico, es decir, una parte de esa alta temperatura se resolvió en movimiento. Es entonces que los globos celestes adquirieron la forma esférica, por la combinación de las fuerzas centrífuga y centrípeta. Ese tra-

bajo mecánico tiene que seguir obrando en el tiempo, y el calor irá disminuyendo siempre, porque para mantener y fomentar el inmenso trabajo que los astros soportan en sus movimientos y revoluciones, y en la actividad de las trasformaciones vitales, han menester prestarse de las fuerzas calóricas, lumínicas &. nuevos suplementos de energía. Cuando los astros cesen en sus movimientos, como hemos probado en el capítulo anterior, volverán al estado que tenían el primer día de la creación, es decir, cuando una inmensa temperatura los animaba. En ese caso todos los cuerpos celestes se reducirán al estado gaseoso, ò nebuloso, de tal manera que la materia vaporosa del Sol y las estrellas, se estenderá en el espacio millones de leguas hasta envolver con sus ondas de fuego á todos los planetas que fundidos con el incendio universal, vogarán en ese inmenso océano ígneo. Entonces la luz estará confundida con las tinieblas, como al principio, es decir, los planetas fundidos y gasificados, mezclarán sus masas opacas con la materia luminosa del Sol y de las estrellas. Esa inmensa nebulosa, ó mejor dicho, ese caos, tendrá un movimiento de concentración al impulso de la gravitación universal: «Y el cielo se recogió como un libro ó pergamino que se arrolla». (Apocalipsis cap. 6 v. 14).

Ahora bien, hagamos notar un concepto contenido en los textos de la Biblia. En efecto, á cada paso en ella se hace uso de la palabra *Tierra*. ¿Tendrá ésta un sentido exclusivamente aplicable á nuestro planeta? Nó; porque por tierra debe entenderse, según la astronomía y la Filosofía, no solo nuestra Tierra, sinó también todas las tierras de los cielos. Con una elevación sublime, dice, Santo Tomás, (hablando de la creación) « que por tierra se entiende la *prima materia*». En el universo y en el lenguage divino, cuyo poderío y pensamiento abrazan todo lo creado, la voz Tierra designa una materia más ó menos idéntica ó semejante, existente en todas las regiones y comarcas de la Creación. La lengua divina entraña un sentido general, una acepción universal, porque cuando Dios habla, lo hace como Señor y dueño de todas las cosas creadas.

Hechas estas advertencias importantes, pasemos al cálculo que nos hemos propuesto en este capítulo.

M. Joule encontró el equivalente mecánico del calor y co-

mo él muchos otros sabios, mediante experimentos numerosos que han confirmado plenamente su gran teoría. El resultado que han obtenido, es el siguiente: «Que la cantidad de calor necesaria « para calentar á 1°. grado un quilógramo de agua, desarrolla « una fuerza motriz capaz de levantar un peso de 424 quiló- « gramos á un metro de altura en un segundo de tiempo; ó « recíprocamente, que un peso de 424 kilógramos cayendo de « un metro de altura suministra la cantidad de calor necesa- « ria para calentar de cero á un grado un kilógramo de agua. « Que el calor puede trasformarse en trabajo y que cierta can- « tidad de calor desaparecida corresponde á una cantidad de- « terminada de trabajo efectuado. Que el movimiento que ce- « sa puede trasformarse en calor equivalente». Esta ley de Joule está reproducida en las últimas ediciones de la Física de Ganot, en la Química de Youmans y en los textos modernos de todos los físicos.

Si todo esto es cierto, como en efecto lo es, claro es que cuando el Sol cese en su movimiento de rotación (como ha de cesar, según lo hemos probado en el capítulo anterior) adquirirá una cantidad de calor que equivaldrá á ese trabajo cesante.

Veamos cómo podemos averiguar con alguna exactitud matemática este resultado.

En efecto, sabemos por la Astronomía que la velocidad del Sol en su rotación es cerca de *dos mil metros* por cada segundo; porque este astro verifica una rotación completa en 25 días y medio; de suerte que un punto tomado en el ecuador solar, recorre en aquel tiempo, más de un millón de leguas trazando la circunferencia ecuatorial. Estos y otros datos están tomados de las obras de Flammarión, de Amadeo Guillemín y otros sabios. Ahora bien, como la caida de un peso de 424 kilògramos de la altura de un metro produce un grado de calor, es bien claro que cada fracmento solar que contenga este peso, cayendo ó girando (en su rotación) la distancia de un metro, puede trasformarse por la cesación de su movimiento en otro grado de calor. Para averiguar todo el trabajo mecánico que sufre la masa total del Sol, tenemos necesidad de calcular su cantidad de movimiento. Este resultado se obtiene multiplicando su masa ó peso por la velocidad media de su rotación,

que es de mil metros por cada segundo, operación que la haremos un poco despuès. Mas antes, conviene que dividamos el peso del Sol, que según Flammarión (en su libro de la atmósfera, cap. 1°.) es cerca de dos quintillones de kilógramos (que en la numeración francesa equivale à 2 novillones de kilógramos) por 424 kilógramos para venir al conocimiento de sus unidades de peso, cada una de 424 kilògramos. Esta operación da la siguiente cifra.

(A) $4{,}716\overset{4}{.}983{,}490\overset{3}{.}565{,}037\overset{2}{.}735{,}849\overset{1}{.}056{,}839$ de fracmentos solares de á 424 kilógramos cada uno.

Para buscar su cantidad total de movimiento ó el que anima todas sus moléculas, multipliquemos su peso (que es de 2 quintillones de kilógramos) por la velocidad media de la rotación solar que es de mil metros por segundo, (la mitad de su movimiento total) y dá dos mil quintillones de cantidad de movimiento total en metros (B); ó lo que es lo mismo, cada unidad de esta cantidad de movimiento equivale á la fuerza de 1°. grado de calor ó á una caloria, es decir, que la masa solar posee en estado de resolución por la cesación de su movimiento, *dos mil quintillones* de kilográmetros en cada segundo.

Ahora bien, para llegar con estos datos al fin que nos proponemos, que es saber, qué cantidad de calor engendraría la cesación repentina de su movimiento rotatorio, según la Thermodinámica, planteemos el siguiente problema: Si la unidad de calor eleva á un metro de altura el peso de 424 kilógramos en un segundo (según las leyes de Joule), dos mil quintillones de cantidad de movimiento cesante, ó unidades de calor que posee el Sol, ¿á qué altura ó distancia elevará ó dispersará su masa cuyo peso es la cantidad marcada con la letra *A* en otro segundo?

Este es un problema matemático, que resuelto dá lo siguiente: más de 400,000 mil metros de velocidad por cada segundo, es decir, que cesando repentinamente la rotación solar (cuya posibilidad hemos ya demostrado), el inmenso trabajo mecánico que soporta su masa, se trasformaría en un calor equivalente á todo el caudal ó cantidad de su movimiento actual, el cual engendrando una fuerza termal de explosión pasmosa, esparciría ó haría saltar el globo solar en innumerables fracmen-

tos, que se lanzarían á su derredor por los espacios celestes con una velocidad de 400,000 mil metros por cada segundo de tiempo. Este cálculo hecho conforme á las leyes de la Thermodinámica y de la mecánica celeste, se halla en perfecta y completa armonía, como lo hemos hecho notar ya, con todos los textos sagrados, relativos al fin del mundo y en especial con el texto de San Pedro, que en su Epístola 2ª. capítulo 3º. dice: «Vendrá, pues, como ladrón el día del Señor, en el cual pasarán los cielos con grande ímpetu y los elementos con el calor serán deshechos». ¡Que admirable conformidad con las ciencias naturales!!!..................

¿Y qué diremos del movimiento uniformemente acelerado que adquirirá esa masa, esparcida ó lanzada por los espacios celestes? Al fin de cada segundo de tiempo, elevad, ilustre auditorio, al cuadrado los tiempos empleados en recorrer el espacio.

En efecto, en el 1r. segundo la velocidad de explosión de la masa solar, será de más de 400,000 mil metros. Y como el esparcimiento de los fracmentos del Sol, será impelido por una fuerza constante aceleratriz, que son los dos mil quintillones de calorias de la cantidad B indicada antes (que reemplazarán, como equivalente á la cesación del movimiento rotatorio del Sol), hay que elevar las velocidades adquiridas al cuadrado de los tiempos que empleen en recorrer el espacio, segùn nos enseña la mecánica.

En efecto, siendo la velocidad de los fracmentos solares al cabo del primer segundo de 400,000 mil metros, la que debe obtener en media hora, ó lo que es lo mismo, en 1,800 segundos, será de:

1,296.000,000 millones de kilómetros. Como la distancia que hay del Sol á la Tierra es de 150 millones de kilómetros, es claro que á los 30 minutos de la explosión solar, sus fracmentos no solo llegarán á nuestro planeta, imponiéndose por fuerza, sinó que pasarán los dominios del planeta Neptuno!! Si se emplea otra fórmula para este cálculo, vendrá á resultar siempre que al cabo de 30 minutos, poco más ó poco menos, los restos cadavéricos del Sol, llegarán á la Tierra lloviendo sobre ella sus ondas de fuego. Basta á mi asunto este cálculo aproxi-

mado y colma mi deseo; porque mi principal objeto, es probar la caida de las estrellas ó de sus fracmentos sobre nuestro planeta. Por lo demás, si en estos cálculos, algo me he equivocado, ese equívoco de algunas unidades, no afectaría al fondo de esta cuestión sinó á que tal cantidad de velocidad corresponde más bien á tal segundo de tiempo que á otro, y nada más...

Esa fuerza, pues, de explosión con que se romperá el Sol, es inmensa é incomparablemente superior á la de la luz en su rápida propagación!!.........

Añadamos á la cifra espantosa consignada arriba, la enorme cantidad de fuerza termal equivalente que la cesación del movimiento de traslación del Sol hacia la constelación de Hércules, le hará adquirir, y veremos que ese calor será inmensamente superior á la cifra anterior.

En efecto, como según los datos astronómicos modernos, el movimiento de traslación del Sol, es de 175,000 leguas por día (1), la velocidad de explosión solar, será ocho veces más que en el caso anterior; porque la rapidez con que camina el Sol en su órbita es próximamente de más de 8,000 mil metros por segundo. Sumando ambos efectos, es decir, el que ha de ser producido por la parálisis del movimiento rotatorio del Sol y el que resulte de la de su movimiento de traslación hacia la constelación de Hércules, se obtiene una cantidad que marea la cabeza. Ahora bien, la fuerza de explosión resultante de la parálisis de su rotación que es de más de 400,000 mil quilográmetros ò calorías y la que resulte de la de su traslación, alcanzarían á más de tres millones de calorias. Esta última cantidad de fuerza termal explosiva aterra el alma y la sumerge en una profunda y triste meditación............

Cuando toque la humanidad á la consumación de los siglos, Dios permitirá que se paralicen los resortes centrales del movimiento universal, así como el maquinista para inutilizar el mecanismo de su máquina, destruye los motores ó resortes centrales de todas las operaciones de su aparato. Así también el sublime arquitecto del universo, queriendo destruirlo todo, se limitará á paralizar el Sol y las estrellas (sinó me equivoco) en

(1) Véase el libro de la atmósfera de Flammarión, cap. 1°.

sus gigantescos movimientos. Entonces, todas las revoluciones de los planetas dependientes de los motores centrales, cesarán también para dar lugar á los horrorosos efectos que acabamos de describir. Y esta afirmación mía tiene el fuerte apoyo de las ciencias naturales, como pasamos á probarlo.

A la verdad, según Flammarión en sus *Mundos imaginarios y Mundos reales*, el cuadro de la pesantez comparada del Sol y de los planetas de nuestro sistema hacia la página 132, es el siguiente:

El Sol	29,37.
Mercurio	1,15.
Vénus	0,95.
La Tierra	1,00.
Marte	0,40.
Júpiter	2,55.
Saturno	1,09.
Urano	1,11.
Neptuno	1,02.
La Luna	0,22.

Según esta tabla, la pesantez ó fuerza de gravedad ó atracción conjunta de los nueve astros indicados en ella, es tres veces menor que la del Sol; y la de la Luna más de 4 veces menor que la de la Tierra. Pues bien, si la atracción de la Luna, siendo 4 veces menor que la de la Tierra, es bastante á producir mareas en los océanos líquidos de esta, la gravedad conjunta de todos los planetas y de la Luna, que equivale á la tercera parte de la atracción solar, debe ser suficiente (1) para causar mareas semejantes en la superficie fluida ó gaseosa del Sol, como afirmamos en la 2ª. conferencia y que ahora se prueba esto convenientemente. (2). Y si entran en

(1) Aunque la atracción planetaria se debilite por la distancia á que se hallan los planetas respecto de su foco: sin embargo vale algo en concurso con las colosales estrellas que con su gravitación arrastran al Sol y su sistema hacia la constelación de Hércules.

(2) Y si se tiene en consideración que las masas fluidas ceden más fácilmente á la atracción que las sólidas, adelanta más y se confirma nuestra teoría, porque la superficie solar es fluida y accesible á la atracción planetaria.

nuestra cuénta, para calcular ese efecto, los satélites de los demás planetas, los asteroides y los numerosos planetas pequeños de nuestro sistema, la solución del problema que me he propuesto, es admirablemente satisfactoria; porque todos esos cuerpos innumerables forman una masa respetable para ejercer su atracción sobre la fotósfera solar. Y no se diga que la fuerza centrífuga altera este cálculo en una cantidad grande; puesto que, según dice Flammarión, en la página 139 del libro mencionado, esa fuerza solo es considerable en Júpiter y Saturno, siendo insignificante en la tierra y los demás planetas; pero la ligera modificación sufrida en los astros arriba indicados á causa de la fuerza centrífuga, es compensada superabundantemente por la gravedad de los satélites de los demás planetas, de los planetícolas y otros cuerpos que no entran en el cuadro que hemos presentado sobre la pesantez planetaria comparada. Luego, está probada la posibilidad de las mareas solares producidas por la atraccion planetaria; mareas que originan un par de fuerzas que debilita y disminuye la rotación solar.

Los planetas, satélites y demás astros de nuestro sistema, son como otras tantas lunas del Sol, por decirlo así, que lo rodean y producen por su atraccion en su superficie fluida, mareas y levantamientos.

Ahora bien en: el Sol la influencia de la fuerza centrífuga debida al movimiento de rotación, apenas pasa de la cien milésima parte de la intensidad de la pesantez; y en la Tierra esa relación es de uno á 289 en el ecuador. De aquí resulta, que en el Sol predomina la atracción ó pesantez, antagónica del movimiento, la que atenúa constantemente su rotación. Si para la parálisis de nuestro planeta, se requiere solamente que su rotación disminuya en una proporción equivalente á su raiz cuadrada, que es algo más de la vigésima ava parte de su caudal de movimiento; para la del Sol, se requiere mucha menor cantidad de pérdida de movimiento, por la razón que hemos indicado arriba. En nuestra conferencia anterior, hemos dicho y probado que para que se verifique la parálisis de nuestro planeta se necesita solamente que la aminoración de su rotación (causada por las mareas, aerólitos &.) alcance á la raiz cuadrada de la cantidad total de su movimiento; raiz cuadrada, que

equivale á la vigésima prima parte de toda su intensidad; y para que se èfectúe la parálisis del Sol, éste debe perder también la raiz cuadrada de su velocidad rotatoria, es decir, algo más de la cuadragésima parte de ella; pero una cuadragésima ava parte es mucho menor que la vigésima, en las respectivas cantidades de movimiento del Sol y de la Tierra en relación con la pesantez ó atracción diferente de estos astros. Luego, debe cesar la rotación solar primero que la de la Tierra y de los demás planetas. Y lo que aquí se discurre y establece, es aplicable sin duda á las demás estrellas que poseen una constitución y mecanismo semejante á nuestra estrella ò luminar, y están sujetas á las mismas leyes físicas, porque así lo reclama la armonía universal. Por consiguiente, hemos probado la posibilidad de la parálisis anticipada de los resortes del movimiento universal. Una vez extinguido el movimiento de los soles ó estrellas, el calor que reemplace á él, será capaz, según los cálculos de los sabios que hemos citado en la conferencia anterior, de romper sus colosales masas en innumerables fracmentos que serán lanzados en confusión espantosa por los espacios, sumergiendo sus planetas en sus océanos de fuego. «Et stellæ de celo ceciderunt super terram». Y las estrellas del cielo cayeron sobre la Tierra». (Apocalipsis de San Juan en el lugar ya citado).

Paralizado el astro motor de nuestro sistema y estallando su masa, sus despojos los recibirá nuestro planeta aun antes de que haya cesado todavía en su movimiento de rotación. Sí; nuestro mundo recibirá un diluvio espantoso de fuego ó de estrellas, porque rota nuestra estrella solar, las partes deshechas de su inmensa masa, serán otras tantas estrellas pequeñas, que se impondrán á nuestra Tierra y á los demás planetas por la fuerza de impulsión que habrán adquirido al estallar su masa; fuera de que esos fracmentos por su pequeñez, serán susceptibles de ser atraidos por nuestro mundo y por los demás que forman nuestro sistema. La estrella Sirio, la Osa Mayor, la Osa Menor y otras constelaciones próximas y lejanas pertenecientes al sistema estelar en que estamos, estallarán quizá al mismo tiempo que nuestro Sol á causa de igual cesación de sus movimientos; porque los planetas, el sol y las estrellas, se hallan engranados, por decirlo así, como las ruedas de una inmensa máqui-

na; y si una ó más ruedas de esa máquina se destrozan, es claro que el resto del aparato se perturba, se conmueve y deja de funcionar; así también sucederá con las estrellas que por su relación y dependencia tienen un destino común. Entonces caerán también sobre nuestro planeta sus despojos flamígeros. Luego, los textos de San Juan, de San Mateo y otros evangelistas ya citados, relativos á la caida de las estrellas, son admirablemente conformes á las ciencias naturales modernas......«Et « stellæ de celo ceciderunt super terram......Et stellæ cadent de « celo, &.

Y no vale el decir que á esta opinión se oponen las de algunos Santos Padres y especialmente la de San Agustín (en su Tratado de civit. l. 20 c. 40) que hablando de estos textos, dice: «que ciertos fuegos se precipitarán por los aires y que las « gentes se figurarán ser las estrellas». Pues en la época en que vivía este santo y eminente doctor de la Iglesia, no solo se conocían apenas las ciencias físicas, sinó que la Thermodinámica que nos sirve de guía en esta obra y que ayer nació, era absolutamente ignorada en su tiempo: y la opinión del Santo doctor es tanto más prudente y racional cuanto que realmente las estrellas íntegras no han de caer sobre la tierra, sinó rompiéndose en fracmentos; y estos fracmentos serán, pues, los fuegos de que habla el Santo. Con iguales razones puedo justificar á otros Teólogos, cuyas opiniones en la interpretación de estos pasajes sagrados, son varias y contradictorias, es cierto, pero libres en esta materia; porque hasta hoy la Iglesia no ha fallado docmáticamente sobre ellas. De entre ellos, los unos interpretan á la letra (y estos son pocos) los textos relativos á la caida de las estrellas, y la mayor parte se pronuncia por su sentido figurado. Yo, usando de la misma libertad en la discusión («In dubiis libertas»), me permito tomar el sentido literal de ellos; acepto á la letra su significación, como lo he probado matemáticamente en el curso de estas conferencias con el apoyo de las ciencias naturales.

Ahora bien, cuando los fracmentos del Sol y de las estrellas, los aerólitos, bólidos &., hayan chocado con nuestro planeta, ese choque recio y formidable apagará su rotación y su movimiento de traslación. Entonces, los hombres y otros obje-

tos que no son adherentes á su superficie, serán lanzados al espacio con una velocidad de más de siete leguas por segundo. Las montañas saldrán de sus quicios; los mares, los ríos, los lagos y océanos abandonarán sus lechos y alvéolos; porque con la cesación del movimiento de la Tierra, los cuerpos no adherentes que están animados de ese movimiento, serán arrojados por la tangente del círculo de rotación en la dirección de Occidente á Oriente. «Et omnis mons et insulæ de locis suis motæ sunt. Y todo « monte y las islas fueron movidos de sus lugares». (Apocalipsis de San Juan capítulo 6°. v. 14).

Mas; después que hayan sido lanzados al espacio esos cuerpos, volverán á ser atraidos por la Tierra ú otros fracmentos astrales con gran intensidad y serán estrellados contra su superficie. «Judicabit in nationibus, implebit ruinas; conquass sábit ca« pita in terra multorum: Juzgará á las naciones; multiplica« rá las ruinas; romperá ó estrellará las cabezas de muchos con« tra la Tierra ó en la Tierra». (Salmo 109 v. 7). La costra terrestre, desaparecida la fuerza centrífuga y aumentada la gravedad, ondulará con grande ímpetu, deprimiéndose en el ecuador y dilatándose en los polos, bajo la acción de la pesantez incrementada. Pero el principal efecto de la cesación del movimiento, será una inmensa cantidad de calor equivalente á la cantidad del movimiento cesante. Ese calor producirá el incendio de nuestro planeta, fundiendo todo cuanto hay en él, y lo hará estallar en mil pedazos que vagarán por los espacios hasta ser atraidos por fracmentos astrales mayores que ellos (3). Estos mismos fenómenos se repetirán en otros mundos y la confusión será horrorosa. Calculemos aproximadamente la fuerza con que se romperá nuestro planeta:

La Tierra gira sobre su eje en el ecuador con una velocidad de 464 metros por segundo ó cerca de un décimo de legua, según todos los astrónomos, y en los polos es casi nula. Tomando la velocidad media y multiplicando por su peso que es de más de cinco cuadrillones de kilógramos, se tiene un producto que pa-

(3) Esos fracmentos esparcidos en los espacios, serán otras tantas superficies que sufrirán el choque ó caida de los fracmentos de las estrellas. Luego, muchas estrellas caerán sobre nuestra Tierra fraccionada por su ruptura.

sa de *mil setecientos cuadrillones de metros* ó cantidad de movimiento en cada segundo de tiempo. Para facilitar el cálculo, tomemos solamente el número redondo de *mil cuadrillones*, despreciando la respetable fracción de 700 cuadrillones; amplia concesión que hago para mostrar la enorme ventaja de mi teoría. Ahora bien, planteemos el problema para resolver la fuerza de explosión que tendrá al cesar de golpe su rotación:—Si una caloría ó unidad de calor eleva en un segundo de tiempo el peso de 424 kilógramos á un metro de altura (según la ley de Joule), mil cuadrillones de calorías ó unidades de calor, en que se resolverá el movimiento cesante; ¿á qué altura ó distancia elevará ó dispersará el peso de la Tierra, que es de *cinco cuadrillones de kilógramos* en otro segundo? Resuelto el problema, resulta que roto el planeta, sus fracmentos serán lanzados al espacio con una velocidad de más de 80 mil metros ó 20 leguas por segundo. Creciendo las velocidades adquiridas, como los cuadrados de los tiempos empleados en recorrer el espacio, en virtud de la fuerza aceleratriz representada por los mil cuadrillones de calorias en que se convertirá el movimiento cesante, se obtiene por el cálculo que al cabo de dos horas adquirirá una cifra de velocidad que da vértigos á la cabeza......Al fin de dos horas esos fracmentos terrestres habrán franqueado una distancia de más de 40 millones de kilómetros!!!.......................

Agréguese á esta velocidad la que resultará de la cesación de su movimiento de traslación al rededor del Sol y veremos que la rapidez con que marcha en su órbita es de 28,000 metros ó siete leguas por segu ndo, y que este último movimiento es más de 100 veces rápido que la velocidad media con que gira la Tierra sobre sí misma; y figuraos qué fuerza prodigiosa de explosión, resultará de la cesación del movimiento de traslación y á que distancia incalculable saltarán los restos del planeta cadáver!!.......

En fin, los restos fúnebres de todos los astros rotos, volverán á reunirse en un inmenso montón de ruinas, mediante la acción de la gravitación universal. Y entonces principiará el terrible juicio del Hijo del Hombre, después de la resurrección de los muertos, de la que nos ocuparemos á continuación.

———

CONFERENCIA CUARTA.

CAPÍTULO 5º.

Resurrección de los muertos, comprobada por los textos sagrados, en armonía con las ciencias físicas y filosóficas.

La resurrección es el grito que levanta la carne y reclama su inmortalidad. Durante la vida el cuerpo ansia su perpetuidad y no quisiera disolverse nunca. Para el alma misma la muerte de su cuerpo es una calamidad que la espanta y la acongoja. El deseo, pues, de la inmortalidad de la carne es el fondo de nuestras esperanzas y ardientes conatos.

El profeta Ezequiel da una imagen brillante de la resurrección de los muertos en el cap. 37. v. 1º. y 14, cuando tuvo una visión de ella y la describe en un largo pasaje con colores vivos y hermosos.

Henoc arrebatado por Dios de entre los hombres es el modelo de la resurrección.

En el libro de Job, cap. 19. v. 25 y 26; se leen estas palabras: «Scio enim quod Redemptor meus vivit et in noví« ssimo die de terra surrecturus sum......Et rursum circundabo

« pelle mea, et in carne mea videbo Deum meum:—Pues yo sé
« que vive mi Redentor y que en el último día he de resuci-
« tar de la Tierra. Y de nuevo he de ser rodeado de mi piel,
« y en mi carne veré á mi Dios.»

Y en el de Tobías se encuentra también este texto: «Quo-
« niam filii sanctorum sumus, et vitam illam espectamus, quam
« Deus daturus est his, qui fidem suam numquam mutant ab eo»
(cap. 2. v. 18). Porque hijos de santos somos (se refiere á los
patriarcas), y esperamos aquella vida que ha de dar Dios à los
que nunca mudan de él su fé.

El profeta Daniel hundiendo su mirada en el destino de
los hombres, se expresa en los siguientes términos: «Et multi
« de his, qui dormiunt in terra púlvere, evigilabunt; alii in vi-
« tam œternam, et alii in opprobrium ut videant semper. (Cap.
« 12. v. 2.) Y muchos de aquellos que duermen en el polvo de
« la Tierra, despertarán; unos para la vida eterna y otros para o-
« probio, para que lo vean siempre».

Cuando los saduceos, que no creían en la resurrección,
le propusieron á Jesús un argumento fútil sobre el casamien-
to sucesivo de siete hermanos con la misma mujer, y le dije-
ron de cual de los siete hermanos sería aquella esposa cuando
resuciten los muertos: «Errais (contestó) no sabiendo las escri-
« turas, ni el poder de Dios......Porque en la resurrección ni se
« casarán, ni serán dados en casamiento, sinó que serán como án-
« geles de Dios en el cielo. Y de la resurrección de los muer-
« tos no habeis leido las palabras, que Dios os dice: Yo soy el
« Dios de Abraham, y el Dios de Isaac y el Dios de Jacob? No
« es Dios de muertos sinó de vivos. (San Mateo, cap. 22. v.
« 29, 30, 31 y 32».

San Juan en su Evangelio, cap. 5°. v. 28 y 29, dice:
« No os maravilleis de ésto porque viene la hora, cuando todos
« los que están en los sepulcros oirán la voz del Hijo de Dios.
« Y los que hicieron bien, irán á resurrección de vida; mas
« los que hicieron mal, á resurrección de juicio».

«Vivirán tus muertos, exclama Isaías, mis degollados re-
« sucitarán; despertaos y alabad (al Señor) los que morais en el
« polvo, porque su rocío es rocío de luz (Cap. 26 v. 19)». Tu-
vieron la misma fé los ínclitos Macabeos y en medio de los

dolores de su martírio, exhalaron estas hermosas palabras: Uno de ellos dijo al tirano: «Tú perversísimo, nos quitas la vida pre-
« sente, pero el Rei del mundo nos resucitará en la resurrec-
« ción de la vida eterna.» El otro exclamó: «Del cielo recibí
« estos miembros; mas ahora los doy gustoso por la ley de Dios;
« porque espero que de él los he de recobrar». El quinto prorrumpió en este grito: «Preferimos ser muertos por los hom-
« bres, esperando firmemente en Dios, que de nuevo nos ha de
« resucitar; pero tu resurrección, tirano, no será para la vida».
(II de los Machabeos, cap. 7º. v. 9 y siguientes).

San Pablo en su Epístola 1ª. á los Corintios, cap. 15 v. 12 y siguientes, dice con una profundidad científica: «Y si se
« predica que Cristo resucitó de entre los muertos, ¿cómo di-
« cen algunos de entre vosotros que no hay resurrección de
« muertos?.. Pues si no hay resurrección de muertos tampoco
« Cristo resucitó:—Y si Cristo no resucitó, luego vana es nues-
« tra predicación y también vana es nuestra fé......Mas ahora
« Cristo resucitó de entre los muertos, primicias ó prendas de
« los que duermen. Porque como la muerte vino por un hom-
« bre, también por un hombre la resurrección de los muertos.
« Y así como en Adán mueren todos, así también todos serán
« vivificados en Cristo. Y la enemiga muerte será destruida
« la postrera......Mas dirá alguno ¿cómo resucitarán los muer-
« tos? ¿O en qué calidad de cuerpo vendrán? Necio, lo que
« tú siembras, no se vivifica, si antes no muere.. Y cuando
« siembras, no siembras el cuerpo que ha de ser, sinó el gra-
« no desnudo, así como de trigo ó de alguno de los otros.. Más
« Dios le da cuerpo como quiere y á cada una de las semillas
« su propio cuerpo......Se siembra en corrupciòn (habla del hom-
« bre) resucitará en incorrupción.» Estos textos y otros innumerables que no cito por no cansar vuestra atención, prueban con la claridad más concluyente el dogma de la resurrección de los muertos.

Pasemos á demostrar la posibilidad de esa resurrección á la luz de la filosofía y de las ciencias naturales.

CAPÍTULO 6º.

Posibilidad de la resurrección.

Comencemos á razonar con la filosofía.

«Nada perece en la naturaleza, dice Tertuliano, sinó pa-« ra volver á reproducirse: de manera que parece que Dios im-« primió en sus obras el sello de su inmortalidad. Todo este « orden mudable de cosas es un testimonio de la resurrección. « Séneca el filósofo había hecho la misma observación». (Palabras citadas por Perujo en su libro de *Pluralidad de existencias del alma*). Este pensamiento de Tertuliano es filosòfico, y se roza con las ciencias naturales. En efecto, según éstas, la muerte no es más que una trasformación de la materia; es un sueño que puede durar siglos para el hombre, pero no por esto perece la fuerza física organizadora que Dios creó; porque si pereciese esa fuerza, debería también aniquilarse la materia que es regida por aquella, lo que es inconcebible. Ninguna cosa de las que el Señor creó, perece; porque su providencia las conserva para los fines á que las destinó; y si hay descomposición en la muerte de los seres vivos, los elementos descompuestos renacen constantemente para constituir siempre la vida bajo otras formas. Más bien es admirable que el hombre no sea inmortal en su cuerpo; puesto que éste se reengendra cada instante á sí mismo con alimentos y materiales siempre nuevos que debían rejuvenecer su existencia, bajo la acción de esa fuerza vital que es siempre activa, como dice, Flammarión hacia la pag. 86 de su libro titulado «Dios en la naturaleza»: «Así es que todos los « elementos anatòmicos del cuerpo se descomponen para rejuvene-« cerse sin descanso.»

Adán, antes de haber delinquido, y estando en estado de inocencia, tenía dominio, sin duda, sobre todos los órganos de su cuerpo; mas cuando cayó en desgracia por el pecado, privándose de la gracia original, Dios aisló una parte de su cuerpo del imperio de su voluntad, es decir, aquella porción del organismo que sirve de instrumento á las funciones de la vida de conservación ó de nutrición. Es evidente que teniendo el alma un completo dominio sobre toda la materia y funciones de su cuerpo,

se conservaría perpétuamente la vida animal libre de enfermedades; porque la invención de la ciencia de la medicina, es una prueba de nuestra debilidad é impotencia, originadas por la caida del primer hombre. Solo el Génesis explica este fenómeno singular de la muerte por el desorden original que desvió al hombre del designio providencial que tendía á la inmortalidad del género humano. Buscó su muerte el hombre, á la manera que un fracmento de llama ardiente, se desprende de su foco para apagarse en el aire.

El hombre lleva, pues, la pena de la muerte por su pecado, ó mejor dicho el desorden del alma imprime al cuerpo igual desorden para desorganizarlo paulatinamente: y como la vida no es más que el orden de la materia y de sus funciones, y la muerte el desorden de éstas, de aquí se sigue lògicamente, que partiendo el desorden del espíritu que contraria las leyes de su destino, y comunicándose al cuerpo, éste debe entrar en el mismo desorden, es decir, en la muerte (1). Para el alma la muerte, consiste en el desorden de sus funciones morales é intelectivas, y para el cuerpo en el desorden de las funciones físicas y desasimilaciòn de la materia. Pero el hombre no morirá eternamente, porque toda pena en este mundo es temporal. La vida sensible no hace más que suspenderse con la muerte, y aquella existe en estado latente en el seno de la naturaleza, en virtud de la disposiciòn que tiene la materia para obedecer á la fuerza organizadora que Dios dirige. El principio de vida física, que es la fuerza vital, existe aun despnés de la muerte, porque ninguna fuerza se destruye por sí misma sin la voluntad de Dios. Los medios de vida creados por Dios en tanta abundancia, como la luz, el aire, el calor, los fluidos nutricios, &. existen también. Lo esencial del hombre que es el alma, tampoco se destruye con la muerte del cuerpo, porque es inmortal. Luego la resurrección de los muertos es una consecuencia necesaria de las premisas que acabamos de sentar; porque Dios no creó esos medios de vida para que permanezcan eternamen-

(1) He aquí como la misma Fisiología viene en apoyo del dogma del pecado origiual, probando que la muerte, es efecto del desorden de la naturaleza humana causado por la culpa; pues nadie niega la influencia del alma sobre el cuerpo.

te inùtiles y sin aplicación en la naturaleza, pues todo medio corresponde siempre á su fin, según las leyes del Omnipotente.

Por otra parte, el alma separada del cuerpo, forma una existencia incompleta y trunca. Para que haya hombre es menester que el alma esté unida al cuerpo.—Luego la resurrección de los muertos es necesaria para el complemento del alma, porque el hombre no es un ángel sinó un ser mixto que consta de espíritu y materia. Así fué formado originariamente por Dios, y así debe pasar. despuès del juicio final, á la vida eterna.

Con una profundidad digna de su genio, el sabio Perujo, en el libro de la «Pluralidad de existencias del alma», dice, hablando del dogma de la resurrección: «El (hombre) es un miem-« bro del gran cuerpo moral de que Jesu Cristo es cabeza; lue-« go debe seguir la suerte de su cabeza y resucitar como a-« quél......Jesu Cristo redimió al hombre no solo en cuanto al « alma sinó también en cuanto al cuerpo, y debe restituir al « hombre á su primitivo estado de integridad, supuesto que la « muerte solo provino del pecado de Adán......De lo contrario, « Adán nos hubiera dañado con su culpa más que nos aprove-« chó la redención de Cristo»......

«La justicia exige, dice, M. Bessón, que el cuerpo y el « alma habiendo estado asociados para la prueba, no sean sepa-« rados en la recompensa, y que la sanción del orden moral se « extienda al hombre todo entero. Justicia para ese cuerpo que « vivió encorvado bajo el yugo del deber, para esos pies que « marcharon siempre firmes y rectos por la senda del ho-« nor, para esas manos que repartieron el pan al pobre, arre-« glaron su lecho, y sostuvieron los pasos vacilantes del necesi-« tado: justicia para esos ojos que derramaron lágrimas por la « miseria, por la amistad, por el honor, ó lágrimas de peniten-« cia, de celo y de fé; justicia para esa cabeza derribada...... « bajo la bandera de la patria, ó bajo la cruz de la religión. « Le habíamos prometido una corona, y nos parece que la ha-« bía recibido de la bala del enemigo, ó del hacha del verdu-« go. ¿Y esas gloriosas reliquias á las que dedicamos sepulcros, « templos y altares, y que son guardados de siglo en siglo por « la piedad de las naciones, estarían destinadas á perecer? No, « no: la razón autoriza este culto, la justicia nos obliga á tri-

« butarles estos homenajes; y no serán contradichos ni desapro-
« bados en la eternidad, allí donde la razón brilla en todo su
« esplendor, allí donde la justicia es decisiva, completa, absolu-
« ta é infalible. Trasportaos con el pensamiento á las riberas
« del Mar Muerto, donde estuvieron las nefandas ciudades de
« Sodoma y Gomorra: allí yacen monstruos de iniquidad y de-
« pravación»......Es la tumba de los cuerpos màs ignominiosos...
« ...Venid después al humilde cementerio de una cartuja: allí des-
« canzan los hermanos al lado de los hermanos bajo una cruz sin
« emblema ni nombre. ¡Cuán dulce y profunda paz! ¡Qué per-
« fume de virtudes, qué olor de santidad! He aquí las dos ne-
« crópolis de la humanidad. En la primera una carne corrompi-
« da, en la otra una carne espiritualizada. ¿Es posible que los
« cuerpos servidores de las almas justas tengan la misma suerte
« que los cuerpos ignominiosos, tiranos de las almas envilecidas?»...
...(Misterios de la vida futura, confª. 8ª.)

El ilustre Perujo, razonando en el sentido de que el alma no debe privarse de su actividad externa que reside en su cuerpo, dice: «Sabemos que las dotes naturales de cualquier ente no « se pierden, si no es destruida la naturaleza en que reside y « de la que son partes. El alma inmortal nada pierde de lo « que le es propio, y de lo que contribuye á su perfección, y « el estado de beatitud mejora en todos sentidos la naturaleza. « ¿Os parece justo que el alma beatificada esté privada para « siempre del ejercicio de su actividad externa, que es una de « sus facultades naturales? No pudiendo comunicar con el mun- « do sensible, sinó por medio de òrganos corpóreos, habrá que « negar al alma toda relación con los objetos materiales, lo cual « es impropio de su condición gloriosa, ó habrá que admitir que « un día recobrará su organismo externo. Repugna efectivamen- « te que una facultad del alma (la externa) hubiera de ex- « tinguirse para siempre, cuando precisamente el alma recibe una « vida más perfecta de esa facultad». Entonces el alma en lugar de ir adelante, retrocedería en el camino de la perfección, lo que es contrario á su destino.

«Habrá de perecer (exclama el mismo) para siempre la « especie intermedia de la creación, el microcosmos, ó mundo pe- « queño, el punto de contacto del espíritu con la materia, el es-

« labón que conserva la cadena de unión entre uno y otro, el me-
« dio que mantiene la serie de continuidad? No: bajo este pun-
« te de vista el hombre entero en cuerpo y alma, es eterno
« como la creación.»

Por eso, el eminente sabio P. Ventura, en una de sus conferencias filosóficas, dice, más ó menos lo siguiente con una profundidad encantadora: «Dios, después de haber creado los
« ángeles y la materia y haber desplegado los mundos en los
« inmensos ámbitos del espacio, extendió su mirada sobre ellos
» y vió que su creación material permanecía muda, tétrica y si-
« lenciosa. Una soledad espantosa entristecía sus colosales re-
« giones, sin que se alce de su seno un solo acento de adoración
« hacia El. Entonces, determinó crear un ser mixto de espí-
« ritu y materia, asociados íntimamente en una sola persona; así
« lo hizo: á este sér mixto lo llamó hombre, y le dió la mi-
« sión de habitar y animar la materia, espiritualizarla en cier-
« to modo, y obligarla á rendir culto á su creador». Siendo esto tan evidente, exclamo á mi vez, ¿por qué habrá de perecer para siempre el cuerpo humano, esa materia animada, que en este mundo rendía adoración á Dios en sociedad íntima con el espíritu? Había de quedar suprimido para siempre el culto que las almas arrancaban para Dios de la naturaleza material? ¿Sería condenado otra vez á perpetuo silencio, el universo que halló en el hombre un órgano de alabanza á su Creador? Solo para los espíritus quedará la misión sublime de alabanza permaneciendo la materia sin participar de esa dicha? ¡Ah, ¡nó! Siempre y eternamente nuestros ojos llorarán de enternecimiento, cuando el alma dirija su ardiente plegaria al Señor; nuestra boca material modulará palabras de amor y de gratitud externa para ese benéfico Ser. Nuestro corazón latirá de contento y dicha en presencia del divino y paternal amor; nuestras manos se alzarán respetuosas hacia ese Dios bueno para pedirle favores y beneficios, y arrancarán de los elementos materiales notas de homenaje, como de un inmenso piano, cuyas teclas puestas á disposición del artista, resuenan dulce y armoniosamente bajo su mano poderosa é inteligente. De este razonamiento surge también radiante la prueba más completa y filosófica de la necesidad del culto externo y de la obligación extricta en que se halla cons-

tituido el hombre de rendirlo á su Criador, (5).

En la siguiente sección, veremos si las ciencias naturales apoyan también el dogma de la resurrección de los muertos.

CAPITULO 7º.

Continuación sobre la resurrección de los muertos comprobada por los textos sagrados en armonía con las ciencias naturales y filosóficas.—Fenómenos de resurrección actual en algunos seres vivos y en el hombre.—El autor combate en el mismo terreno de los enemigos, y prueba con sus mismos principios la doctrina del dogma de la resurrección. —Lugar donde serán juzgados los resucitados.—Opinión personal del autor acerca del Valle de Josafat.—Reinado de la eternidad!!

Hasta aquí hemos probado la resurrección de los muertos á la luz de la filosofía y de los textos sagrados. Hemos hecho constar igualmente con los principios de la biología: que la muerte no es otra cosa que la entrada lenta del cuerpo en el desorden que las pasiones y el espíritu comunican á aquel en su continua y no interrumpida acción; porque la muerte es el desórden ó descomposición de la materia organizada, así como la vida es el orden que la coordina y la rige. Hemos dicho también que la causa de la creación del hombre, fué sin duda el mutismo del universo material que al principio permaneciò indiferente y silencioso en presencia de su Criador, sin alzar hacia él un solo acento de alabanza y reconocimiento; mas con la encarnación de las almas en la materia, ésta se animó admirablemente y encontró en el hombre un órgano digno, para dirigir al Señor pomposos é imponentes himnos de adoración. Desde entonces la naturaleza habla por boca del hombre palabras que narran la gloria y las maravillas del Omnipotente. Y esta afirmaciòn no es un puro decir. En efecto, aun considerando las cosas físicamente, vemos en un templo, por ejemplo, que al canto y á la palabra del hombre, se asocian á porfía y al unísono, las vibraciones de los melodiosos instrumentos que él maneja, las ondas del aire que se agitan á su derredor y hasta las paredes

(5) Más adelante se verá que este razonamiento comprueba igualmente la doctrina de la pluralidad de mundos habitados.

del templo que se conmueven en dùo, con las pulsaciones de su potente palabra.

Pasemos ahora al terreno de las ciencias naturales.

Antes de comenzar esta difícil tarea, hagamos una consideraciòn importante.

A la verdad, creen imposible algunos la resurrección de los muertos, porque su razón no comprende cómo y de qué manera el cuerpo humano descompuesto y confundido con la naturaleza, volverá á renacer á la voz del Omnipotente. Os mostraré de pronto un contraste que os convencerá sobre el dogma de que tratamos. En efecto, ¿no es verdad que el hombre en la propagaciòn de su especie, pone la materia, y llama y evoca un espíritu para que se una íntimamente á ella y constituya un hombre? No es verdad que en cierta manera obliga á Dios á crear un alma á fin de que se una á ese cuerpo? Si tan grande es el poder de la paternidad que Dios concedió al hombre, Dios autor y creador de éste, ¿tendría menos poder que El? ¿Por qué no había de llamar á la materia para unirla á las almas que existen y existirán en el momento de la resurrección de los muertos? Si el hombre en cierto modo es creador, en cuanto obliga al Señor á la creación de las almas y trasmite á sus hijos la fuerza vital que le anima y verifica un acto complicado y difícil ¿no podrá hacer Dios lo menos, que es llamar la materia ya existente para unirla á las almas inmortales? Este razonamiento parece decisivo en este orden. Lacordaire, con una profundidad digna de su genio, hablando de la paternidad, en su conferencia sobre el pecado original, dice: «Por eso el hom-
« bre en la obra de la perpetuidad, no trasmite solo su sustan-
« cia material, sinó que ha recibido de Dios un poder más alto:
« ser creado é incapaz de crear á su vez, penetra por su vo-
« luntad hasta la Omniponencia creadora y en virtud de la ley
« de la paternidad, intima á Dios más bien que le solicita, que
« produzca una alma y la una al cuerpo que debe perpetuar su
« sangre. Dios obedece; desciende el soplo al barro oscuro y le
« anima, de suerte que el alma de su hijo, es hija de su vo-
« luntad paterna; porque ha llamado esa alma á la esfera de la
« vida». Y nótese que es más difícil y á la vez magestuoso

evocar un espíritu para unirlo á la materia, que llamar la materia para asociarla á un espíritu que ya existe.

Pues bien, si el padre, puesto el barro llama el alma para unirla á ese barro y constituir el ser humano, Dios en la resurrección de los muertos, ¿no podrá llamar la materia para unirla al alma? Es más fácil, pues, á la razón, comprender este último hecho que el anterior, porque el acto de la paternidad aparece mas difícil, puesto que solicita de la nada la creación de un espíritu; más el acto de la resurrección no ofrece esa complicación, en razón de que el alma (la esencia del hombre) y la materia existen y están puestos frente á frente para volver á unirse. Lo único que ofrece oscuridad á la inteligencia es el modo como se verificará esa unión. Pero notemos, que Dios es el gran principio de la vida universal y el que conserva y vivifica toda la naturaleza. A él obedecen todos los *elementos* de la creación y todos los medios de vida que él creó. Lo que el hombre hace por actos complicados, lo hace Dios por un solo acto; porque no sería Dios si se sujetase á las limitaciones que el hombre encuentra en sus operaciones: Dios es un acto puro é infinito.

Avancemos algo más en la demostración de este dogma formidable. En efecto, el poder de unir lo espiritual ó bien una fuerza á la materia, lo poseemos nosotros mismos, que somos seres finitos. A la verdad, encarnamos el pensamiento entre las hojas y formas de un libro. Las ideas escritas con los caracteres de la caligrafía, están representadas por unas figuras visibles y materiales; se hallan aprisionadas, por decirlo así, entre las proporciones y dimensiones de la materia bruta......Encarnamos y unimos nuestras ideas á las vibraciones del aire por medio de la palabra. Los artistas unen y encarnan las idealizaciones de su genio en una obra de escultura ó pintura, de tal manera, que éstas son cuerpos unidos á lo espiritual. En fin, tenemos el poder de asociar á nuestros actos morales los elementos materiales y unirlos tan íntimamente cual si fuesen una sola entidad. Así, en el telégrafo eléctrico, sus corrientes unidas al pensamiento y á la palabra humana, los conducen de una estación á otra con la rapidez del rayo. Lo mismo sucede con el «*fonógrafo*» en que las voces humanas y sus discur-

sos se encarnan tan completamente en las finísimas láminas de ese asombroso aparato, que éste los reproduce fielmente á voluntad del hombre, cuando y como el quiere.

Encarnamos todos los tonos de la pasión y del sentimiento en las notas melodiosas del canto y la música. Aprisionamos los sonidos en la escala musical, cuyos caracteres ó signos de solfa son la escritura de los músicos, donde se leen todas las nociones del arte. El músico al leer estos caracteres los ejecuta en un instrumento musical. Entonces las ideas y sentimientos representados y unidos en la solfa, hablan y gritan, cual si fuesen seres inteligentes, en las cuerdas de una harpa ó en las teclas de un piano......Los pensamientos y los afectos juguetean dulcemente, articulando su hermoso lenguaje entre una y otra cuerda y entre una y otra tecla. El sentimiento y todos los tonos de la pasión y hasta las notas desolantes del dolor y de la tristeza, vibran y predican con vehemencia sus misteriosas sensaciones en las sonoras hondas del aire, llevando á las fibras más íntimas del corazón variadas y profundas emociones. Los vibrantes filamentos del instrumento, lanzan á torrentes la idea y la pasión, como flechas ardientes, que franqueando rápidamente nuestros sentidos, llegan á los dominios del mundo espiritual, para producir en él un incendio artístico. Pues bien, si nosotros, seres finitos y creados, tenemos el poder de unir lo espiritual á lo material, Dios creador y cuyo poder es infinito ¿no podrá unir la materia á las almas para que se verifique la resurrección de sus cuerpos? ¿El creador sería inferior en poder á su criatura?

Fenomenos de resurreccion.—Por otra parte, vamos á probar que se verifican fenòmenos de resurrección en algunos seres vivos y hasta en el hombre durante su vida mortal en este mundo. En efecto, Milne Edwards, en su tratado de Zoología, dice, que los gusanos llamados rotíferos (pertenecientes al orden de los sistólidos) son notables por haber sido el objeto de los experimentos del sabio naturalista Spalansani, sobre la suspensiòn de vida que presentan estos animales por el desecamiento de sus cuerpos; y después de un tiempo considerable esos átomos de polvo inerte, vuelven á la vida cuando se les moja con agua. Esos cadáveres ya completamente desecados y en estado de polvo terrestre,

resucitan cuando se les pone en condiciones favorables. Flammarión en su libro, «Dios en la Naturaleza», dice: «Romped una « pata á un cangrejo, y se reproduce en todo su carácter. Cor« tad la de una salamandra, y se reproducirá en todas sus par« tes. Mutilad la cola de un lagarto y volverá á crecer íntegra« mente, á pesar de la complicación de su tejido. La flor del co« ral (que es un pólipo) separada de su madre, resucitará para « formar un nuevo animal».

Los Zoófitos, presentan también el fenómeno de la resurrección. En efecto, cuando se divide ó mutila su cuerpo en varios fracmentos, los retazos de este cadáver se convierten en otros tantos animales vivos de la misma especie, pasando rápidamente de la muerte á la vida.

Los microsoarios y otros innumerables insectos destruidos por las intemperies ú otras causas, y convertidos en polvo ó barro, renacen por medio de los gérmenes de sus cuerpos deshechos de que las fuerzas vivas de la naturaleza se apoderan para reorganizarlos otra vez. Estos renacimientos ó resurrecciones de animales, han calificado algunos naturalistas como seres formados por generación espontánea, lo que es una suposición que está lejos de ser comprobada. Otros con más probabilidad, dicen: que no hay tal espontaneidad en esos renacimientos, sinó que los gérmenes abundantes y variados que existen doquiera, dan lugar bajo la acción del calor y de otros agentes á la formación de esos seres vivos.—Sea de esto lo que fuere, ello es cierto que las cenizas de muchos animales muertos dan nacimiento, ora á animales de la misma especie que aquellos, ora de especies diferentes. Luego, si es posible, según las leyes de la naturaleza, el renacimiento ò resurrección de algunos animales, ¿estaría excluido el hombre de ese poder de renacer, de ese privilegio y sería de una condición peor que esos animales inferiores? ¿Fuera el hombre más desgraciado que aquellos animales atómicos, siendo como es, el microcosmos del universo? ¿Quedaría despojado de privilegios que poseen seres inferiores, el que resume en sí la vida de todos los seres, el que es la síntesis de la creación por los elementos y fuerzas que reune; aquél en quién están concentradas la existencia mineral, la vida vegetal, la fuerza vital, el

instinto, &. en un cuerpo finamente organizado y universal en sus materiales? El todo sería peor que sus partes?

No sabemos como obran las fuerzas de la naturaleza para sacar del polvo de otros animales muertos, nuevos y numerosos seres vivos que se agitan en el mundo microscópico. ¿Por qué no se verifica esto mismo en otros animales de estructura igualmente sencilla? ¿De qué manera se operan en algunos insectos aquellas metamorfosis, resurrecciones ó transiciones de una vida á otra diferente, de una organización á otra en un corto espacio de tiempo? ¿Cómo obra la fuerza vital para reorganizar esos cadáveres y volverlos á la vida? Son misterios de la naturaleza que la ciencia no puede explicar. Pues bien, si se pregunta, cómo resucitará el hombre en el día del juicio universal, yo contestaré: así como no sabeis cómo resucitan esos animales que hemos presentado como ejemplos de resurrección y sin embargo creeis en ese fenómeno admirable que con frecuencia se manifiesta, así también es otro misterio el modo cómo resucitarán los hombres muertos en ese tremendo día, y no sabemos cómo Dios volverá á llamar los restos humanos á la esfera de la vida. Lo único que sé, es que nada se aniquila en la vida orgánica, y lo que sucede es que todos los seres vivos que mueren incluso el cuerpo del hombre, pasan por una serie de transformaciones vitales ó metamorfosis, como los insectos de que he hablado más arriba, para recorrer continuamente y sin descanso el circuito de la vida bajo diversas formas, sin que las partes componentes de aquellos cuerpos, mueran. Antes bien, se reaniman quizá con más vigor para agitarse y recorrer las diferentes esferas de la vida orgánica; porque los insectos y otros animales microscópicos que se desprenden de un cuerpo muerto y en putrefacción, pasan sucesivamente ya á la vida vegetal, ya á la vida animal inferior, ya á la vida de otros hombres. Luego, lo más que hace la muerte es desunir ó disgregar el todo orgánico, desarmar sus piezas componentes, que desprendidas no se aniquilan ni se pierden; y un día el divino maquinista volverá á armar y unir esas piezas separadas para reorganizar el cuerpo humano.

Por consiguiente, me basta para convenceros fuertemente de la verdad de este misterio, el mostraros la posibilidad del

la resurrección en la vida orgánica, como lo he hecho yá; por que un fenòmeno que se realiza y repite en la naturaleza, es una garantía de su reapariciòn en el porvenir.

Por otra parte, os mostraré que en el cuerpo humano, mientras vive, hay resurrecciones parciales, como lo vais á ver á la luz de los principios de la Química. Youmans, en sus Elementos de Química, al tratar de la vida orgánica, dice: «En « los más recónditos lugares del cuerpo, en cada músculo y cada « nervio y más en el cerebro, millares de átomos mueren y « se renuevan incesantemente. El hombre pierde diariamente « $\frac{1}{23}$ ava parte de su peso. Al mismo tiempo que principiamos « á vivir, comenzamos también á morir. La descomposición « guarda proporción con la actividad».

Según esta doctrina de Química orgánica, comprobada por numerosos experimentos, el cuerpo humano muere parcialmente momento á momento, y revive del mismo modo por partes para volver á morir y renacer constantemente. De aquí resultan dos hechos evidentes que saltan á la vista de la ciencia con toda la fuerza de una verdad matemática: «el cuerpo muere por « una parte, y por otra resucita alternativa y parcialmente». ¡Cuántas veces morimos y resucitamos durante nuestra vida! Luego, se verifican en nuestro cuerpo resurrecciones parciales que en cada mes, equivalen á la renovación y renacimiento íntegro del cuerpo humano. Pues bien, los que atacan la posibilidad de la resurrecciòn de los muertos, vengan á examinar este punto de la Química orgánica tan esclarecido y vean con que evidencia se halla comprobada esa posibilidad. Existen, pues, fuerzas vitales ò energías secretas creadas y dirigidas por Dios, que determinan de un modo admirable, esas resurrecciones ó renacimientos en el mundo orgánico, haciendo circular la materia al impulso de su acción organizadora. Luego, si existen y se despliegan á nuestra vista muchos ejemplos de resurrecciòn en el cuerpo humano y en otros animales que viven en este planeta, ¿por qué habíamos de negar la posibilidad de la resurrección final y completa de los muertos en el gran día del Señor? La aparición de un fenómeno y su repetición, acusan la existéncia de ciertas causas secretas productoras de ese fenómeno: este prin-

cipio de lógica es evidente tanto en filosofía, como en física. Por consiguiente, si los fenómenos de resurrección, aparecen con frecuencia en la esfera orgánica, es claro que existen fuerzas vitales secretas, dirigidas y mantenidas por su primera causa, para producirlos siempre; pues de otro modo tendríamos que afirmar que las fuerzas se destruyen, lo que es un absurdo y contrario á la opinión de los naturalistas, químicos, filósofos y astrónomos. Luego, si las fuerzas, no se aniquilan, éstas deben conservar su modo de acción perpétuamente y reproducir la vida orgánica destruida, bajo la acción providencial. La vida física del hombre que la muerte destruye cada instante, no hace más que separarse y evaporarse en elementos, que un día deben volverse á unir y reorganizar bajo la acción vital que dirige la providencia, á la manera que el agua vaporizada bajo la influencia espansiva del calor, vuelve á resolverse en la misma agua con la acciòn condensadora de las fuerzas activas de la naturaleza. La separación ó descomposición de los materiales constituyentes del cuerpo humano, causada por la muerte, no debe ser eterna, porque si así fuera, las fuerzas activas que presiden á la vida física y directrices de la materia en su coordinaciòn y que Dios las conserva, quedarían ociosas sin ninguna aplicación: y el fin á que las destinó la providencia sería completamente frustrado por un hecho accidental que es la muerte; digo accidental, porque la muerte no tiene poder sobre el alma, ni sobre la fuerza vital que fomenta la vida física; es decir, su misión no es destruir el espíritu y la fuerza, sinó simplemente disgregar ó descomponer la compaginación de la materia; es una nota discordante en el juego y armonía continua de la vida, que se desenvuelve en este mundo con una energía espantosa; es como un silencio momentáneo en la melodía de los acentos de la música; es el reposo parcial de un todo que se agita con vehemencia. Es cierto que la destrucción de los mundos, envolverá la vida en su ruina; pero pasada la tormenta, los espíritus asociados á la fuerza vital, la reorganizarán, bajo la acción directriz de la providencia, porque son agentes aptos para ese fin; y porque el alma domina la materia por medio de las fuerzas físicas; y éstas las sujetará Dios á la voluntad de aquella.

Pruebas historicas.—Además, la historia sagrada nos

presenta ejemplos de resurrección, operados por la acción milagrosa de Jesús. San Mateo nos refiere que Jesús resucitó á la hija de Jairo. El mismo en su evangelio, nos dice, que cuando Jesús espiró en la cruz, se abrieron los sepulcros y muchos cuerpos de santos, que habían muerto, resucitaron y vinieron á la ciudad de Jerusalén y aparecieron á muchos, (cap. 9º. y 27, v. 25, 52 y 53). El mismo Jesús resucitó á Lázaro, cuatro días después de su muerte y cuando su cuerpo entró ya en putrefacción: «Lázare veni foras» (San Juan, cap. 11 v. 43). Resucitó al hijo único de la viuda de Naim (San Lucas, cap. 7º. v. 14 15). En fin, hizo prodigios innumerables, que sería cansado el referirlos uno por uno. De todo esto resulta, que no solo físicamente, sinó también históricamente, se halla comprobada la posibilidad de la resurrección de los muertos (3). Un hecho es posible, cuando él ha acontecido varias veces, y hay por consiguiente mucha razón para esperar su repetición. Luego debemos creer y esperar en el dogma de la resurrección de los muertos, bajo el influjo de nuestra fé santa, y convencidos tanto por razones físicas, como por las teológicas. Realmente es penoso para nosotros, tener que recurrir á tantos razonamientos, en el siglo de impiedad en que vivimos, para convencer de este misterio á los hombres, cuando bastaría á nuestras convicciones católicas, la siguiente consideración: Dios, constructor, el gran principio y sostén de la vida universal, que vive desde ab eterno y vivirá siempre; que provee á la conservación de los mundos, como el maquinista á la de su máquina, volverá á reconstruir con igual facilidad las vidas que destruye y que destruirá totalmente en el día tremendo de su justicia......

Si las ciencias naturales tienen numerosos misterios. ¿por qué inconsecuencia querríais exigir de la religión que no los tenga? A decir verdad, hay mayor número de misterios en las

---

(3) Los Fakires de la India, se hacen enterrar vivos durante un lapso de tiempo muy largo, y exhumados en estado cadavérico, resucitan. Se tienen relaciones detalladas y dignas de fé debidas al Dr. austriaco Honigberger, que ha desempeñado por largo tiempo el oficio de médico del Rajáh de Lahore, Rungel Ling; y á Sir Claudius ministro residente inglés en esa ciudad. El Dr. Srerke en un diario de Viena resume todos los casos históricos de resurrección de Fakires.

ciencias humanas que en la religión del Crucificado; y sin embargo, los sabios creen á ojo cerrado en esos misterios científicos y aun admiten hipótesis fantásticas y rehusan creer en los de la religión católica!......¡¡Qué inconsecuencia, qué ingratitud para con Dios; que falta de lógica en sus procedimientos científicos!

HIPÓTESIS DE LOS NATURALISTAS SOBRE EL ORIGEN DE LA VIDA.—Vamos á examinar ahora las varias hipótesis de los físicos, químicos, astrónomos y filósofos, que á impulsos del positivismo, hablando del origen de los seres organizados, quieren arrancarlos de las solas fuerzas de la naturaleza. En obsequio á la brevedad, solo citaremos á los principales partidarios de la generación espontánea.

En efecto, Buchner, dice: «Es preciso conceder á la « generaciòn espontánea un papel más grande en el tiempo « primordial que en nuestros días y no puede negarse que « ella haya dado en aquella época la existencia á organismos « más pefectos». Después añade inmediatamente, según hace notar Flammarión en su libro «Dios en la naturaleza»:—Es cierto que carecemos de pruebas y aun de conjeturas plausibles sobre el pormenor de esas relaciones y estamos muy lejos de negarlo......¡Qué afirmación hecha tan aplomo y sobre el aire!!......

Virchow menos modesto que el anterior, concluye sin vacilar: «En cierta época del desarrollo de la tierra, han so« brevenido condiciones desacostumbradas, bajo las cuales en« trando los elementos en nuevas combinaciones, han recibido « el movimiento vital, y en él se han vuelto vitales las con« diciones ordinarias».......¡Qué raciocinio! ¿y dónde está la prueba de esta conclusión? Donde están siquiera los indicios conjeturales? Esta manera de afirmar sin razón una cosa, y que predomina en nuestro siglo, será la vergüenza del pasado que sonrojará el porvenir!!......

El materialismo y el panteismo perfeccionado por Hegel, han puesto por base de su doctrina «la hipótesis de una fuerza inmanente que impulsa la sustancia donde radica á trasformarse sucesivamente en ser viviente, recorriendo mediante una serie de evoluciones, realizadas en un tiempo superior á toda cifra imaginable, todos los grados de la vida, hasta llegar al hombre donde el ser alcanza su última perfección»......«En el uni-

« verso, ha dicho Renán, (En su libro de las ciencias de la na-
« turaleza) hay necesidad de admitir lo mismo que se observa
« en la planta y en el animal, una fuerza íntima que induce
« al germen á encarnar un designio anteriormente trazado, una
« especie de elasticidad secreta que torna la posibilidad en exis-
« tencia y vida......y en vida cada vez más desarrollada: tal
« es (concluye), la hipótesis que nos vemos obligados á admitir».
En iguales términos se expresa Taine en su filosofía inglesa.
¡Como se advierte que estos científicos, sin quererlo, columbran
la intervención de la acción providencial en la formación y trasformaciones de la vida orgánica; porque ¿qué manifiesta ese designio y planes sabios realizados en las diversas formas de la vida? ¿Cómo la materia inerte y las fuerzas ciegas, pudieran verificar leyes tan profundas que ni el mismo hombre dominador de la naturaleza, es capaz de comprenderlas y realizarlas? Las teorías de estos científicos, son pues, absurdas.

Es sensible que el ilustre Tindal se haya hecho también partidario del materialismo!! «Dejada aparte, toda ficción, di-
« ce, creóme obligado á confesar, que pasando por alto con el
« pensamiento sobre toda demostración experimental, yo creo
« en la materia la potencia generadora de la vida, cualquiera
« que ésta sea. (Actualidades científicas, pag. 95, citadas por
« Orti y Lara»). Es triste que éstos pensadores, se hayan equivocado tanto, según el sentir del mismo Flammarión en su libro ya citado, pag. 167. En efecto, este sabio astrònomo, dice: «El problema es oscuro; hay más distancia de nada á al-
« guna cosa que de alguna cosa á todo. Cualquiera que sea el
« sistema á que se refieran nuestras creencias íntimas, espiri-
« tualistas ó materialistas, estamos dominados enteramente por
« el misterio inexplicado del origen de la vida. ¿Por qué
« no reconocer (acentúa el mismo) francamente la ignorancia ab-
« soluta en que vivimos sobre este particular?......No demos-
« trando la ciencia que las afinidades de la materia pueden crear
« la vida, el papel del *Criador* queda aquí todo entero como
« en tiempo de Adán, y aun de los preadamitas......Y aun
« cuando aquella (la ciencia) lo demostrase, el origen y el sos-
« tén de la vida, dejan claramente ver la existencia de una fuer-
« za *creatriz*, en otros términos de un Dios oculto» Este pen-

samiento de Flammarión, aunque deja entrever doctrinas panteistas, pero al menos confiesa (y es lo principal) el poder creador del Omnipotente que favorece mi tesis. Ahora bien, si Dios, según Flammarión y nosotros, es la potencia creatriz y conservadora de la vida y de todas las cosas, es claro que tendrá igual poder para reorganizar los cuerpos humanos muertos en el gran día de su juicio, así como formò y organizó el cuerpo de Adán para hacerlo cabeza del género humano.

Voy más lejos.—Aun colocándome en el mismo terreno de los partidarios de la generación expontánea (sin consentir en él), veo que el dogma de la resurrección de los muertos triunfa expléndidamente; porque si ellos suponen que los seres organizados, inclusive el hombre, surgieron de este mundo por la acción espontánea de las fuerzas vitales de la naturaleza, para perpetuarse después en el espacio, es claro que no deben negar esa aptitud productora de la vida á esa misma naturaleza que no desaparecerá en el gran día del juicio final; subsistiendo, pues, las causas, deben necesariamente subsistir los efectos: esto es obvio y de sentido común. Luego, aun la misma teoría falsa del materialismo, viene en confirmación del dogma de la resurrección de los muertos. He aquí como la lógica de los materialistas que admiten en la formación de la vida la influencia de una fuerza directriz y por consiguiente inteligente, obligan sin quererlo á todo entendimiento imparcial y aun al sentido común á admitir el papel de la providencia en la dirección de la estructura y tejido misterioso de la vida y en su conservación.

El mismo astrónomo en la obra citada, hacia la pag. 152, hablando de la vida, dice: «Un filósofo ha dicho que todas las « partes de un ser viviente están personalmente vivas, y ya no « es hoy un atrevimiento temerario ver en los animales supe« riores un edificio celular habitado por una multitud indesci« frable de animales elementales. Pero si es así, todo está vi« vo en la naturaleza. No solo el aire, sinó las aguas, los cor« púsculos flotantes, los elementos orgánicos é inorgánicos están « poblados de una vida invisible, de especies que sufren las tres « faces comunes al mundo de los insectos......Miradas bajo es« te aspecto las generaciones espontáneas, no llevarían su ver« dadero nombre, deberían únicamente representarnos un aspec-

« to de la vida universal que se agita sobre cada átomo de la
« materia. Y esta manera de ver la cuestión está mejor funda-
« da, puesto que cada especie se ofrece constantemente en la sus-
« tancia particular que parece pertenecerle.»

Pues bien, ilustre auditorio, si todo está vivo en la naturaleza, si todas las partes de un ser viviente están personalmente vivas, y si después de su muerte estas partes se separan conservando su vitalidad; y si por otra parte, la fuerza vital de que habla Flammarión, como toda otra fuerza es indestructible y conserva siempre su virtud de coordinar y dirigir la colocación de la materia, bajo la acción de la providencia, es claro que cuando vuelvan las circunstancias favorables, algún tiempo después de la muerte, esos elementos vivos separados y esparcidos en la naturaleza, tendrán que aproximarse y agruparse otra vez por la acción de esa fuerza vital que nunca perece; al modo que los vapores acuosos plegan sus alas para convertirse en el líquido de que se evaporaron. Luego, el cuerpo húmano puede reorganizarse, tanto más cuanto que los elementos orgánicos que en otro tiempo lo constituyeron, se hallan existentes en presencia y alcance del alma y de esa fuerza vital. El hecho de la resurrección, es pués, evidentemente posible, porque las fuerzas de organización no perecen; porque la Providencia las sostiene, las dirije y conserva dándoles la eficacia de sus propiedades y de su modo de acción y rectificando en la materia el desorden causado por los crímenes del hombre; porque está probado por la fisiología que el organismo se resiente de las conmociones y perturbaciones del espíritu. Pues, para el aniquilamiento de esa fuerza vital, de los principios orgánicos y aun de un solo átomo, sería preciso poner en acción todo el poder que creó el universo. Aniquilar y crear son dos actos iguales. Sacar alguna cosa de la nada y volverla á la misma nada, son un solo milagro, como observa profundamente, Augusto Nicolás, en sus Estudios Filosóficos, sobre el cristianismo, al tratar de la *inmortalidad del alma.*

El mismo astrónomo, hacia la pag. 108 de la obra citada, dice: «¿Cómo se explica que la corpulenta encina haya sa-
« lido de una bellota caida en el *humus*? Que esta bellota se
« haya hecho encina al lado del hayuco, ó bellota de don-

« de ha salido la haya; del piñón de donde ha brotado el
« pino; de la almendra sobre cuya tumba despliega el corne-
« jo sus bayas escarlatas?..............No de otra manera sinó
« porque el gérmen orgánico no solamente reside en la estruc-
« tura anatòmica, sinó también y particularmente en una fuer-
« za especial que se encarga de organizar cada ser sin equivo-
« carse nunca de sentido, y sin dar al caballo una cabeza de
« carnero ó piernas de ánade al conejo».

Pues bien, si la fuerza vital, es también un germen de de vida, según Flammarión, es claro que siendo ella indestructible, debe obrando sobre la materia, reorganizar el cuerpo humano, bajo la acción providencial, al modo como la semilla ó germen de una planta destruida ó muerta, enterrada bajo de tierra y podrida, da nacimiento á una planta semejante á la que pereció..............

Reasumiendo las opiniones de los sabios acerca de la vida, inclusive la doctrina Católica, un filósofo imparcial, formularía este terrible dilema: Sea por generación espontánea, sea por el poder de la providencia, se explica la resurrección de los muertos. En el primer caso ella es posible por la eficacia que atribuyen á las causas segundas los partidarios del materialismo; en el 2°. caso es mucho más fácil concebir ese hecho por la acción directa del autor de las causas segundas. Luego todas las teorías físicas, teológicas y cosmogónicas, concurren á proclamar unánimemente el gran dogma de la resurrección de los muertos. En una palabra es la doctrina religiosa mejor probada en el terreno de todas las ciencias. ¡Adversarios! poneos la mano al pecho con la lealtad del caballero y ved si estas conclusiones son rigurosamante lógicas y contundentes.

En otra parte, Flammarión (pág. 130), avanzando en su razonamiento biológico, rinde homenaje á la doctrina católica, diciendo: «La inteligencia soberana se impone naturalmente al pensamiento del que estudia la naturaleza. Es visible en esas reglas que pueden de antemano ser determinadas, calculadas, combinadas, porque tienen entre sí un admirable encadenamiento, y son inmutables en condiciones idénticas, porque han recibido la inflexibilidad de la sabiduría infinita». Y concluye con estas palabras: «Está superabundantemente demostrado que la cir-

culación de la materia no se verifica sinó bajo la dirección de una fuerza inteligente» (se entiende para los católicos una potencia espiritual).—Muy bien, ilustre Flammarión, muy bien: habeis sentado una verdad neta que no admite réplica. Luego, si las fuerzas activas de la naturaleza y la circulación de la materia, son dirígidas por la Providencia ¿qué dificultad se ofrece en que el Gobernador del universo, director y constructor de la vida humana, vuelva á reorganizarla en el día que presida á la eternidad? Este argumento es contundente; porque entran en él á la vez las ciencias naturales y la filosofía. Hace esa conclusión el sabio astrónomo, después de haber dado cien vueltas en torno de la Química, Fisiología y Anatomía de la vida orgánica, buscando anheloso una solución á la gran cuestión del origen de la vida; y desesperando abordarla, reconoce y sorprende en medio de un examen profundamente científico, la presencia directriz de la Providencia; y en el siguiente pasaje de su obra, agrega (pag. 97): «¿Quién construye este organismo? « ¿Cómo pueden trabajar las propiedades de la materia sobre « un plan, según una idea que no pueden tener? ¿Còmo sabe « el organismo escoger tan bien (habla de la asimilación inter- « na) los alimentos que le convienen? ¿Quién determina la re- « producción fiel de la especie? ¿Es, pues, más fácil admitir « todos estos acasos (observaremos con M. Tissot) que suponer « un principio esencialmente activo, dotado de un poder orga- « nizador, con la facultad de ejercer este poder en el sentido « de tal ó cual tipo específico?» De aquí concluimos con el mismo sabio, que la construcción y movimiento de la vida orgánica, no se verifica sinó bajo la dirección de la Providencia. Luego, para el constructor y sostén de la vida, no será difícil la resurrección de los muertos. Además, como la resurrección se ha de verificar probablemente en medio del caos ó montón de escombros, concentrados por la gravitaciòn astral y dotados de una alta temperatura, las fuerzas vitales y demás condiciones de vida en esa nebulosa; serán poderosas y rápidas en su acción sobre los restos orgánicos, en razón de la gran energía que tendrán el calor, la luz, la electricidad, &. porque de ellas hizo la providencia la medida de la vida, bajo su acción directriz y conservadora.

EL ACTO MISMO DE LA RESURRECCION Y SUS DIFICULTADES.—El texto de San Mateo dice, que el Divino Juez vendrá sobre las nubes del cielo á juzgar á los resucitados. Este texto es exacto, señores; porque cuando la gravitación universal reuna en una sola masa la naturaleza entera, ésta se presentará en forma de nebulosa, en que el agua y otras sustancias vaporizadas y mezcladas con las atmósferas de todos los astros, flotarán en ese imponente caos. Sobre estas nubes inmensas, pavorosas y ardientes, aparecerá majestuoso el Señor á llamar á cuenta á los seres racionales, que dormidos todavía, bajo el polvo de la muerte, despertarán á la voz formidable de Jesu Cristo. Se dirá tal vez. ¿Cómo resucitarán aquellos en medio de la alta temperatura de esa nebulosa, cómo podrán soportar ese calor excesivo? No hay que estrañar: la Geología de nuestro globo nos enseña que en tiempos remotos existieron animales bajo la alta temperatura á que se hallaba entonces nuestra tierra en la que no podía vivir el hombre; pero si Dios hubiera querido que este nazca en ella, habría podido vivir igualmente; porque lo que es posible para otros seres vivos, lo es igualmente para el hombre, y esto no implica ninguna contradicción. Por otra parte, ¿no es verdad que el microscopio nos ha revelado la existencia de animales invisibles en medio del fuego y de las llamas, como en el centro del hielo? Luego si es posible la vida en cualquier elemento para muchos seres vivos ¿por qué no lo ha de ser igualmente para el hombre que es también otro ser vivo y organizado? Por otra, cuando Dios convoque en esta nebulosa á los que ha de juzgar, las almas tomarán de esa materia ardiente, su porción de átomos para reorganizar sus cuerpos. Por consiguiente, esos cuerpos que originariamente han de estar á igual temperatura que esa nebulosa, no podrán sufrir ninguna sensación de ardor, puesto que la impresión de calor ó de frío, nacen precisamente de la diferencia de temperatura entre el cuerpo humano y el medio en que vive.

CAPITULO 8º

Identidad del cuerpo de los resucitados con el que tuvieron antes de su muerte, probada por la Química.

Los elementos de que se compone el cuerpo humano son á

proximadamente conocidos por la Química. «De los mismos elementos volverá á formarse el cuerpo resucitado y por consiguiente será real y completa la identidad.» En estos términos se expresa Pioger en su libro titulado «La Vida después de la Muerte». Es decir que el cuerpo resucitado tendrá las mismas propiedades químicas y físicas de que gozaba antes de morir, aunque sus átomos materiales sean distintos, como dice el mismo autor; porque lo que caracteriza y califica la materia, se halla en la combinación de los átomos y propiedades, sin las cuales no podríamos conocerla ni distinguirla. Pues bien, las mismas propiedades y la misma sustancia, se manifiestan en el cuerpo humano, aunque cambie de materia, como que durante la vida se renueva constantemente. Luego, si la sustancia de la materia consiste en su coordinación y propiedades esenciales, es claro que apareciendo éstas las mismas, aunque con otros átomos de la misma naturaleza y especie, el cuerpo resucitado será esencialmente el mismo.

Además, nótese que la materia de cada especie, crió Dios con idéntica naturaleza y propiedades. Así por ejemplo, el oxígeno de mi cuerpo, es de la misma naturaleza que el oxìgeno del cuerpo de Pedro y de los demás hombres; lo mismo diré respecto del carbono, del ázoe, &. que hacen parte de mi carne.

Dios crió la materia de cada especie sobre la base de la misma esencia. Así los átomos de la materia componente de todos los cuerpos humanos son los mismos, y éstos existen en abundancia en la naturaleza, y todos ellos han sido formados por Dios sobre la misma base sustancial; porque de otro modo lo que alimenta á un hombre, no podría alimentar á los demás; pero sucede que los medios de vida son comunes. Así pues, cada molécula de las que componen la materia constituyente de los cuerpos humanos, posee la propiedad y la sustancia del conjunto; y el conjunto posee también las propiedades y la sustancia de sus partes constituyentes. Esto sentado; los principios químicos que pertenecen á nuestros cuerpos y los que existen con igual naturaleza absoluta fuera de nosotros, forman en cierto modo la atmósfera de nuestros cuerpos, puesto que están destinados á renovarlo incesantemente. Esta renovación parece necesaria, porque los átomos de los mundos materiales, en que se en-

carnaron las almas por voluntad divina, deben pasar sucesivamente por el estado de animación que les comunica el espíritu, para rendir por su órgano, el culto y adoración que deben á su Criador; porque sinò hubiera esa renovación, la mayor parte de la materia inerte quedaria fuera de la alta y asombrosa misión de alabanza á que ha sido llamada por Dios. Por consiguiente la sustancia física de la vida, ó mejor dicho, su manifestación fenomenal, es una, porque forma la base de la existencia visible de la carne humana; y toda esta existencia visible en la dimensión del género humano, reposa sobre la única esencia que la constituye. Podeis cambiar los átomos en las mismas proporciones unos con otros de la misma especie, sin destruir la sustancia que forma el fondo de la vida, así como se cambia y renueva el agua de una fuente con nuevas ondas que surgen del seno de la Tierra y reemplazan las cantidades que se han gastado. Luego dado caso de que los cuerpos resuciten con otros átomos del mismo nombre, número y naturaleza, siempre la sustancia será idéntica y la carne la misma. La sustancia de un ser compuesto, es constituida, no por la concurrencia al acaso de los átomos, sinó por su agrupamiento bajo cierto orden, forma y proporciones. Así el agua se forma toda vez que se combina un átomo de oxígeno que pese 8 con otro átomo de hidrógeno que pese 1.—Este líquido podeis formarlo con esos mismos elementos en esta ciudad, en Francia, &. y con otros elementos de igual naturaleza lo formarán en Inglaterra, en Nueva York......La sustancia no depende siempre de la presencia individual de los mismos átomos, sinó de la combinación de cierto número de cualesquiera elementos químicos de la misma especie, que sean de igual naturaleza y propiedades que aquellos que concurren siempre á formar y renovar esa sustancia. De aquí se sigue que la sustancia resulta solamente de la combinación y agrupamiento de los átomos de la misma especie y no de la identidad individual de ellos. Luego, aunque los cuerpos muertos resuciten con otros materiales de la misma especie y que tengan la misma compaginación, las mismas formas y proporciones, poseerán la misma sustancia y la misma carne, que la que tuvieron antes de su muerte. Además, la sustancia del cuerpo recibe una profunda modificación de su unión al alma,

puesto que ésta le imprime su carácter, su animación y su *modus vivendi*, es decir, cierta manera de ser que lo hace particular. Las propensiones y hábitos del espíritu se comunican y marcan en el cuerpo, lo que está probado por la experiencia y por la Fisiología. Luego la sustancia del cuerpo no es tal mientras no esté unida al alma. Por último, el hecho de que la sustancia del cuerpo no depende de la presencia de los mismos átomos materiales, está confirmado por la experiencia; porque no obstante la renovación frecuente de la materia de nuestro cuerpo durante la vida, la sustancia de nuestra carne es la misma. Por consiguiente, la solución que acabo de dar, halla su comprobación en el hecho mismo de la renovación de nuestro cuerpo en este mundo. He aquí como la Química ha desatado el nudo gordiano de este problema que nos traía agitados hace algún tiempo.

Pioger en su libro «La vida después de la muerte,» hablando del cambio de la materia del cuerpo humano, dice: «el « cuerpo es materialmente diferente y sustancialmente el mismo». Yo me atrevo á decir: «el *cuerpo es material*» y sustancialmente el mismo, porque en él hay, á pesar de ese cambio, identidad de naturaleza en su materia componente é identidad de sustancia; digo esto porque la identidad de sustancia depende también de la idéntica naturaleza de átomos de la misma especie que concurren á formarlo y renovarlo; y estas condiciones bastan para constituir al ser completamente. La identidad individual de los mismos átomos no es necesaria para la resurrección de los cuerpos humanos; puesto que esos átomos son accidentes de la sustancia y no la misma sustancia.

Este razonamiento se confirma más con la siguiente consideración. Por ejemplo, si Job, como es de creer repitiese muchas veces en su vida, esta profecía suya: «Yo veré en mi carne á mi Dios» (pues todo siervo del Señor debe hacerlo como acto de fé), resultaría, que renovándose su cuerpo muchas veces durante su existencia (lo que está probado por la Química,) no se sabría en cual de esas carnes, en las que repitió esas palabras, vería á Dios; si en la carne con la que las dijo, la primera vez; ó en las carnes que sucesivamente recibía de la renovación causada por los alimentos. Luego, la solución que he da-

do anteriormente crece en valor y fuerza, tanto más cuanto que nosotros somos coherederos de Cristo, por su redención, de todos los bienes materiales de este mundo por nuestro cuerpo, y de los bienes espirituales por nuestra alma.

CAPÍTULO 9º.

Continuación del programa anunciado en el capítulo anterior.

Permitidme avanzar un tanto en la interpretación de las palabras «Valle de Josafat» con el apoyo de los textos sagrados, y la opinión que he de emitir á este respecto es puramente personal y con carácter de conjetura. Y si la Iglesia me intimase el retractarla, estoy dispuesto á someterme á sus soberanas decisiones humildemente, tanto respecto á ésta, como de las demás doctrinas que he expuesto en el curso de mis conferencias.

En efecto, cuando por la gravitación universal, se reunan los restos del incendio de la creación en un inmenso montón de despojos, allí puede ser el juicio de Dios, señores;... esa región quizá sea el «*Valle de Josafat*», es decir, el lugar del juicio para todos los resucitados; porque Josafat significa solamente *Juez ó Juicio* y nada más. (Véase el Diccionario Teológico de Bergier y la explicación del Iltmo. Scio en su Biblia anotada de 1871).

Las profecías de Joel comparadas con los textos de los evangelistas, vienen en apoyo de esta mi interpretación. En efecto, el profeta Joel en el cap. 3º. versos 2, 12 y siguientes, dice: «Juntaré todas las gentes y las llevaré al Valle de Josafat, « y allí disputaré con ellas en favor de Israel mi pueblo y de « mi heredad que pusieron dispersa entre las naciones y repartie- « ron mi tierra». (Su Tierra que es su iglesia, como se la dividen los protestantes y otros herejes).

Y hablando de la resurrección de los muertos, continúa: «Levántense y vayan las gentes al Valle de Josafat; porque allí me sentaré para juzgar á todas las gentes al contorno.» Mi opinión relativa al juicio de todos los seres racionales en el punto donde se junten los despojos del universo, se confirma con estas palabras de San Mateo en el cap. 24. v. 29 y 31»...... «Y las estrellas caerán del cielo y las virtudes del cielo serán

conmovidas». En seguida, dice claramente: «Y enviará sus ángeles......y allegarán sus escogidos de los cuatro vientos, desde lo sumo de los cielos hasta los términos de ellos». No pueden ser más claras las últimas palabras de San Mateo, porque dice, que del uno al otro confín de los cielos serán convocados los elegidos del Señor. Por otra parte, si en el versículo anterior (29), se anuncia que las estrellas del cielo caerán, quiere decir, que serán destruidos todos los mundos, especialmente el nuestro, y destruyéndose ellos, sus despojos deben reunirse indudablemente por la fuerza de la gravitación en un montón de escombros. Allí sobre ese montón pavoroso (opino), se verificará el juicio de Dios. Y si podeis, dadme otro Valle de Josafat fuera de este, y retiraré esta mi opinión.

A medida que leo los textos de los libros sagrados sube de punto mi sorpresa al encontrar en ellos la confirmación de mi tesis. A la verdad, los versos 13 y 14 del Apocalipsis de San Juan, cap. 6°. dicen: «Y las estrellas del cielo cayeron so-« bre la Tierra......Y el cielo se recogiò como un libro que se « arrolla, y todo monte y las islas fueron movidas de sus luga-« res». Quiere decir, que todos los fracmentos de los astros rotos y fundidos por el fuego, se confundirán en un montón inmenso de despojos, se arrollarán en un formidable volumen, como las hojas de un libro: Así será señores; así será.........las inmensas páginas del gran libro de la creaciòn, abiertas ahora durante la vida mortal del hombre, serán plegadas por la palabra del Omnipotente en el día horroroso de su juicio.

Pues bien, si todo sistema estelar, según el fenòmeno que anuncia San Juan, se ha de envolver en un solo todo, como las hojas de un libro, allí sobre las ruinas gigantescas del universo, será el juicio del Hombre—Dios, que vendrá en las nubes del cielo *con gran poder y majestad*, donde convocados todos los resucitados han de ser llamados á cuenta. He aquí como este sublime pasaje de San Juan, confirma más expléndidamente la opinión personal que vengo sustentando. Vendrá el Supremo Juez sobre las nubes con majestad......sí......porque reunidos los restos cadavéricos del universo, las atmósferas que estuvieron distribuidas entre los astros, se concentrarán al rededor de la inmensa nebulosa y en donde flotarán naturalmente las inmensas masas de

nubes y de humo, procedentes de la vaporización de las aguas y otras sustancias volátiles por la acción del enorme calor producido por el incendio universal.

San Marcos, acude igualmente en mi apoyo, en el verso 27 del cap. 13 de su Evangelio: «Y entonces enviará sus ángeles y juntará sus escogidos de los cuatro vientos desde un « cabo de la Tierra hasta el cabo ó confín del cielo». En los pasajes relativos al juicio final, todos los evangelistas, depasando los límites de nuestro planeta, llevan su pensamiento á todos los ámbitos de la creación y la perfecta conformidad en que se hallan sobre este concepto, anima aun más mi interpretación sobre el Valle de Josafat en el sentido que he expuesto.

CAPÍTULO 10°.

Pluralidad de mundos habitados, apoyada por los textos sagrados.

De los textos anteriormente expuestos surge radiante un indicio vehemente en favor de la doctrina astronómica de la pluralidad de mundos habitados; porque San Mateo dice en el pasaje citado: «Y allegarán (los ángeles) á sus escogidos de los cua- « tro vientos *desde lo sumo de los cielos hasta los términos de ellos.*» Pues bien, la palabra escogidos, ¿á quiénes se refiere? No por cierto á objetos materiales, sinó á los distintos habitantes que existen en toda la extensión de los cielos, es decir, en el universo. Juzgar lo contrario, sería ofender la mente inspirada del evangelista, que á la luz divina y bajo su enseñanza inmediata. distinguía perfectamente el cielo de la tierra. Por otra parte, querer dar un sentido figurado á este pasaje tan claro y marcado, sería violentar manifiestamente su significación tan acentuada y repetida por otro evangelista en los mismos términos, En efecto, San Marcos, apoyando ese pasaje, dice: «Y juntará sus « escogidos *desde un cabo de la tierra hasta el cabo ó confín del « cielo*». En este texto, San Marcos, distingue más claramente todavía el cielo de la tierra, puesto que arrancando su pensamiento desde los límites de la Tierra, lo lleva hasta los últimos confines del cielo, es decir, del universo. Luego de este pasaje sagrado, se desprende igualmente la idea de la multiplicidad

de los habitantes de los mundos que ocupan los cielos, desde donde los escogidos del Señor serán convocados, según afirman ambos evangelistas. Si quisiéramos otorgar á estos textos una interpretación mezquina, limitada á los seres racionales de nuestro mundo, quizá abriríamos la puerta á la pretensión de los partidarios de la palingenesia ò trasmigración de almas de planeta en planeta.

En el evangelio de San Juan, cap. 14 v. 2, se leen estas palabras: «In domo patris mæi mansiones multæ sunt»: en la casa de mi padre hay muchas moradas. Este versículo tiene para mí, dos sentidos: en el primero significa que en la gloria de Dios hay diversos grados de premio para las almas santificadas; en el 2°. significa que en la creación hay diversos grados de seres racionales, cuya glorificación tendrá también gradación en el cielo. Ambos sentidos son perfectamente conciliables y en nada se contradicen. Pues bien, el texto que acabo de citar se halla también en perfecta armonía con la doctrina de la pluralidad de mundos habitados.

San Pablo, el gran apòstol de las gentes, en uno de los raptos de su amor por el Redentor, exclama: «Ut in nomine « Jesu omne genuflectatur celestium, terrestrium et infernorum». Para que al nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los *cielos*, en las *tierras* y en los infiernos (esta última palabra se refiere al purgatorio). Y adviértase que habla en plural al hacer alusión á los mundos, *terrestrium*, de las tierras ó planetas......Ahora bien, ¿quienes son los adoradores del nombre santo de Jesús, de las tierras y de los cielos?......Los de las tierras son sin duda seres racionales, como nosotros, más ó menos perfectos, que pueblan todos aquellos astros que forman las especies y géneros de tierras que se extienden en el universo, *terrestrium*. Los de los cielos deben ser los ángeles, espíritus excelsos, que están cerca del trono del Omnipotente. He aquí como este dicho de San Pablo (en su Epístola á los Filipenses, cap. 2°. v. 10), hace brillar con más claridad todavía el pensamiento de que el universo entero se halla habitado por seres inteligentes que conocen á su Señor.

Además, llamo la atención de los pensadores sobre la misión de las almas que animan á los hombres. Ya dijimos

en la conferencia anterior, que habiendo sido creado el universo material, antes que el hombre, permanecía mudo, árido y estéril en actos de alabanza al Creador; que por esta razón, resolviò el Señor ligar la materia á los espíritus para animarla y hacerla capaz de adorarlo. Así fué en este mundo; pero porque no vemos á los habitantes de los demás mundos ¿tendremos el derecho de negar su existencia real? La imperfección de nuestros sentidos será una razón para convertir en espantosas soledades mundos lujosos y colosales como Júpiter, Saturno, Urano, &, y para borrar el himno de adoraciòn, el lenguaje de gratitud, en el resto del universo? A fuer de limitados haremos callar, enmudecer el encantador bullicio que anima aquellas mansiones lejanas, que nos parecen silenciosas?......Nó: el universo me revela que las almas se encarnaron en él, por voluntad divina, para ser las mediadoras entre Dios y la materia; para ser los intérpretes de la creación ante su creador; para traducir sus maravillas y rendirlas animadas de su inmortal aliento, á los pies de su Hacedor!!! Después, vino un tiempo, en que el hombre de nuestro planeta (y quizá los de los otros mundos), frustró esa mediación haciéndola ineficaz por sus prevaricaciones, interceptando ese canal de adoración......entonces se hizo necesaria para el hombre la encarnación del Verbo Divino, una *sobre encarnación*, es decir, sobrenatural, en que el hijo de Dios tomando la carne humana, la dignificó y compendió en sí, no solo la creación material, sinó también la humana, para levantarlas á la altura de su Padre; porque si solo representara al hombre de nuestro mundò, ofreciera á Dios únicamente la adoración parcial de un átomo de su creación, indigno de él. Pero se encarnó directamente en nuestra tierra y por extensión y efecto en el resto del universo, para rendir al Padre el homenaje de toda su creación, homenaje que en él adquiere las proporciones de lo infinito; porque ningùn ser del universo es digno de rendir á Dios la adoración que merece; esta adoración obtiene un precio infinito en Jesús. Los ángeles y demás espíritus del universo, en una existencia simple ó mixta, reunen todos sus actos de amor en el corazón purísimo de Jesús, para que éste los ofrezca al Eterno con el incremento inmenso de su amor infinito.

Además, Jesús es heredero del universo entero por ser

Hijo unigénito del Padre; y no habiendo más habitantes que los de esta tierra ¿sería dueño solamente de soledades áridas y desiertas, de mundos desprovistos de adoradores, de regiones silenciosas y estériles en frutos de alabanza y de reconocimiento hacia el Creador? ¿Sería semejante al propietario de posesiones infecundas, de breñas que no dan por fruto más que abrojos y espinas? Lejos de nosotros el suponer doctrina tan desolante. El espíritu humano es el intérprete de los mundos materiales, y Jesús el intérprete del hombre. Hay una cadena inmensa de seres, que partiendo del ángel (anillo superior) acaba en el hombre de nuestro planeta, que quizá forma su último anillo. El Verbo, tomando por su encarnación el extremo de esta cadena, lo llevó al cielo, moviendo el resto del sistema, para fijarlo allí. De suerte que los dos extremos de la cadena prodigiosa de seres racionales, se han puesto en contacto en la gloria de Jesús, para ser canales de circulación de sus abundantes gracias y favores. Y la distancia infinita que hay entre estos seres y Dios, ha sido llenada por el Verbo Encarnado. De suerte que ya no hay solución de continuidad entre lo finito y lo infinito!.................

Por otra parte, así como hay transición natural desde el mundo infinitamente pequeño (que es el mundo microscópico) por una serie de gradaciones indefinidas hasta el hombre, rey de este planeta; así del mismo modo la lógica exige que haya otra serie de gradaciones desde el hombre, ser corpóreo, hasta los espíritus celestiales, puros y perfectos; porque de otra manera tendríamos que hacer un salto brusco del ser mixto al ser puramente espiritual que posee la visión del infinito, la visión de Dios. Es, pues, muy probable que exista una gerarquía de entes de más en más perfectos, que llenen y colmen, por decirlo así, la inmensa laguna que se nota entre el hombre y los ángeles. Quizá esa laguna se halle ocupada de seres mixtos cuyos cuerpos, á medida de la elevación de sus almas, se espiritualizan, en cierto modo, de grado en grado hasta llegar á los confines de la creación angelical. Solo así se explica con una filosofía algo elevada la existencia de los ángeles y aun de los espíritus seráficos caidos, que por su influencia, ocupan los dos polos opuestos de toda la gerarquía de los entes racionales.

Luego, esta última razón, no menos fuerte que las anteriores, viene en apoyo de la pluralidad de mundos habitados. El Conde de Maistre (ardoroso católico) en sus Veladas de San Petesburgo, cree que aquella doctrina astronómica nada arguye contra nuestra religión y que al contrario la engrandece, ensanchando la idea de Dios. El Abate Moigno, famoso sabio católico, que recibió una carta muy satisfactoria de S. Santidad Pío IX, el Padre Félix, orador de Nuestra Señora de París, Pioger, Perujo y un gran número de apologistas católicos, dicen: «que es « más digno de la sublime idea que debemos formarnos del « Creador, pensar que en todas partes existen seres capaces de « conocerle y pregonar sus glorias, que despojar de seres inte« ligentes al universo. El dogma católico (dice el Padre Félix) « observa en este punto una tolerancia que os va á admirar y « que debe satisfaceros: solamente exige que no hagais de esas « generaciones siderales una posteridad de Adán, ni una poste« ridad de Cristo.»

El Cardenal de Cusa, Nicolás, despliega abiertamente el estandarte de la Pluralidad de Mundos habitados (en el siglo décimo quinto). El Cardenal de Cusa, el talento más eminente no solo de su siglo y de los anteriores, sinó también del XVI, según la propia expresión de Flammarión (en su obra de «Los Mundos Imaginarios, y los Mundos Reales», pag. 253,) en su libro «De la docta Ignorancia», adopta valientemente la doctrina de la pluralidad de los mundos habitados. En una de sus páginas, dice lo siguiente: «Tampoco sabemos si la Tierra es la región « mejor ó peor para la habitación de los hombres, de los ani« males y de los vegetales. Dios es el centro y la circunferen« cia de todas las regiones estelares, toda nobleza procede de « él; esas regiones lejanas no están vacías; la raza intelectual de la « cual una tribu ocupa la Tierra, las habita......Los habitantes de « las demás estrellas no pueden compararsenos en ningún pun« to: *Improportionabilis sunt*, dice el texto......Luego hablando « del Sol: Hay grande apariencia que los habitantes del Sol par« ticipan mucho de su naturaleza: que son brillantes, ilumina« dos, intelectuales y mucho más espirituales que los que están « en la Luna......Lo mismo puede decirse del resto de las es« trellas, que tienen, sin duda, también habitantes como las de-

« más, «suspicantes nullam inhabitatoribus carere», siendo cada
« una un mundo particular en el universo, cuyo número no es
« conocido más que á Aquél que ha creado todas las cosas se-
« gún el número y la medida».

Augusto Nicolás, en su hermoso libro «La Virgen María y el plan Divino», dice en el libro, 1°. cap. 5°. párrafo 4°. respondiendo á la objeción sobre el corto número de los escogidos: «Pero se desvanece (la objeción) y disipa, si el género hu-
« mano no es considerado sinó como una fracción en el número
« universal de las *criaturas inteligentes, celestiales ú otras*; y si no
« es él sinó una parte integrante y solidaria de un designio que
« las abraza á todas y del cual no debe ser desprendido ó se-
« parado.» Y hacia la pág. . 138, agrega: «El cielo por fin se
« nos está representado por Jesu Cristo como un aprisco, un re-
« dil que comprende á los escogidos de todas las esferas». El Apocalipsis de San Juan, en el cap. 14, apoya también esta doctrina, al hablar de los escogidos que vió en el cielo donde hace decir á un anciano estas palabras: «Qui sunt et unde venerunt»? Quienes son y de donde han venido? El profeta Rei, en su salmo 97, verso último, parece exprimir la misma idea cuando dice: «Judicavit orbem terrarum in justicia»......cuya traducción rigurosa y literal sería la siguiente: Juzgará la redondez ó multitud de las tierras con justicia. Porque según Ovidio la voz «orbis», significa «multitud», y notad, ilustre auditorio, que «terrarum» está en plural. Y en el Salmo 99 v. 1°. insiste el salmista en el mismo pensamiento: «Jubilate Deo omnis terra»...... Cantad alegre á Dios toda tierra ò todo mundo. El profeta en el vuelo de su fervor por Dios, lleva su deseo de alabanza á todos los mundos y á toda tierra habitada en el universo. Por otra parte la palabra tierra, según todo Diccionario latino, en una de sus acepciones, significa «universo».

Y yo concluyo este pensamiento, diciéndoos, que el indicio vehemente de que haya habitantes en los demás mundos en nada mengua la importancia del hombre de este planeta, como muy bien el profundo astrónomo, Francisco Azago, al hablar de la admirable perfección que la inteligencia humana ha dado al telescopio, dice: «Al lado de estas maravillosas operaciones del espíritu ¿qué importa la miseria y fragilidad de nuestro cuerpo,

qué importan las dimensiones de este planeta, habitación nuestra, del grano de arena en que nos ha tocado aparecer?» (Noticias históricas, tomo 2°. pag. 278).

Así es; la plenitud infinita del cuidado paternal de Dios, no mengua en la concurrencia simultánea de su ternura á todos los seres creados. La atención que consagra á un solo hombre, es tan infinita como aquella con que cuida toda su creación. No obstante, la manifestación de este amor ha brillado más en favor de la raza adámica, á quien ha consagrado de un modo inmediato el sacrificio de su Hijo encarnado.

CAPÍTULO 11°.

Juicio universal.—Reinado de la eternidad.

Ahora bien, pasemos la escena pavorosa del juicio del Hombre Dios.

Cuando los despojos de los astros del universo háyanse reunido en un montón de escombros, los elementos orgánicos que Dios conservò y les dió la eficacia de organizar la vida, fermentarán con el auxilio divino, bajo la incubación de las fuerzas vitales del Sol y de las estrellas confundidas en una masa nebulosa, mucho mejor que en la redoma fantástica del químico Vagnér que quiso fabricar artificialmente un hombre.

La soledad aterrante de esa nebulosa, después de borrascas abrasadoras; después del destrozo formidable de los astros y de la confusión de sus aguas y nubes, verá en el gran día de la resurrección descender en medio de ella una paz y una fecundidad hasta entonces desconocidas. Las nubes doradas de luces de oro y su cielo enrojecido, aguardarán á los resucitados. Grandes épocas y oleadas seculares habrán pasado por su frente y millones de millones de generaciones, sepultadas en sus entrañas, surgirán para saludar á su Creador. Para los justos se abrirá una vida gloriosa del seno de esos escombros á los albores de un día sin fin; y animados de inmortal aliento verán cara á cara la Verdad Eterna que tanto anhelaron y buscaron en el desierto árido de la vida.

Al ruido de la potente voz del Redentor, despertarán los

muertos y acudirán á la terrible cita del Juez. Este, colocado en un trono de nubes, lleno de majestad imponente, comenzará á examinar y sacar afuera todas las obras de los hombres para pronunciar su única é infalible sentencia.

Este juicio universal es necesario porque se debe discutir en él la acciòn del hombre en toda su plenitud, las obras del espíritu con la cooperación de su carne.—En segundo lugar, el Supremo Juez debe pesar las acciones del individuo en su relación con los actos de todos, en sus consecuencias y resultados, siendo aquel juicio universal una sanción necesaria de la ley de uniòn y fraternidad cristianas. Además, la solidaridad humana, será conocida por el hombre en su misterioso tejido y complicación universales. Allí los misterios de la iniquidad, hasta entonces desconocidos, aparecerán claros como la luz del día, así como los secretos de la virtud oculta y modesta. La publicidad de ese juicio ès necesaria para que todos lleguen á conocer el destino particular de cada uno y el destino general de los seres. De allí resultará mayor amplitud para la dicha de los justos, que en cuerpo y alma gozarán del magnífico premio de su Redentor; y mayor intensidad para el dolor de los malvados. Porque siendo libres y racionales los hombres, arrancará Dios de su propia convicciòn el dolor ó la dicha que deben experimentar eternamente. En medio de esta publicidad, todos quedarán satisfechos de las razones y fundamentos absolutos que el Supremo Juez emita para motivar su sentencia.
« Pondrá las ovejas á su derecha y los cabritos á su izquierda...
« ...Entonces dirá el Rei á los que estarán á su derecha: Ve-
« nid, benditos de mi Padre, poseed el reino que está prepa-
« rado desde el establecimiento del mundo. Entonces dirá tam-
« bién á los que estarán á la izquierda: Apartaos, malditos, al
« fuego eterno que está aparejado para el diablo y para sus án-
« geles......E irán éstos al suplicio eterno y los justos á la vida
« eterna». (San Mateo cap. 25 vv. 32 y siguientes).

¡Qué libertad para los justos! Estos tendrán por alas la luz, con la ventaja de acelerarla al impulso de su pensamiento. ......al aguijón de su deseo; y por alegría el dulce juego del amor divino. El teatro de su felicidad será el universo entero después de su resurrección, donde volando de mundo en mundo y

conservando siempre la presencia de Dios, tendrán una libertad amplia y gloriosa. He aquí, señores, la palingenesia de los católicos mucho más racional y filosófica que la de Flammarión y Pezzani,; palingenesia en la que me gozo yo de acuerdo con el ángel de la escuela, Santo Tomás, cuyas doctrinas son estas mismas (2).

Mas oirán los malvados estas palabras: «Para vosotros la cárcel de tormento. Abusásteis de la libertad que os dí; ahora os la quito para siempre; porque con ella me ofendísteis. Habeis convertido un bien y un elemento de felicidad en vuestro propio daño. Allá en la vida mortal que llevásteis, os dí innumerables medios de conocerme y adorarme, más vosotros rechazásteis mis enseñanzas que en vuestra conciencia despertaba y junto á vuestra cabecera os hablaba cuando descansábais de vuestras criminales fatigas......y á vuestros ojos desplegaba mi poder en el mundo y en la naturaleza entera. Id al reinado del desorden y de las tinieblas; vuestra ingratitud se torne en eterno padecer. Toda mi sangre, de precio infinito, no fué bastante para convertiros; preferísteis el atractivo de vuestros vicios al encanto divino y humilde voz de mi llamamiento......Sea......Id malditos al fuego eterno»......Al punto se cerrarán para siempre las puertas del espantoso abismo del dolor, lanzando un rugido horroroso!!!............

En el momento en que cese todo movimiento en el universo, y los elementos agitados antes por la indignación del Señor, vuelvan al reposo, en ese instante comenzará la eternidad; porque desaparecerán los tiempos que no son más que movimiento y actividad. El reinado de la eternidad comenzará espantoso. Los días, las horas y los años ya no existirán............

CONCLUYAMOS.

De hoy más, tendrán que relegarse al desprecio y olvido las argucias levantadas por los herejes é impíos, contra la autenticidad de los libros sagrados, porque la naturaleza y las ciencias dan un testimonio abundante en favor de ellos. Las ciencias pertenecen para mí á la revelación mediata, porque no son otra cosa

(2) Santo Tomás, Suplemt. Cuest. 84. art. 2°.

que la copia é interpretación imperfectas que hace el hombre de las leyes divinas grabadas en la creaciòn. A medida que la inteligencia humana adquiera, por la virtud y la ilustración, una visión más clara de esas leyes, esa revelaciòn mediata é informe todavía hoy, por defecto del hombre, irá avanzando en perfección y exactitud. Os he demostrado hasta aquí que la revelación mediata, la enseñanza indirecta que nos hace Dios de los principios y leyes que presiden á su creación, viene confirmando la revelación inmediata contenida en los libros sagrados. ¿A qué viene entonces esa polvareda que han levantado durante tantos siglos los herejes y racionalistas, atacando la autenticidad de los sagrados textos? ¡Han luchado contra lo imposible y verán hoy su amargo desengaño! Los pigmeos de nuestro planeta atómico pretendieron desquiciar las estrellas y conmover el trono del Verbo Encarnado!!......Si afirmais que los textos sagrados son falsos, debeis concluir también que las ciencias que los apoyan son falsas; y si las ciencias son falsas, la civilización moderna, es una mentira,......un sueño............

¡Oh, bondad, infinita, postrado á tus pies, os tributo rendidas gracias, por el órgano purísimo y dignísimo de tu Hijo Jesús, de haberme conducido eficazmente hasta el término de la solución de las grandes cuestiones que me habeis enseñado. Dignaos pues, por El, bendecir estas conferencias «y aun cuando no « sirviesen más que para devolver un alma sola al camino de « la verdad y al conocimiento de vos mismo, tendré por amplia- « mente recompensados mis desvelos.» (Pioger).

———

CONFERENCIA QUINTA.

ETERNIDAD DE LAS PENAS.

INTRODUCCIÓN.

Pruebas de la inmortalidad del alma, en armonía con las ciencias naturales, la filosofía y la historia.

1ª. Prueba.—Todos los químicos, especialmente los que pertenecen al racionalismo neto, aseguran que las fuerzas que dominan la materia, son indestructibles. Esto afirma principalmente, Eduardo Youmans, hacia la página 183 de sus «Elementos de Química», edición de Nueva York, 1876, de acuerdo con el eminente Dr. Faraday y otros sabios. Pues bien, si las fuerzas ciegas de la naturaleza que Dios las conserva y las conservará, son indestructibles y en cierta manera inmortales, ¿por qué la fuerza espiritual pensante que domina y cautiva todas esas fuerzas naturales, no ha de ser también indestructible é inmortal? Por qué el dominador fuera inferior á la cosa dominada? Esa fuerza espiritual (el alma) que encadena la electricidad y el rayo; que pesa el Sol y los planetas; que aprisiona la luz, el vapor y el sonido; que aproxima las distancias inmensas de los astros mediante el poder de su inteligencia ¿podrá ser menos indestructible que las fuerzas que estudia y domina? ¡Oh, materialistas y ateos, la inmortalidad del alma surge radiante de la confesión pronunciada por vuestros mismos labios!!! (1).

(1) Que horrorosa decepción y burla cruel sería para el alma el anonadarse y ser borrada del catálogo de la vida, después de haber conocido á un Dios infinitamente bueno y digno de ser amado eternamente y de haber deseado unírsele para siempre con un amor perpetuo y sed de gozarle.—Conocer y amar á un Ser Perfecto, y anonadarse, para no conocerle y amarle más, son dos términos que se rechazan y excluyen con la fuerza de una lógica irresistible.—Nota del autor.

Decís que los cambios de las fuerzas no son sinò simples mutaciones de forma; que las fuerzas se modifican constantemente y que bajo el influjo de la naturaleza cambian sin cesar; mas notad que la *fuerza espiritual pensante* no cambia y persiste en ser la misma en el cuerpo humano, aunque la materia de éste varie por la asimilación nutricia, conservando siempre su unidad, su personalidad y su yó. Vosotros sois ahora lo mismo que fuísteis hace 20 años y sereis siempre lo que ahora sois. Luego, vuestras almas existirán ahora y siempre con la unidad que han conservado, es decir, serán más inmortales que las fuerzas naturales que son indestructibles. Si una fuerza material es indestructible, ¿por qué no lo ha de ser igualmente una fuerza espiritual que es superior á aquella?

2ª. Prueba de la inmortalidad del alma.—El que ha cometido un crimen, encuentra dentro de sì mismo un juez inexorable que le acusa y le llama á cuenta. Parece un otro ser diferente de él mismo; es un acusador que no puede ni corromper, ni destruir, es la presencia mediata de Dios por medio de sus leyes; de aquellas leyes que constituyen el orden moral. Esa conciencia, es pues, un elemento de orden puesto por el Creador dentro del hombre para su conservación y la de su especie. Ahora bien, esa conciencia forma parte del orden moral eterno establecido por Dios, ó mejor dicho, es efecto de aquella causa suprema que contiene en sí el orden en sustancia y por medio de ella gobierna las almas. Ese gobierno espiritual y providencial, se halla completamente probado por el hecho mismo de que el hombre, por mayores esfuerzos que haga, no puede libertarse del poder de la conciencia. Y como aquella causa suprema creadora y conservadora de ese elemento de orden, que es la Providencia, no puede desaparecer jamás, de aquí se sigue lógicamente, que la conciencia es indestructible é inmortal. Luego el alma es inmortal, porque la conciencia no es sinó la misma alma conociéndose á sí misma con todo el poder de sus facultades.

Hay más; ese elemento de orden que se llama conciencia se ha manifestado siempre la misma en todas las épocas y edades de la humanidad, desde que apareció el primer hombre sobre la tierra. Ella hace 7 ú 8 mil años, viene siempre condenando el vicio y aplaudiendo la virtud; marcando con el se-

llo de la infamia las acciones perversas y con el del aplauso las acciones nobles. Ella persiste obrando siempre en el mismo sentido, lo que prueba su unidad é indestructibilidad. Y si la especie humana existiera siempre y eternamente sobre este planeta, esa conciencia seguiría siendo perpétuamente identica y mostrándose como lo fué siempre y es. Por consiguiente, su manifestación no solo es un hecho sicológico, sinó también un hecho histórico, uniforme y constante, porque se ha revelado poderosa en el tiempo y en el espacio. Luego, la uniformidad de este fenómeno siempre persistente, acusa la unidad de una causa espiritual, de un agente que no varía, que es siempre idéntico y que preside al gobierno del individuo y de las naciones. Luego este elemento moral de la conciencia es indestructible y eterno; porque si fuera destructible, hace tiempo que la humanidad hubiese descendido á la tumba al impulso de las perturbaciones y cataclismos sociales que tantas veces la han amenazado de muerte. El orden sobre que reposan las sociedades, es eterno é indestructible, porque sinò lo fuera vendría extinguiéndose parcialmente de individuo á individuo, de nación á nación hasta acabar con el género humano; lo que es falso según la historia. Por consiguiente, si la conciencia, elemento de orden y de gobierno para el individuo y los pueblos, es eterna é indestructible, de aquí surge radiante la inmortalidad del alma, que es la misma conciencia en cuanto existe conociéndose á sí misma.

Tercera prueba.—Nadie en este mundo puede pagar el precio inmenso de las producciones intelectuales y morales de las almas abnegadas y generosas que se dirigen con puras intenciones á la gloria de Dios y al beneficio de la humanidad. Sabios culminantes, animados de nobles sentimientos, alumbran á la sociedad con pensamientos grandiosos, á cuyo impulso cambia muchas veces de rumbo el carro de la civilización. Teólogos y filósofos brillantes y virtuosos, derraman abundante luz, mediante la gracia divina, sobre la ignorancia de los pueblos, mostrándoles con claridad el camino del bien y del destino humano. Físicos sublimes hacen invenciones benéficas para la humanidad sin deseo de lucro y elevándose á la altura de la abnegación. Astrónomos bien intencionados, descubren nuevos astros, nuevas leyes y nuevos campos en el universo para aumentar la gloria de Dios y ofrecer á la

inteligencia la contemplación del poder divino.. ¿Quién puede en esta triste vida recompensar el precio admirable de esas obras intelectuales?...........

¿No es verdad que muchos de estos grandes hombres, lejos de recibir premio alguno en este mundo, no han hecho más que sufrir y padecer? ¿Quién ha premiado á Cristòbal Colón que descubrió medio mundo con fatigas y torturas increibles y lo entregó á la luz de la civilización, arrancándolo del abismo de las tinieblas? Al contrario, víctima del sufrimiento, de las injusticias y del hambre, murió tristemente en Valladolid!!!.....¿Quién ha recompensado al célebre físico Faraday, al canònigo Copérnico, á Newton, al sabio astrónomo, el padre Sechi, y á otros innumerables genios? ¿Quién á los misioneros católicos, que al repartir el pan de la verdad y de la civilización, han sido víctimas desinteresadas del martirio que les han impuesto sus mismos favorecidos?....¿Pudieran alcanzar todos los tesoros del mundo á pagar el inmenso precio de esas joyas espirituales? ¿Podríamos satisfacer con el vil metal, con el barro de nuestro planeta el valor inmenso de estos artefactos del espíritu? ¡Ah! solo el gran Monarca del universo, Dios, es capaz de recompensar debidamente á esos obreros, á esos artistas y sabios que trabajan en el sublime laboratorio del mundo moral!....Solo en la eternidad pueden obtener el premio de sus desvelos, de sus fatigas y méritos sublimes....Luego, el alma es inmortal y debe pasar á la eternidad á recibir ese premio que le negaron los ingratos de este mundo.

CAPÍTULO 12.

El sentido común y la gracia prueban el infierno.—Comprobación del dogma de la gracia.

La salvación del hombre depende de su libre voluntad adherida á la gracia divina. La gracia es una fuerza espiritual infinita que lleva el alma voluntariamente al cielo, á la manera que un ferrocarril conduce á los pasajeros con una fuerza de impulsión muy superior á su debilidad. El que no se deja conducir voluntariamente y con una adhesión eficaz por esa fuerza infinita, que es la gracia divina, quedará á distancia infinita de Dios, así como el pasajero que rehusa embarcarse para salvar la inmen

sidad de los mares, se queda en la orilla del océano proceloso á gran distancia del puerto deseado....Veis, pues, que en un ferrocarril ó en un buque, la fuerza del vapor es la conductora poderosa de los pasajeros; mas esa fuerza es inmensamente superior al poder individual, y el pasajero que entra en un wagón ó en un buque, simplemente une su voluntad eficaz á èsa fuerza para dejarse conducir voluntariamente con una velócidad que le encanta......velocidad maravillosa que cautiva su imaginación.—Contando solamente con su esfuerzo personal nunca podría franquear las olas inmensas y borrascosas que surca y domina el vapor. Así también, el alma virtuosa que se embarca en alas de la fuerza infinita de la gracia con voluntad eficaz y deseo de llegar al puerto de la celestial Sión, atraviesa la distancia inmensa que le separa de Dios, el mar tempestuoso de la vida con el auxilío de esa virtud infinita. Pero el que rehusa dejarse conducir en ese barco celestial, queda abandonado en las orillas de la eterna bienaventuranza, y ès impelido por el mal en sentido opuesto hacia la eternidad contraria.

Si en el orden físico ha menester el hombre de la gracia y favor de la naturaleza para atravesar la tierra, los mares y conseguir otros beneficios ¿por qué habíamos de negar la gracia divina de que tanta necesidad tiene el alma, como ente finito, para conseguir los beneficios espirituales? Si auxilios necesítamos en el orden material, como seres finitos y débiles ¿por qué en el orden moral había de admitirse una ecepción á esta regla, siendo así que el cuerpo y el alma, los actos externos ó internos, el mundo físico y el mundo moral, son solidarios en sus acciones y reacciones? Si el hombre es finito y miserable en el orden físico ¿por qué en el orden moral no ha de serlo igualmente?

Si el hombre destituido de auxilios, con todo el esfuerzo de su alma y de su cuerpo, no puede vencer los obstáculos materiales ¿còmo podrá dominar por sí solo, sin el socorro divino, los obstáculos espirituales que son mayores?........Los mecánicos subyugan y aprisionan las fuerzas naturales por medio de otras fuerzas mayores y las convierten en su servicio y provecho; pero los reyes y gobernantes de la tierra, no pueden ni con el auxilio de las grandes inteligencias, ni con las luces de los sabios, ni con todo el horror de los castigos materiales y morales, allanar

las innumerables trabas sociales que se oponen á sus leyes y designios. Hay almas rebeldes que prefieren hacerse matar á obedecer. Cada individuo tiene dentro de sí un mundo espiritual, cuyas pasiones y resistencias al dominio de la razón, son insuperables....Por sí y con el empleo de sus esfuerzos individuales ¿podrá el hombre romper esos obstáculos? .. Nó;—así como el mecánico para dominar las resistencias de la materia, echa mano de ciertas fuerzas superiores de la naturaleza, así también, el alma, para vencer sus pasiones y las de sus semejantes, tiene necesidad de recurrir á un auxilio superior, es decir, al poder que domina el mundo moral, al modo que el físico apela á las fuerzas ó causas segundas que rigen y gobiernan la materia; porque una sustancia activa constituida en obstáculo de sí misma, no puede quitarse ese obstáculo, sin un auxilio extrínseco, es decir, sin que le venga el socorro de fuera. Ese socorro superior es la gracia divina.

Nadie, pues, podrá negar que el hombre es finito é imperfecto tanto en su potencia física como en su potencia moral. Luego, ha menester tanto de las gracias sensibles de la naturaleza, como de la gracia sobrenatural de Dios para alcanzar el cumplimiento de su destino.

El mérito del hombre y la posesión de Dios, son dos términos que se refieren á dos polos inconmensurables: el finito y el infinito; la criatura y el Criador.—Entre la fuerza del hombre y la gloria absoluta, hay una desproporción incalculable.—La consecuciòn de ese fin por las fuerzas y méritos aislados del hombre, es imposible, es infinitamente superior á la capacidad de la voluntad humana; así como la travesía del vasto océano, al través de las olas, es insuperable para el que confía esa tarea á sus esfuerzos individuales y aislados.

El querer conseguir el cielo por la sola voluntad individual, ofrece aun mayor desproporción que cuando un hombre quisiera arrancar las estrellas de su centro ó sitio y arrojarlas lejos de sus esferas de acción. Hay, pues, distancia inmensa entre el poder débil del hombre y el fin glorioso y eterno á que tiende. Es infinita la distancia que separa á la criatura de su Creador. Por consiguiente, solo con el auxilio de la gracia divina, se puede alcanzar ese fin sobrehumano y sobrenatural.

Solo Jesu-Cristo, nuestro Redentor, allanó el camino de lo infinito con sus méritos también infinitos; porque el hombre salido de la nada solo tiene derecho á la nada, y con sus esfuerzos individuales permanecería eternamente en el círculo de su impotencia. No hay más que dos polos en la creación: el *amor* y el *odio.* El amor es la causa eficaz de la creación, por que de una sonrisa del eterno se desprendieron los mundos portentosos que contemplamos en el firmamento, y el odío fué la causa de la creación del dolor eterno. Con el amor santo se llega á la mansión del Eterno Amor, y con el odío á la mansión del perpetuo dolor. El que ama á Dios y á sus semejantes con voluntad eficaz, solicitando siempre el auxilio de la gracia, asciende en el carro del almor divino hacia las regiones del *eterno bien* y de la eterna paz, porque amó el bien y amó la paz. El que aborrece á Dios y á sus semejantes y se constituye en centro de su propia adoración, desciende á la mansión del eterno desorden y del eterno mal; porque amó ardientemente ese desorden y ese mal, quitando la paz á sus prójimos y dañando á todos de mil maneras. Esta lógica es contundente, por que es la lógica de la libertad humana y de la conciencia.... Por eso en el libro de Judit Cap. 16 v. 21, hablando de los impíos, se dice: «Porque enviará fuego y gusanos sobre sus car- « nes, para que sean abrasadas y padezcan eternamente.»

El amor, pues, es el sentimiento que decide de la suerte del hombre: si amó el desorden libremente se le dá como fin último el desorden, es decir, el infierno; si amó el orden, el bien, se le da lo que quiso siempre, como término de sus deseos, es decir, el reinado del orden ...el cielo.—Esto resulta de la espontánea determinación de la libertad humana, de la dirección que ha tomado en su movimiento. No hay medio; el que aborrece á Dios no puede unirse á él y alabarle, y como el bien es Dios mismo en su significación absoluta, es claro que el que huye del bien, huye de Dios. ¿Còmo puede ser uno feliz uniéndose con lo que aborrece? «Quoniam non est in morte « qui memor sit tui: ¿in inferno autem quis confitebitur tibi? « (Salmo 6 v. 5): porque en la muerte no hay quien se acuer- « de de tí: ¿y en el infierno quien te dará alabanza?».

CAPÍTULO 13.

Pruebas biológicas del infierno.—Biología del alma y del cuerpo.

Por otra parte, el hombre siendo finito, vive absorbiendo los medios de vida con que Dios lo ha rodeado. Su cuerpo se nutre de alimentos materiales y su espíritu de alimentos espirituales. La vida física es la organización y condensación de los elementos nutricios en el cuerpo de un ser viviente. La vida moral es el hábito de los sentimientos de adoración, de amor ò caridad, de justicia....en fin es la apropiación de los elementos del bien ó mal moral. Es evidente que la vida física y la vida moral se hallan impregnadas de buenos ó malos elementos, según el género de alimentos de que se hace uso. Esto es desisivo para el alma, en quien el bien ó el mal han de prevalecer á consecuencia de los hábitos inveterados.

De aquí se sigue que habiendo el alma acumulado en sí el elemento del desorden, siendo este su alimento diario, persistiendo el mal en él y deseando que dure eternamente, es claro que su tendencia es hacia el desorden final. Al contrario el alma avezada al orden, mediante la nutrición espiritual del bien y deseando que este dure eternamente, va á donde existe el tipo y la sustancia misma de ese orden, que es Dios.

Y sabemos que la vida moral en último análisis, no es otra cosa que la acción continua del alma en el pensamiento, deseo, voluntad y obras exteriores; porque la sustancia espiritual en quietud absoluta no tendría vida. Estos actos en el malvado se repiten en el sentido del mal constantemente. Luego su vida llega á ser el mal mismo personificado en él, la encarnación de la iniquidad; y como este modo de ser de las entidades racionales es contrario á la esencia divina, que es la sustancia misma del bien y de la verdad, es consiguiente que esa vida criminal, impregnada de mal, no puede racionalmente conciliarse con el modo de existir de Dios, que es el orden mismo; no puede convenir en su modo de acción con la vida pura é infinita del Eterno, cuya manera de vivir es siempre el bien y la verdad. De aquí resulta que la vida del malo no puede asociarse á la vida de Diós: el desorden no puede unirse con el orden infinito.

El alma, como sustancia espiritual, sinó obrase y estuviese en absoluta quietud, no podría, pues, merecer ó desmerecer, no sería acreedora ni al cielo ni al infierno; sería un ser indiferente como la materia inerte, como el alma de los brutos. Si por algo merece ó desmerece es por sus acciones, por su actividad dirigida al bien ó al mal. Dios ha querido, pues, que como ser libre, pueda lanzarse libremente por un movimiento espontáneo (que es en lo que consiste su vida) hacia el cielo ó hacia el desorden, que es el infierno.—Dios no quiere detener ese movimiento eficaz, sinó con auxilios y luces que tienden no á coartar la libertad, sinó á advertir el estado en que se hallan los seres y ofrecerles su gracia, invitándoles á que unan su voluntad á ella. Si ese movimiento no se detiene, forzosamente tiene que llegar á su término; es decir, si ese movimiento es mantenido por el mal voluntario, es claro que debe llegar al desorden eterno; y si por el bien voluntario al orden eterno. Es, pues, por el género de vida que merecemos ó desmerecemos, no por la existencia pasiva del alma.

Así como nuestro cuerpo para vivir y respirar, está rodeado de una atmósfera considerable, así también nuestras almas para vivir y conservarse en la vida moral, están circundadas de la atmósfera divina, bajo cuya influencia vivificante se animan y crecen los espíritus en la vida de la verdad y del bien. Dios nos rodea, nos penetra por todas partes y en cualquier punto del universo, está presente.

El modus vivendi de las almas, su biología, consiste en que mediante actos libres de un amor creciente, de una caridad pura llamen el auxilio divino para obrar el bien. Así las almas justas respiran en la atmósfera del amor divino, atraen hacia sí los elementos vitales ó medios de vida eterna, de la Vida Infinita, del Grande Espíritu, á la manera que nuestros pulmones sacan su principio vivificante del aire que nos rodea por actos de respiración.

La vida física no se sostiene por sí sola, sinó que arranca su nutrición ó medios de conservación de sustancias ajenas á sí misma. El alma tampoco vive por sí sola, ni saca sus medios de vida espiritual de su voluntad; pues si así fuera, sería un Dios. Los medios biológicos de conservación están fuera de

nosotros. La educación, la enseñanza, la instrucción, el gobierno de las sociedades, el trato social son los medios secundarios de la vida; y los medios principales, eficaces y eternos, están en la enseñanza de las cosas santas y doctrinas reveladas. Los medios físicos de vida penetran en nuestros cuerpos; los medios de vida moral penetran en nuestras almas. El cuerpo vive de lo material y el alma de lo espiritual. No hay medios de vida espiritual sinó en Dios; fuera de él todo es desorden, desolación y muerte. En el sentido extricto de la palabra *Vivir*, el desorden no constituye la *vida*. Solo el orden forma la vida ora en lo físico, ora en lo espiritual; porque la vida en último análisis no es otra cosa que el orden y armonía con que se verifican las funciones del hombre. Así el cuerpo que se desordena y se desorganiza, pierde la vida; del mismo modo el alma que se desordena y altera en sus funciones por la corrupción moral, pierde también la suya, porque excluye de sí el medio eterno de vida que es el orden moral.

De aquí resulta que el alma que no obtiene esos medios de vida espiritual, que consisten en la verdad, en la virtud, ó lo que es lo mismo en el orden eterno, que es la voluntad ó ley de Dios, se aleja de éste necesariamente y se dirige al reinado del desorden y pierde su vida moral.

Así, por ejemplo, cuando el cuerpo humano cae en enfermedad, sus órganos se alteran en sus funciones, se desorganiza su máquina en parte, lo que le trae dolores continuos; y si su cuerpo se conservase siempre en ese estado de enfermedad sin que le sobrevenga la muerte, sus sufrimientos serían permanentes y eternos. Así también el alma que cae en el desorden moral, se desorganiza, por decirlo así; y cuando de este mundo pasa á la eternidad, esta enfermedad moral que la acompaña siempre por su impenitencia, le procura sufrimientos sin fin; porque su espíritu, ese principio simple, que fué presa del mal, es indestructible, es inmortal.

El cuerpo enferma cuando algún organo ù órganos funcionan mal y no concurrren al uso á que la naturaleza los destinó. Del mismo modo cuando alguna función del alma, se altera y desvía y no cumple el fin, que le está señalado por Dios, se dice que el alma está enferma en esa parte y afectada de al-

gún vicio.—Cuando todos los organos del cuerpo se descomponen, entonces el cuerpo muere, pero no se destruye su sustancia, sinó que se trasforma tomando otras combinaciones. Así también el alma cuando se desvía completamente, de su fin y altera sus funciones intelectuales y afectivas, en las que consiste su vida, muere el alma, es decir, cesa su vida moral, porque la muerte no destruye á ningún ser completamente, sinó que le deja la sustancia que es indestructible, según las leyes del Creador. Morir es, pues, cesar en el orden de la vida moral ó de la vida física; y la cesación de de ese orden consiste en que esas funciones ó actos ya no cumplen el fin á que la Providencia los destinó. Muere el alma para el bien porque ya no lo ejecuta, y la verdadera vida está en hacer el bien. Si muere el alma para el bien, es claro que muere también para Dios; porque Dios es el bien mismo en esencia, el bien absoluto é indestructible. Luego, esa alma muerta, después de esta vida, tiene que sepultarse en el infierno, como todo cadáver; porque el fin del Creador al establecer el mundo moral y el mundo físico, es que se manifiesten y desarrollen las vidas de los seres racionales. Cuando perece una ó algunas de estas existencias, no tienen ya fin que cumplir, ni razón de permanecer al aire libre de la vida; deben ser sepultadas en el sepulcro del desorden eterno; porque si permanecieran haciendo una vida criminal al través de los mundos, serían superiores al orden moral eterno establecido por Dios y tendrían el poder de atacarlo indefinidamente; serían otros dioses, lo que es el colmo del absurdo. El hombre es inferior al orden moral por lo mismo que está sujeto á él y no puede prevalecer contra él por sus actos inicuos; tiene que sucumbir ante su sanción inexorable, como sucumben y espiran las olas del océano, cuando pretendiendo franquear los muros de granito en que están encerradas, son azotadas por la tempestad y retenidas por la ley inflexible de la gravedad.

Así es que las almas se separan por su modo de acción en dos corrientes inmensas: una que se dirige á Dios, en quien reside la dicha eterna; y otra en sentido opuesto hacia la mansión del desorden que es el infierno: «Aterrados han sido los « pecadores......¿Quién de vosotros podrá habitar con el fuego

devorador; quién de vosotros habitará con los ardores eternos?» (El Profeta Isaías, capítulo 33 v. 14).

CAPÍTULO 14.

Los principios de la Biologia combinados con la filosofia, prueban el infierno eterno.

La vida del cuerpo es una sustancia que obra bajo el órden de cietos elementos físicos ordenados al bien sensible. La vida moral del alma es una sustancia espiritual que obra bajo el orden ó armonía de ciertos elementos morales ordenados al bien racional. Si el primer orden se destruye, se destruye también la vida física, conservando sin embargo su sustancia (la que Dios quiso sea indestructible) pero privada de ese orden que constituye la vida sensible. Si el segundo orden se destruye, por el desvío completo de las facultades y actos del alma, la vida de ésta perece también, pero conservando su sustancia inmortal y espiritual, màs privada de ese orden moral que constituye la vida racional. Y como el hombre recibió de Dios el don gratuito de la vida y no la sacó de sí mismo; y como los medios biológicos para conservar esa vida, los recibió también gratuitamente del mismo sin arrancarlos de sì, sinó de fuera de él, de aquí resulta su impotencia para darse por sí la vida que hizo perecer. Una sustancia constituida en cierto orden no puede por sí misma recobrar el orden que perdió: puesto que si así lo hiciera, sería creadora de sí misma, *porque la potencia de coordinar supone* necesariamente la potencia *de crear*, es decir, *la acción propia é inmediata de coordinar presupone la dependencia de la cosa coordinada con respecto al coordinador.* (Augusto Nicolás, Estudios Filosóficos sobre el cristianismo). Pero vemos en la naturaleza, que todos los seres, especialmente el cuerpo y el alma del hombre dependen de cierto orden en su *modus vivendi*, orden constituido por cierto número de leyes físicas y morales que Dios ha establecido. Pues bien, si la sustancia del alma y la sustancia del cuerpo, están sujetas á esas leyes, á ese orden, es claro que son inferiores á ellos en razón de su dependencia, y por consigiente impotentes para crearlos y recobrarlos, tanto más cuanto que ese orden, esas leyes, no son obra de la

voluntad humana, sinó de Dios. Por consiguiente, el cuerpo muerto no puede resucitarse á sí mismo; tampoco el alma muerta moralmente y desprendida ya de su cuerpo, puede volver por sí á la vida que perdió, al orden moral que destruyó en sí; por que una vez que acaba su prueba terrestre con la muerte, le es imposible esa resurrección, puesto que el tiempo de merecer ó desmerecer ya cesó, tanto más cuanto que su cuerpo, que es condición necesaria de merecimiento ó desmerecimiento, ya se destruyó. Por consiguiente, el alma desprendida de su envoltura corpórea, como espíritu entra bajo el dominio directo de Dios para ser premiada ó castigada: el hombre como ser finito, es dueño del tiempo, también finito para labrar su dicha final. Dios, como ser infinito es dueño de la eternidad, donde las cosas de este mundo se definen y determinan perpétuamente. «Por « tanto si tu mano ó tu pie te escandaliza. córtale y échale « de tí; porque más te vale entrar en la vida manco ó cojo, « que teniendo dos manos ó dos pies ser echado en el fuego». (San Mateo cap. 18 v. 8).

El alma ya no puede merecer ò desmerecer en la otra vida, porque solamente en unión con su cuerpo es hombre Y como los hombres son seres mixtos, un compuesto de alma y cuerpo, que Dios crió para que cumplan sus fines en este mundo, bajo esa condición indispensable de entidades mixtas, de aquí resulta que una vez separada el alma del cuerpo, ya no puede tener ese poder de merecer que poseía en su unión con aquél. Ya no puede hacer obras ó acciones útiles á las almas glorificadas; á no ser los bienaventurados en favor de los viadores de este mundo y del purgatorio, mediante su intercesión. Ya no puede funcionar en su doble carácter de ser sensible y ser moral; ya no puede trasmitir su pensamiento mediante las vibraciones de la palabra, ni desplegar acciones externas que revelen los sentimientos de su corazón. El mérito supone contradicción, combate ¿qué contradicción, qué combate tendría que sostener el alma en la eternidad? ¿Qué bellas y nobles acciones meritorias podría verificar cara á cara con el amor infinito ó con la justicia eterna de Dios?

No hay virtud sin combate, dijo Rousseau, ¿y con qué dificultades y pasiones tendría que combatir el alma en la eter-

nidad para alcanzar virtudes?....Sería con la gula, la embriaguez, la lujuria, la pereza, &.?.....Pero estos vicios solo existen con el cuerpo; la mayor parte de las pasiones vienen del organismo, ¿y qué organismo material lleva el alma cuando muere el cuerpo para ponerse en ocasiones de combate? Es opinión general que las virtudes se hallan entre dos escollos, entre dos vicios que hay que evitar ...¿qué escollos, qué vicios encontraría el alma sola para encaminarse á la conquista de las virtudes? Podría visitar á los enfermos, vestir al desnudo, dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, dar hospitalidad al peregrino, sacrificarse por su religión y su patria?......Esos combates, esas ocasiones de virtud, únicamente se ofrecen cuando el alma está revestida de su corteza material. Los dos enemigos encarnizados son el alma y el cuerpo que luchan durante toda su vida: el vicio es la esclavitud y derrota del alma por el cuerpo; la virtud es la victoria del espíritu sobre éste y su verdadera libertad. Luego, si el alma desprendida de su cuerpo, ya no puede merecer ò desmerecer, es claro que la eternidad fija su destino final, inevitablemente conforme á lo que fué en este mundo. La muerte pone al alma en presencia de la bondad eterna de Dios ó de su justicia eterna, según la suerte que le ha cabido de ser premiada ò castigada. Pero el alma al frente y en contacto con la absoluta bondad divina ó con su absoluta justicia, ya no puede poner en juego su acción meritoria.. facultad que para su ejercicio, necesita deslizarse, un tanto velada por sus pasiones, entre luces y sombras, entre luchas y dificultades, dudas y vacilaciones......pero ¿con qué sombras y dudas, luchas, vacilaciones y dificultades, puede ya tropezar, hallando y viendo con entera claridad la Verdad Eterna, la Luz infinita?......

CAPÍTULO 15.

Refutación de la objeción sobre la desproporción del castigo eterno con el pecado.—Argumento nuevo del autor que la desbarata.—El celibato eclesiástico.

Se dice que no hay proporción entre la pena que debe sufrir el condenado, y sus pecados; que sus faltas son momentáneas y pasajeras; mas las penas del infierno son eternas.

Antes de esponer nuestro argumento contra esta pretendida desproporción, citemos las palabras del angélico doctor, Santo Tomás, y de otros sabios de la iglesia en refutaciòn de esta objeción.

En efecto, Santo Tomás, después de manifestar que el pecador cansado de delinquir contra la moral, *aunque ya no puede pecar con las obras, sigue pecando con los deseos*, y no cesa de amar el pecado, y no es detenido en el pecado, sinó por la carencia de medios, por la falta de ocasiones, por las enfermedades ó por la muerte......dice, entrando en el fondo: «Ya lo « veis, aunque los pecados de ese hombre son momentáneos y « finitos con respecto al acto, son sin embargo infinitos y eter« nos con respecto á la voluntad y á la intención».—Comentando estas profundas ideas el P. Ventura de Ráulica, en su hermoso libro, «Confesión Sacramental», dice: «Hay en el co« razón de algunos pecadores la disposición secreta de vivir eter« namente sin Dios, de consagrar la vida entera al pecado y « de permanecer siempre en el pecado, si esto pudiese hacerse « impugnemente. Luego Dios debe castigar eternamente una « voluntad dispuesta á permanecer eternamente separada de él « y á ser eternamente su enemiga.»

San Gregorio, hablando del infierno, esclama: «La ra« zòn, pues, por la que los condenados sufren una pena sin « fin es porque tuvieron la voluntad real y obstinada de pecar « sin fin.—Lo mismo dice San Agustín: «Qui impenitens mo« ritur; si semper viveret, semper peccaret».

« Por consiguiente, concluye el P. Ventura en la obra ci« tada, esa retribuciòn de los actos humanos, hecha por Dios, « es finita é infinita á un mismo tiempo: finita correspondien« te á su materialidad finita, é infinita que corresponde á su « intencionalidad infinita; finita en su intensidad (es decir con« forme al grado del bien ó del mal que ha hecho cada cual), « é infinita en su duración conforme á unos actos materialmen« te finitos é intencionalmente infinitos.»

El simpático escritor, el abate Pioger en su obra; «*La « vida después de la muerte*», tratando del infierno, dice: La eter« nidad en el infierno no es otra cosa que la persistencia de « un ser limitado, y la pena una sensación finita pero persis« tente. Nunca sería yo capaz de creer que Dios no tuviese po-

« der bastante para hacer sentir al culpable la sensación que « merece; y para utilizar la duración como un instrumento e« quitativo de sus decretos. La duracion, como todo, obedece á Dios y conducida por su mano hiere en la medida que debe herir. Esto me basta»........................

Ahora bien, presentemos nuestro argumento en refutación directa de la objeción ya indicada, y abordemos la dificultad abiertamente. En efecto, la proporción que tanto se extraña por nuestros adversarios, existe tan sabiamente entre la culpa y el castigo de los condenados que al fin de mi razonamiento quedarán aquellos convencidos de ella.

Todo castigo debe corresponder al grado de las faltas y de sus consecuencias. El que se hizo dueño de una causa para obrar según ella, es directamente responsable de sus efectos, por que el que quiere la causa, quiere el efecto. Esta noción es un principio inconcuso, una idea de alta justicia.

Pues bien, ¿qué clase de males producen los pecadores sobre la tierra, y cuál es la extensión de sus consecuencias?...... Tened, querido lector, un poco de paciencia y los palpareis netamente.

A la verdad, los crímenes que cometen los hombres son de una trascendencia incalculable. Voy á probar que no solo atacan con ellos el orden social, sinó que su acción alcanza á trastornar el orden moral absoluto que rige la creación, ese orden que contiene los designios del Omnipotente. ¿Qué hace un criminal que quita la vida á un joven de talento brillante, adornado de virtudes y de puras intenciones para el porvenir, que fué la esperanza de su familia y de su patria?......Suprime en él la causa de una multitud de bienes que podían reportar quizá millones de hombres; barre de un golpe con su mano aleve y atrevida una existencia benéfica prometida al progreso de su país natal; quita del torrente social una gran fuerza vital que deíba producir reformas saludables en las almas perversas, procurar una suma de moralidad que habría reformado las costumbres......No es ésto solo, sinó que mata en él, el germen de nuevas existencias, que por él debían venir al mundo, en el cual después de cumplir su destino, hubieran tal vez ingresado en el cielo á adorar al que es tres veces Santo.

¿Qué otra cosa hacen los tiranos de la tierra destruyendo ciudades, matando á centenares de hombres de bien, sinó retardar el progreso social, cegar la fuente de otras existencias inmortales, obstruyendo los efectos fecundos de la paternidad, sustraer al cielo nuevos pobladores de sus dichosas mansiones, ó arrojar al infierno una multitud de existencias que ahogaron sobre sus pecados y que no completaron aun su destino terrestre? Estos grandes asesinos de la humanidad detienen el curso y desarrollo de la naturaleza; cierran la entrada de este mundo á muchas almas que debían venir á él, creadas por Dios al llamamiento de la *paternidad* que han destruido; se sustituyen en el lugar de Dios, impidiéndole el ejercicio de su poder creador. Con su espíritu sanguinario sustraen á la humanidad una posteridad de cientos......y miles de hombres. Y si esa matanza se hace en grande escala ¿qué cifra enorme de existencias han detenido en la nada, qué número de almas han impedido á Dios que cree, cuantas generaciones hermosas han arrebatado á la esfera de los vivientes? De entre tantos seres suprimidos ¿cuántos debían penetrar en el cielo á adorar al Señor eternamente y á gozar de una dicha sin fin? A éstos les han robado *un bien* eterno causándoles por consiguiente *un mal* eterno. Todo esto señores, aparte de los males que han causado en este mundo (3)..........¿Y puede la justicia humana castigar como se debe, á estos monstruos de la humanidad y reparar con una justicia exacta los inmensos males causados á ella y á sus destinos eternos......No: porque aun fusilando á esos tiranos miles de veces, si esto fuera posible, la justicia humana se quedará incomparablemente á una distancia inmensa de la justicia reparadora.

¿Qué hace una mujer maligna que ahoga en su seno una criatura que recién se formaba? Detiene esa existencia en la

(3) Al oir tratar de bien absoluto, ó de mal eterno, algún racionalista, puede decir: Entonces hay dualidad divina, es decir, dos dioses?.. Pero cuan poco se fijan en la idea de que el bien absoluto se refiere á la bondad de Dios que premia y el mal á la justicia eterna del mismo Dios que castiga....Son tan desgraciados los sofismas racionalistas!! Es un mal absoluto con relación al condenado y un bien absoluto para el cielo, porque el castigo es el restablecimiento del orden eterno.

nada privándola quizá del beneficio del cielo, y á Dios de un adorador. Suprimiendo esa existencia, suprimo con ella el principio de causalidad que hubiera sido la fuente fecunda de otras existencias innumerables y dichosas ¿Y cuál de los mortales de esta tierra puede resucitar esas vidas?

Si muchas de esas almas debían ingresar en el cielo, las priva de un bien absoluto y eterno; porque privar á un ser de un bien absoluto que es el cielo es causarle un mal absoluto y eterno. La vida es un bien absoluto por la inmortalidad del alma y el que impide su entrada en el mundo le causa un mal absoluto, suprimiendo también con él la causa ó el germen de otras existencias inmortales, además del mal personal que en su individualidad ha consumado. ¿La justicia humana tiene poder para hacer que vuelvan á la vida esas existencias perdidas, para que entren en el juego solidario de su destino individual y social? Imposible: casi la totalidad de los crímenes más graves queda impugne en este mundo.

He aquí que los malvados no solo atacan el orden social sinó que trastornan los planes del Eterno; afectan el orden moral con consecuencias irremediables, quitan al cielo sus adoradores y agregan al infierno seres desgraciados. (4)

¿Qué hacen los ateos, los materialistas y tantos otros sectarios de errores, sinó propagar los males en la tierra, perdiendo innumerables almas con el influjo de sus malas y sofisticas doctrinas, sofocar la virtud en los corazones mejor dispuestos y arrebatar al cielo por su propaganda infernal muchísimas criaturas, para dirigirlas al reinado del eterno desorden?..........

Cuando esos malvados desprendidos de sus cuerpos por la muerte, comparezcan ante el Supremo Juez para dar cuenta de sus acciones, aquel Señor les dirá:—Ved los males eternos que habeis causado con vuestros crímenes: habeis suprimido para el cielo adoradores que yo deseaba, impidiendo la formación de nuevas existencias y poblando el infierno de almas infelices. Escuchad sus gemidos terribles é irremediables que hasta aquí se oyen y cuyos ecos lastimeros repercuten en los ámbitos de la eternidad, y los que debían existir para alabarme, duermen por

[4] Véase al fin la nota [A].

vuestros crímenes el sueño de la nada......Puse en vuestras almas la sed de lo infinito y habeis tenido hambre de mi justicia terrible. ¿Podeis reemplazar los frutos que habeis quitado al cielo? sacar de la nada las existensias que habeis detenido allí por vuestra culpa, resucitar à los que habeis dado muerte y reparar los males que habeis creado en el infierno?....¡Callais! .... Pues bien, sinó podeis hacer todo ésto, *id malditos* á sentaros en la noche del eterno dolor y á participar de la desdicha de aquellos á quienes habeis hecho desdichados eternamente!!!; «*Increpasti gentes et periit impius: nomen eorum delesti in* « *æternum, et in seculum seculi.* (Salmo 9°. v. 6°.): Reprendis- « te á las gentes y pereció el impío: borraste el nombre de ellos « eternamente por los siglos de los siglos».

Al sondear la vida del hombre hemos encontrado, pues, que los actos humanos producen en muchos casos un efecto absoluto y definitivo. El hombre es en cierto modo creador por el poder que Dios le concedió en este mundo, haciéndolo dueño absoluto de ciertas causas y de sus efectos definitivos y permanentes; porque puede producir por sus obras frutos eternos para el bien absoluto, así como para el mal absoluto.—Un malvado si pudiese, no solo mataría directamente el cuerpo de sus semejantes, sinó también su misma alma; y por medios indirectos realmente suprime almas, destruyendo la paternidad por medio del homicidio y de otros crímenes. Su intenciòn exaltada por su soberbia, ...por aquella soberbia que derribó los ángeles del cielo y causó la ruina del género humano, tiende á lo absoluto, á lo eterno, á lo infinito, y muchas veces alcanza lo primero y lo segundo. El criminal, borrando existencias é impidiendo el nacimiento de otras; sustrayendo al cielo almas que allí debían ingresar y arrojando al infierno otras que podían salvarse, se sustituye en lugar de Dios, usurpa parte de su poder absoluto, cambiando y alterando sus eternos planes y designios misericordiosos. Este tal ¿no merecerá el castigo eterno de sus crímenes, puesto que ha causado también males eternos?—Luego el castigo eterno que sufre el malvado impenitente en el infierno, es absoluta y lógicamente justo y en perfecta proporción con la gravedad de sus crímenes, porque siendo impenitente persiste complaciéndose

en los males eternos que ha causado.... (5)

Cuando después de la destrucción del universo, resuciten todos los muertos, al resonar la fatal trompeta, y sean llamados al gran juicio del Hijo de Dios, Jesu-Cristo, ¡cuánta suma de bienes eternos destruidos y cuánta multitud de males sin remedio causados por los mortales de esta tierra, desplegará el Señor ante nuestra vista atònita y llena de pavor!!!....«Discédite á me, « maledicti, in ignem æternum....(San Mateo, cap. 25 v. 41).

Hemos dicho que los malvados detienen por sus crímenes muchas existencias en la nada, según los casos que hemos expuesto anteriormente. Los adversarios de nuestra religión, pueden sacar de esto un argumento contra la institución de los monasterios y el celibato eclesiástico, diciendo, que las religiosas y sacerdotes, huyendo el matrimonio, obstruyen los efectos de la paternidad y cierran la entrada de este mundo á otros seres que quizá ingresaran en el cielo.

Contestaciòn: La facultad de constituir familia, mediante el matrimonio, es potestativa, voluntaria. Es un derecho cuyo ejercicio depende de la libre voluntad de cada individuo. ¿Podeis forzar á los millares de solteros y solteras que pululan en la sociedad á casar contra su voluntad? Os dirán: el casarse es un derecho esencialmente voluntario que nos concedió Dios, y nadie puede obligarnos á verificarlo so pena de atentado contra la libertad. Si esto es así ¿con qué facultad legítima querríais obligar á los religiosos de los conventos y á los sacerdotes á constituir familias? Siendo, pues, el matrimonio un derecho voluntario que depende de la libertad humana, cualquier hombre ó mujer puede perfectamente renunciar á ese derecho, á esa facultad, por otro acto de libertad. Por lo mismo que la sociedad conyugal, envuelve obligaciones fuertes y responsabilidades terribles respecto al destino de los hijos, cada uno debe pesar sus fuerzas, su vocación para abrazarla ó no abrazarla: está en su derecho. Pero los que como los asesinos, los tiranos quitan y arrebatan esos derechos por la fuerza, matando, ensangrentando su país con-

(5) "Mas, ¡hay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que " cerrais el reino de los cielos delante de los hombres!....pues ni vos-" otros entrais, ni á los que entrarían, dejais entrar."—(San Mateo, cap. 25 v 13.)

tra la voluntad de los hombres, esos malvados obstruyen las fuentes de la vida y detienen en la nada, sin derecho alguno, muchas existencias que debían ingresar en el mundo. Por consiguiente, la objeción que se hiciera contra las instituciones religiosas y el celibato eclesiástico apoyándose en los argumentos que he formulado contra los malvados, sería ridícula y pueril. Al contrario, los conventos y sacerdotes virtuosos ofrecen al mundo el ejemplo de una vida heroica, fuerte y hermosa, en que la libertad y la conciencia triunfan sobre las pasiones de un modo completo; en que el individuo consagra toda su existencia al amor de Dios.

Por otra parte, las órdenes religiosas y la carrera eclesiástica están basadas sobre el principio *de la libertad de asociación* que los mismos racionalistas proclaman como el primer derecho que forma la vida social y que es imprescriptible, inalienable y superior á la voluntad humana. Mientras una asociación no se ponga en oposición, mediante sus actos y reglamentos de conducta, con la moral y el orden público, el estado tiene el deber de respetarla y conservarla.

Después de esta digresión obligada en este asunto, sigamos el curso del razonamiento anterior interrumpido momentáneamente. Hemos probado la proporción que existe entre la pena eterna del condenado al infierno y la gravedad de sus culpas; culpas que producen males eternos. Veamos si en este mundo hay remedios que pueden reparar esos males eternos causados por el pecador. (6)

El criminal que volviendo sobre sus pasos se arrepiente y llora sus faltas con un dolor intenso de haber ofendido á su criador á quien principia á amar con extrema decisión, consigue el perdón; porque si bien él no puede reparar los males que ha causado por sus crímenes, suplica al Salvador, al Dios Hombre, que los repare con su poder absoluto y creador. Solo Dios con su inmenso poder puede remediar esos males. Ni el hombre, ni los ángeles, ni las fuerzas del universo entero son capaces de reparar los males que un solo hombre ha causado. Reflexionad sobre este punto con alguna profundidad y quedareis convencidos de mi aserción. El pecador contrito y humillado, que se entre-

(6) Véase al fin la nota B).

gaba antes al rigor de la justicia absoluta del Omnipotente, repentinamente vuelve sobre sí y se acoge bajo las alas poderosas de su misericordia infinita. ¡El Salvador ofrece por él, el precio de su inmenso sacrificio y el Señor lo perdona!!!

Si el Verbo no se hubiera encarnado, ni padecido por nosotros, fuera imposible la salvación de los pecadores y las puertas del cielo hubieran permanecido eternamente cerradas. Porque no pudiendo el pecador reparar los males absolutos que ha causado, no pudiendo pagar la enorme deuda que ha contraido en razón de que su potencia no alcanza esa altura, hubiérase condenado á pesar de su arrepentimiento, puesto que el rigor de la justicia y las leyes del orden moral exigen una satisfacción equivalente al daño producido. Ahora bien, Dios en su infinita misericordia proveyó á esta satisfacción por medio de los méritos de su Hijo Santísimo. Solo él tiene el poder de pagar esa deuda. Si profundizamos éste dogma aun más, descubrimos nuevos horizontes cuyas maravillas nos llenan de asombro y cuyos consuelos equivalen á nuevos actos de creación de parte del Dios Redentor.

En efecto, cuando un hombre por sus crímenes ahoga en la nada existencias que debían tener acceso en el cielo; cuando corrompiendo á sus semejantes los impele á su perdición...... Jesús verdadero Dios y verdadero Hombre, mediante su poder creador, repara esos males eternos (al resonar el llanto del arrepentimiento) dando fecundidad quizá á existencias inocentes para arrancar de ellas nuevas vidas virtuosas y conducirlas á su reino, reemplazando así en justa proporción las fallas causadas á su gloria por los pecadores arrepentidos.—Aun sin hacer esto, el Redentor puede llenar esa deficiencia causada por el hombre, con sola la adoración infinita que rinde á su Padre. En fin, no sabemos hasta donde alcanza su poder creador y reparador para satisfacer á Dios en lugar del criminal arrepentido que procuró males eternos. ¡Los pecadores se salvan, pues, por efecto de los prodigios que obra Jesús contínuamente mediante su misericordia infinita!!!...........

Sin el dogma de la Redención no se concibe cómo hubieran podido salvarse los hombres. Porque para la salvación del pecador Dios pide méritos, que no salgan de sí mismo, sinó del hombre. Y como éste en su miseria no tiene méritos dig-

nos que ofrecer ni bienes para reparar los males absolutos que causa, su suerte hubiera sido completamente desgraciada sin los méritos infinitos que pone de su parte Jesu-Cristo como hombre unido á Dios hipostáticamente. Esos méritos que salen de la humanidad santificada por el Verbo, son aptos para causar la salvación del pecador arrepentido; porque esos méritos supo extraer Dios, mediante su misericordia infinita, de la misma humanidad por medio de su hijo: «In quo habemus redemptionem per san« guinen ejus, remissionem peccatorum, secundum divitias gra« tiæ ejus: En el que tenemos la redención por su sangre, « la remisión de los pecados, según las riquezas de su gracia.» (Epístola de San Pablo á los Efesios, cap. 1º. v. 7º.)

PECADOS DE MENOR GRAVEDAD.

Y no se diga que por solamente aquellos pecados graves y nefandos puede condenarse el hombre. Un pecador impenitente que cometa otros pecados de menor gravedad, puede igualmente perderse para siempre. En efecto, el que ama su pecado aborrece á Dios, es decir, al bien Supremo, y lo renuncia. Quien renuncia á Dios se priva del bien absoluto haciendo la preferencia de un bien relativo y perecedero; y quien se priva del bien absoluto se acarrea un mal absoluto y eterno. Adviértase que esta renuncia es un acto de su libre albedrío; pues, nadie puede ser feliz uniéndose á un bien que repugna. Así como un hombre que mata su cuerpo, por medio del suicidio, no puede resucitarse á sí mismo; y de esa manera se priva voluntariamente de un bien que recibió, que es la vida; del mismo modo el alma que se suicida, odiando á Dios, sin cuyo amor ningún orden racional, ninguna vida moral puede concebirse, es ya impotente por sí misma para volver á la vida del bien sin la gracia divina. Los actos libres del hombre cuando ellos son consumados por una voluntad definitiva, por una resolución decisiva, toman un carácter permanente y eterno; porque desprendiéndose el pecador con toda la fuerza de su alma de la atracción de Dios, sale fuera de la órbita de su destino dichoso y cae bajo la atracción de su orgullo y pecado. El monarca de los bienes supremos, solo espera esos últimos actos que llevan

la fuerza de una determinación definitiva y final, para confirmar el destino futuro del hombre. (7)

Dios os da á escoger entre él y las criaturas, y vos escogeis las criaturas con desprecio de su majestad. Decís: «*no os quiero, prefiero las criaturas á vos*»......Renuncias lo infinito por lo finito con grave injuria; la bondad divina y su dicha eterna por seguir gozando en el pecado. ¿Qué quereis?......Dios acepta la renuncia......y qué renuncia!!....Os dice: sois libres, acepto vuestra renuncia; en virtud de vuestra libertad podeis gozar ó sufrir, elegir el bien ó el mal. Y como Dios ofrece cosas imperecederas y eternas, como no puede ser de otro modo, y nada á medias por ser un ente perfecto y absoluto, de aquí se sigue que la elección que hace el alma de su fin, es también eterna y absoluta: «*Tunc dicet et his, qui á sinistris erunt: Di-« cedite á me, maledicti, in ignem æternum qui paratus est dia-« bolo et angelis ejus:*—Entonces dirá también á los que esta-« rán á la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eter-« no, que está preparado para el diablo y para sus ángeles.» (San Mateo, cap. 25 v. 41.)

Si las penas del infierno no fueran eternas, resultaría el absurdo de que se dividiría la bondad divina en dos porciones, una para los buenos y otra para los malos; una para el cielo y otra para el infierno; pero el amor divino es uno como Dios; su justicia una, absoluta, é indivisible como él; y una como su esencia. Si su bondad se dividiese así, desaparecería toda idea de justicia, toda idea de bondad, y los malos y los buenos, el orden y el desorden se confundirían en un solo fin, en una sola consecuencia, lo que es el colmo del absurdo.

El pecador renuncia á su fin dichoso, que es Dios; y esta renuncia es indivisible, no puede renunciarlo à medias y con condiciones de mejorarse después de cansarse con el pecado; porque entonces esa renuncia sería injuriosa á Dios; sería una blas-

(7) Porque Dios con su *omnisciencia* prevé la intención futura de esas almas perversas, la persistencia de su voluntad en el mal. Dios no quiere permitir la perpetua repetición del crimen en el mundo y corrige á los delincuentes, así como un juez aprisiona y pone en interdicción con la sociedad al criminal que ataca el orden de cuya observancia resultan el bien individual y social.

femia horrorosa; porque el mal es uno absolutamente y diferente del bien; así como éste es único y no puede confundirse con el mal. En Dios está el bien absoluto y fuera de él no existe sinó el mal. El que se aleja voluntariamente del Señor, se aleja de la dicha y no puede hallar sinó el mal do quiera que camine: «*Firmamentum est Dominus timentibus eum.*» (Salmo 24 v. 14).—«Me autem proter innocentiam suscepisti: et « confirmasti me in conspectu tuo in æternum. (Salmo 40 v. « 13): Apoyo firme es el Señor para los que le temen.—Mas « me has amparado por mi inocencia, y me has hecho firme de« lante de ti para siempre.»

Avancemos más en esta materia. En cuanto á los pecados de menor gravedad, pueden decir los descreidos que no sería justo que Dios los castigue con una pena eterna, y que hay desproporción entre la culpa y la eternidad de la pena que se la impusiese. Contestemos á esta objeción.

En efecto, ¿qué es el pecado mortal con relación al agente, al ofendido y á su consecuencia? Vemos que el ejecutor del pecado es un ser vil, un miserable que ofende al más grande de los seres, á Dios, autor de su existencia, su conservador y dueño de recompensarlo ó castigarlo eternamente. La ofensa mide su gravedad por la dignidad de la persona ofendida. Así, si se infiere una injuria á un ilota, á un doméstico, no será tan grave, como cuando se injurie á un obispo, á un magistrado, á un ministro plenipotenciario, á un rey, ó al emperador de una gran nación. La ofensa va adquiriendo mayores proporciones de gravedad á medida que es dirigida á personas de más en más dignas y altas; y su gravedad aumenta mucho más si el ofendido es un bienhechor. Si ella es dirigida á Dios, nuestro Creador y Padre, ¿cuál es la proporción de gravedad que adquiere?

La ofensa es una relación negativa que tiene dos términos: el ofensor y el ofendido; lleva en sí la idea de esclusión, de odio y de repulsión de parte del primero hacia el segundo. Es un acto del espíritu que rechaza á otro de su amistad y amor, de su respeto y adhesión ....

¿Cómo puede ya el ofensor pretender vivir en la compañía de aquel á quien odia, ofende y repele? El mal que se hace á sí mismo el pecador impenitente por sus faltas graves,

aunque sea por un solo pecado mortal, es eterno; por la sencilla razón de que ataca al bien absoluto y eterno, que es Dios:—atacar el bien absoluto y eterno es rechazarlo y repugnarlo, y rechazarlo y repugnarlo es privarse de ese bien absoluto y eterno; y el que se priva de un bien eterno, se hace un mal absoluto y eterno. Luego, la pena eterna que castiga el pecado mortal, es justa y le es proporcional.

La felicidad nace del movimiento interno del alma, del amor libre y espontáneo de su corazón. El hombre se cree feliz uniéndose á aquél que ama y respeta; pero se considera desgraciado si se sujeta á un ser que detesta y ofende. Pues bien, si el alma del pecador impenitente lleva en su interior un sentimiento de oposición á Dios, ¿cómo puede labrar su dicha uniéndose con él, puesto que le aborrece? El modo de vivir, el modo de existir del espíritu, marcado por el odio ó el amor, determina la suerte futura del hombre, su fin eterno, mediante su libertad. Luego la ofensa hecha por el pecador á Dios, produce un mal eterno contra el agente; es un suicidio del alma que mata su vida moral; porque sale de la esfera del amor divino, es decir, de un medio de vida eterna, así como un pez arrancado del agua, que es su elemento de vida, perece prontamente.

Las leyes morales y religiosas impuestas al hombre, son la misma voluntad de Dios, presente entre nosotros; y el que pisotea esas leyes, ofende á Dios directamente, trastornando el orden moral y eterno que ha establecido mediante esas leyes. Ofende á un ser inmenso que se debe respetar y adorar no solo por su poder infinito, sinó también porque es nuestro creador, conservador, redentor y remunerador. Los medios de vida que recibimos, son dones gratuitos que él nos concede: la luz que nos alumbra y con la que vemos y caminamos; el calor que nos calienta, el aire que nos vivifica, el alimento que tomamos, son los grandes beneficios de nuestro Dios; cada respiración nuestra es un favor de la Providencia. ¿Y por qué nos hemos de alzar con estos beneficios en contra del benefactor, consumando la más monstruosa de las ingratitudes? Y adviértase que la paciencia del Creador es admirable en este mundo, puesto que el pecador impenitente en posesión y goce de todos los beneficios que

recibe de él á manos llenas, sigue ofendiéndole toda su vida sin intermisión.

Hay más.—Las leyes del orden moral establecidas por Dios son eternas en virtud de aquellas palabras de Cristo en San Mateo, cap. 24 v. 35: «El cielo y la tierra pasarán, más mis palabras no pasarán». Luego, esas leyes que deben regir á los seres racionales, durarán perpétuamente y sin fin. Ahora bien, el alma que se sustrae al imperio de esas leyes eternas, cuya obediencia da la vida eterna, se priva voluntariamente de unos medios de vida perpetua. Las condiciones de la vida dichosa y eterna del alma, están en la observancia de esas leyes; mas el que las repele, se asfixia moralmente saliendo de esos medios de vida eterna; así como el ave arrancada del aire y sumergida en el agua, que no es su elemento, muere inevitablemente. Luego el alma privada de ese medio eterno, de ese elemento eterno de vida moral, muere para el cielo eternamente (8). Nuestra existencia miserable sigue la suerte de los medios de vida que Dios ha puesto y es dependiente de ellos: si estos medios son eternos, la existencia es eterna, inmortal; mas si ellos son finitos y temporales, la vida es también mortal, como sucede con el cuerpo.—Los medios de vida del espíritu son las leyes eternas del orden moral y religioso. Si el alma no se alimenta con esos medios eternos, sinó con los perecederos y finitos, ella muere para el cielo y se queda en el desorden eterno. Los medios de vida hacen, pues, la existencia. El desorden y la desgracia del pecador, son también eternos por la fuerza de la lógica, porque son la negación del orden y de la dicha eterna, así como la negación del bien absoluto, es el mal absoluto. Lejos de Dios no hay más que la desgracia eterna; porque sinò decidme ¿fuera de Dios qué genio bueno, qué elemento de felicidad y de dicha, qué porción de bien pueden existir para templar lo absoluto de esa desgracia, la perpetuidad de ese desorden? «Y si tu mano « te escandalizare, córtala: más te vale entrar manco en la vida, « que tener dos manos é ir al infierno, al fuego que nunca se « puede apagar». (San Marcos, cap. 9 v. 43).

(8) Porque la vida en su sentido estricto y lógico, no es más que el orden, y la muerte es el desorden.

CAPÍTULO 16.

Adelantemos más la demostración del infierno, con los principios de la Ética que son decisivos en cuanto á la suerte final del hombre.

A la verdad, las ideas de orden ó desorden aclararán los horizontes del bien ó del mal eternos. Para fijarlas con precisión, procedamos á analizarlas rápidamente, pero con la exactitud que requiere esta materia importante.

¿Qué es el orden?......El orden es el imperio de ciertas leyes físicas ó morales, que rigen cierta clase de fenómenos ya sensibles, ya racionales, según que á ellas se hallan sujetos los hechos materiales, ó los actos espirituales. O mejor dicho, el orden es la relación y armonía en que deben estar los seres materiales ó espirituales con el *pensamiento creador*, con el plan divino del monarca del unirverso.

Respecto al hombre, el orden consiste en la conformidad de sus actos con el fin que le ha asignado la Providencia, es decir, con ciertas leyes que rigen su parte espiritual y material, y á las que debe obedecer. El que embaraza el cumplimiento de su propio fin ó el de sus semejantes, se separa del orden de la creación; se revela por un acto de soberbia contra su autor; es injusto para consigo mismo y para con sus semejantes; deshonra á éstos y se deshonra á sí mismo.

El orden, pues, de la naturaleza se manifiesta á la inteligencia humana por medio del estudio y de la contemplación de las cosas visibles. El orden moral y religioso, se halla formado por las ideas del bien, de la verdad y de la virtud; por aquellas doctrinas que el Verbo Encarnado enseñó al mundo mediante un acto de indecible amor.

Ahora bien, el orden moral es eterno porque se refiere al alma, que es inmortal é imperecedera. Los principios de aquel orden existirán mientras existan los espíritus; y como éstos son inmortales, de aquí resulta que las leyes por las que se gobiernan ó deben gobernarse, son también eternas. En el cumplimiento perfecto del orden, que no es otra cosa que la realización de la voluntad divina, están la dicha, la felicidad, el bien y la verdad; pero en el desorden están el mal, la desgracia y el

sufrimiento de los seres racionales; porque en último resultado, la vida del alma y la del cuerpo, no son más que el cumplimiento del orden espiritual y del orden material. Mas, si ese orden se interrumpe, ò mejor dicho, si los seres racionales se sustraen à su imperio por el delito, entonces se hacen desgraciados en razón de que han caido en el desorden; porque del desorden nacen los dolores, como sucede en el individuo y en las naciones. Así por ejemplo, una enfermedad física, no es màs que el desorden en que caen alguno ó algunos órganos del cuerpo; y la muerte es el desorden ó desorganización total de la máquina humana. Ese desorden para el alma, es también su descomposición moral y el trastorno de sus funciones espirituales por el pecado; de aquí resultan los padecimientos y dolores del espíritu. En una palabra, el orden origina la dicha y el bienestar físico y moral; el desorden produce la desdicha y el sufrimiento. De donde resulta, que el pecador rehusando el orden moral y sustrayéndose á su dominio, se hunde en la desgracia y en el mal. Si el alma persiste en la negativa de someterse al orden moral, que es eterno, necesariamente el desorden ó el pecado persisten en él, y por consiguiente permanece la desgracia.

No puede volver al orden por sí solo sin la acciòn del ordenador, es decir, sin la gracia divina unida al esfuerzo de su voluntad, así como una máquina destrozada es incapaz de funcionar por sí en el empleo que se le ha dado, sin que el maquinista la recomponga, porque ninguna sustancia material ó espiritual puede recobrar por sí el orden que perdió por ser ya inferior á ese orden. Pues bien, si el alma nunca invoca el auxilio divino para tornar al orden que perdiò, nunca tampoco saldrá del desorden en que se halla. De aquí para ella el mal eterno......el infierno. (9) En la eternidad ya no puede merecer ó desmerecer, porque una vez desprendida de su cuerpo, ya perdió el teatro de su acciòn, de sus méritos, pruebas y conquistas en el sentido del bien. Ese bien debía realizar en el tiempo, en el mundo que tiene tanta necesidad de él. En la eternidad ya no hay ningún bien que practicar; porque allí do-

(9) "Non dabit Deo placationem suam....et laborabit in æternum:" No podrá ofrecer á Dios una cosa que le aplaque....sinó que penará para siempre [Salmo 48.]

minan el bien absoluto ó el mal eterno solamente. ¿Qué bien que acción meritoria realizaría el bienaventurado en presencia de Dios, que es el bien absoluto? ¿A quién haría el bien, á Dios?... Este Señor no tiene necesidad de ese bien, puesto que es el bien en sustancia, el bien eterno. Luego, esa alma solo tiene que gozar de ese bien absoluto. El condenado, ¿en cuyo favor tendría que hacer el bien?....Ya hemos dicho que eso es imposible aun para los bienaventurados, y mucho más imposible sería para el réprobo que se halla en el desorden. Luego, la suerte del alma en la eternidad es definitiva y sin progreso. (10)

O quereis que el bienaventurado haga el bien á otros bienaventurados, es decir, un bien meritorio para hacerles adquirir más dicha? (11) Estos ya no tienen necesidad de que se les haga bien alguno, porque están en posesión de la soberana dicha, de su fin último y al cabo del término final de su carrera; más allá de Dios ya no hay progreso, ni más dicha, ni mayor bien. En presencia de Dios ya no está sometida el alma á ningún acto de prueba; ya no se halla entre dos escollos, como acá en el mundo; porque á la vista de Dios en el cielo, no hay ningún ser maléfico que tiente su virtud ya coronada, ni quién corrompa su corazón. Al contrario la visión de Dios y la sensación del bien absoluto, la absorben tanto y le hacen amar y adorar á Dios de tal manera que no puede jamás dejar de amarle, adorarle y admirarle. Este mismo razonamiento con mucha ventaja se aplica á los condenados, aun prescindiendo de la interdicción en que se encuentran respecto de los justos; interdicción que los imposibilita incomparablemente aun más que á los bienaventurados para la práctica del bien meritorio. Luego, la eternidad es la solución definitiva del fin del hombre y de su última suerte: «Y muchos de aquellos que duermen en el polvo de la tier« ra, despertarán: unos para la vida eterna, y otros para opro« bio, para que lo vean siempre». (El profeta Daniel, cap. 12 v. 2).—«Et ibunt hi in suplicium æternum, justi autem in vi-

(10) Mortuo homine impio, nulla erit ultra spe: El impío una vez muerto, no tendrá más esperanza. (Proverbios, cap. 11 v. 7°.)

(11) A diferencia del bien que hacen á los viadores de este mundo y á los del Purgatorio, por su intercesión, que es la comunión de los santos.

« tam æternam». (San Mateo, cap. 25 v. 46). E irán éstos al « suplicio eterno y los justos á la vida eterna.»

El eminente orador, el R. P. Lacordaire, en los sermones predicados en la iglesia de Nuestra Señora de París, al tocar este punto de la eternidad de las penas, dice, poco más ó menos lo siguiente, y que yo me permito comentarlo en parte:

« Se ha dicho: ¿Por qué el hombre culpable muerto sin « reparación para con Dios, no obtendría su perdón después de « expiar su culpa con sufrimientos proporcionados á ésta?...... « Si Dios necesita mil años para castigar un alma, él la ten- « drá mil años fuera de su seno, y cuando se le abran por fin « las puertas de la felicidad eterna, ¿quién podrá echar en cara « á la justicia el haber recibido con igual indiferencia al jus- « to y al pecador?»

Contestación del mismo: «Señores, el camino no cambia « el término»......El principio y la conclusiòn del mal y del bien, son eternos en presencia de Dios; porque él, es el término absoluto del bien, así como el mal eterno está fuera de su presencia; «y el tiempo por largo que sea no mutila la eternidad.» Decís que en la eternidad, puede expiar sus faltas el culpable miles de años para volver al seno de Dios; pero la eternidad es indivisible por cualquiera vía que se llegue á ella y se hace dueño absoluto del alma en el instante en que se apodera de ella. Por otra parte ¿cómo puede el ser espiritual expiar sus faltas en la eternidad cuando «ya ha perdido la hora de su libertad? Si su- « poneis que basta un cierto tiempo de sufrimientos para expiar « fuera de esta vida las faltas cometidas en ésta, caeis en un « error que destruye la noción del bien y del mal. La pena so- « la no expía nada; porque no cambia nada en el corazón; lo « que expía es la pena aceptada por el arrepentimiento».

Ahora bien, «el arrepentimiento del alma es un estado que « exige el concurso de dos cosas, la gracia y la libertad, y nin- « guna de las dos pertenece ya á la inteligencia, que ha salido « de las condiciones de la prueba por medio de la muerte».— La muerte pone al pecador en presencia de la Verdad absoluta é infinita que no le deja *elección*; porque la libertad en este mundo solo se ejerce cuando el hombre camina entre luces y tinieblas que hacen vacilar sus pasos, dejándole la elección entre el

bien y el mal y dándole ocasiones de combate; mas al frente de la Verdad absoluta ya no hay vacilación, ni duda; ya no hay elección, y por consiguiente no hay libertad, y no habiendo libertad ya no hay motivos de merecimiento. (12) Allí en la eternidad, él ve claramente, él sabe, él está seguro del mal que ha hecho en ofensa de un Dios infinitamente bueno y poderoso con una certeza que abruma su libre albedrío; y sin embargo no se convierte á Dios para implorarlo, porque llegó al tribunal de su justicia sin haber obtenido por la virtud la gracia divina; y esa gracia no puede pedirla á su Creador; «porque si le fuese concedida, « equivaldría al perdón que ha desdeñado, cuando podía alcan- « zarlo en este mundo. Y abrumado por la evidencia de sus crí- « menes, se sumerge en lo absoluto del dolor eterno, y blasfe- « mador perpetuo, rechaza hacia Dios todo lo que ve, todo lo « que sabe, todo lo que siente.»

« Segregada la cuestión de justicia, los incrédulos, apelan á la bondad de Dios, diciendo, él es bueno; su bondad es su primer atributo. Dios tendrá misericordia de un miserable pecador y no lo castigará eternamente.—Contestando á esta objeción el padre Lacordaire, dice literalmente lo que sigue:

« Es cierto, señores, un hombre no sería capaz de cas- « tigar eternamente, primero porque no comprende la eternidad, « y después porque sus virtudes son como su vida y reducidas « como su corazón. Vosotros invocais la bondad; ¿sabeis qué co- « sa es la bondad? ¿Sabeis que la bondad es la que sella la « reprobación de los pecadores? Quizá esto os sorprende, pero « escuchad.»............

« Vosotros confundís en vuestro entendimiento la idea de « bondad con la idea de un perdón siempre posible y siempre « otorgado, cualquiera que sea la perseverancia del malo en el « pecado; vosotros la convertís de esta manera en un adversa- « rio irreconciliable de la justicia, y destruís en Dios la unidad « necesaria de sus perfecciones......¿Qué es, pues, la bondad? La « bondad es el amor gratuito. Es bueno aquel que ama sin causa, « que ama el primero, que ama con ardor, que ama hasta mo-

(12) Lacordaire alude aquí á la libertad de contradicción y no al *voluntario necesario* que poseen los bienaventurados, que también se llama libertad de coacción ó de espontaneidad.

« rir; y tal es el amor de Dios. Dios no nos debía nada, puesto que nosotros no existíamos; no descubría en nosotros ninguna razón para amarnos, puesto que no teníamos nada hasta que él nos dió algo; su amor hacia nosotros, como hacia toda criatura, era un amor gratuito, un acto de bondad infinita. Pues bien, escuchad ahora, os lo suplico, el amor por bueno que sea, y me atrevería á decir, por ciegamente bueno que sea, siente siempre una necesidad que está en su esencia, y que es imprescindible: esta necesidad del amor....es la de ser amado. El amor lo perdona todo, excepto una cosa, que es el no ser amado .....Y si no es amado ¿qué hará?....¿qué hará? voy á decíroslo, robándoos á vosotros mismos, del fondo de vuestro corazón, el secreto del amor.»

« O yo me equivoco, ó vosotros habeis amado, aunque no sea más que una vez....Vosotros, pues, habeis amado, y yo supongo que hoy mismo se halla vuestra alma bajo el imperio de esta generosa y terrible pasiòn. Ella ha escogido, se ha dado, se ha consagrado completamente: pero ¡òh dolor! el don que habeis hecho de vosotros mismos ha sido rechazado. ¿Cuál será vuestro recurso? Vuestro recurso será cansaros, esperar contra la esperanza, creer en la eficacia de un sentimiento tan verdadero, tan fuerte como el vuestro. Doblad la rodilla si es preciso; doblegad vuestro orgullo; no os pareis ante ningún sacrificio para vencer la ingratitud y reducir la insensibilidad, Pero si por último no triunfais, ¿que hareis? Yo os daré un buen consejo sacado de un gran moralista; Labruyere ha dicho: «Cuando se ha hecho mucho, y cuando se ha hecho todo en vano para ser amado, queda todavía un recurso. el no hacer absolutamente nada.» Vuestro celo ha sido rechazado, ensayad el abandono. No quiero decir un abandono sincero, definitivo, sinó un abandono de prueba, en el que la ternura prepara la reconciliación. Después de esto, y si este último esfuerzo de vuestra alma ha sido inútil, ved lo que os sucederá un día: vosotros os direis: Ea, sé hombre, no abuses por más tiempo de esta facultad de amar que el cielo te ha concedido, vuelve á la razón, toma tu alma y retírate. Esta es la historia del corazón humano en el amor y tal es también la de Dios. Porque en el cielo como en la tierra, el amor no tiene

« más que un nombre, que una esencia, que una ley, que un efecto.»

« Dios os ha querido desde la eternidad; vosotros no « érais nada para él, nada para el universo, nada para vosotros « mismos: él os ha escogido antes que existiérais. Este cuerpo, « cuya gracia profanais, os lo ha dado como un vaso antiguo « que sale puro de manos del estatuario: él ha abierto vuestros « ojos para que lo viérais en el mundo antes de verlo en su « sustancia: él ha agujereado vuestros oidos para que oyeseis su « voz, y ha rasgado vuestros labios para que pudiérais respon- « derle. Dentro de esta preciosa fábrica de sus amorosas manos » « ha colocado una luz viva que se alumbra á sí misma; y cu- « yos rayos tienen afinidad con su propia luz, á fin de que una « y otra se busquen para juntarse un día en el éxtasis de una « misma llama, y una misma eternidad. Pero vosotros, hijos « ingratos de una piedad tan gratuita, vosotros habeis huido del « amor que no os pedía más que amor. Vosotros habeis recon- « centrado en vosotros mismos la adoración que le debíais á él; « habeis cerrado vuestros ojos para no verlo, vuestros oidos para no « oirlo, vuestros labios para no responderle, y perdidos en el ex- « ceso de un cobarde egoismo, habeis preferido vivir en los vicios « y la desgracia antes que esperar de él con una paz inalterable « la hora de su última revelación. Dios se ha afligido; ha temido « que había hecho muy poco por vosotros, y saliendo de las « sombras que había amontonado á su alrededor, ha venido á « poner ante vosotros su persona, su voz, sus actos, su vida, y « como si esto no fuese suficiente ha muerto á vuestra vista « crucificado por vuestras propias manos. Hecho esto por todos, « se ha armado contra cada uno; él sigue á la humanidad alma « por alma, día por día y hasta la última hora; vencido y des- « preciado, recoge su amor y se va para siempre. Porque el « *amor*, (así es su ley) no cruza dos veces las mismas costas, y una « vez que ha salido de ellas, nunca vuelve á visitarlas. Dante « ha puesto en la puerta de su *infierno* esta famosa inscripción»:

« Por mí se va al dolor eterno.—Por mí se va á la ciu- « dad del llanto.—Por mí se va á la nación perdida .. Aban- « donad la esperanza los que entrais».

« Si solo la justicia hubiese abierto el abismo, aun ha- « bría remedio, pero lo ha abierto también el *amor*.... Cuán-

« do condena la justicia, se puede recurrir al amor, pero cuan-
« do es el amor el que condena, ¿á quién se recurrirá?......Tal
« es la suerte de los condenados. El *amor* que ha dado su san-
« gre por ellos, ese mismo amor es el que los maldice. ¡Y
« qué! un Dios habrà bajado á la tierra por vosotros, habrá
« tomado vuestra carne, hablado vuestra lengua, tocado vuestra
« mano, curado vuestras llagas, resucitado vuestros muertos; ¿qué
« digo? ¡Un Dios se habrá entregado por vosotros á los la-
« zos y á las injurias de la traición, se habrá dejado desnudar
« en una plaza pública entre ladrones, atar á un poste, azo-
« tar con varas, coronar de espinas; habrá muerto por último
« en una cruz!....Y después de ésto, ¿creeis que os será per-
« mitido blasfemar y reir, y entrar sin temor en el banquete
« de vuestros deleites? Oh! no; desengañaos, quitad la venda
« de los ojos, el amor no es un juego; Dios no ama impug-
« nemente hasta el patíbulo. No es la justicia la que no tiene
« misericordia, sinó el amor que es implacable. El amor es la
« vida ó la muerte, y si se trata del amor de Dios, es la vida
« eterna ó la eterna muerte.»

Los partidarios de la palingenesia que consiste en supo-ner el viaje de las almas de mundo en mundo, mediante encarnaciones sucesivas, quieren que éstas adquieran en esas nuevas vidas imaginarias los méritos que perdieron en ésta, pero en el capítulo siguiente tendré el honor de cerrarles el paso con argumentos decisivos.

CAPÍTULO 17.

Refutación rápida del sistema de la trasmigración de las almas de planeta en planeta, de mundo en mundo.—Razones varias.—Argumento nuevo y contundente que lo desbarata y en que se prueba su imposibilidad absoluta.

No vale el decir que las almas, viajando de mundo en mundo, se reformarán y mejorarán en sus condiciones morales. El malvado á fuerza de obrar siempre el mal, ha contraido un hábito pernicioso que imprime á su alma un modo de ser particular, una segunda existencia, una segunda naturaleza, impreg-

nada del mal.—Si esta alma, dejando en este mundo su envoltura material, volara á otro planeta á reencarnarse en un segundo cuerpo, no podría destruir por sí su modo de ser anterior, ese primer impulso que se dió en este planeta y que la impele á los vicios. Allí reproduciría la misma vida criminal y así sucesivamente en los demás mundos, llegando á acumular tantos crímenes, que su exceso espantaría al más horrible monstruo de iniquidad que hubiera en nuestro planeta.—Es difícil romper los anillos de acero con que el hábito del mal encadena el espíritu del hombre perverso. Así como los alimentos hacen el cuerpo, del mismo modo las acciones buenas ó malas hacen el espíritu. Así como la dirección y conservación de aquél dependen de la clase de alimentos que usa y de la Higiene, asi mismo la conservación y dirección del alma depende de sus ideas, sentimientos y actos.

Atendida la constitución del alma, ésta resiste algún tiempo á la muerte moral con que los vicios y crímenes la amenazan; pero llega un momento en que esa resistencia se agota y entonces sucumbe el alma ante enfermedades morales, cuya gravedad es enorme, al modo que el cuerpo perece al golpe de una enfermedad que lo desorganiza. Así como el cuerpo solo resiste á cierto número de enfermedades mientras vive y por último sucumbe á la última, y su resistencia no se extiende más que hasta cierto punto; así también el alma, ser finito en su potencia, aunque inmortal en su existencia, no puede resistir sinó á cierto número de vicios, pero llega una última enfermedad, un último vicio, al cual sucumbe definitivamente, y su muerte es irremediable. ¿A qué hacer viajar este cadáver espiritual por otros mundos? ¿Quién lo resucitará? ¿Iría á otros orbes á blasfemar, como aquí lo hace, iría á contagiar á otros seres con la fetidez de su descomposición moral é infestar los planetas?

¿Los sectarios de la palingenesia, quieren que esas monstruosas almas, esos ateos, aquellos malvados y otros criminales viajen por los mundos siempre insultando y blasfemando el santo nombre del Señor y contagiando con su detestable ejemplo el universo? ¿Desean la eternidad para seguir ofendiendo y burlándose del Santo de los santos? No lo conseguirán: el Omnipotente sepultará esos cadáveres de almas en la cárcel de la

impotencia y del eterno dolor!!: Por eso dice el apóstol: «Está decretado que los hombres mueran una sola vez, y después el juicio». (A los Hebreos, cap. 9 v. 27).

Advertid, pues, que la libertad humana es la obra más maravillosa que existe entre las cosas creadas; porque es un poder que está al lado del poder absoluto de Dios; es una potencia que en cierta manera contradice la voluntad divina. Es una fuerza que consiente el Omnipotente al lado de su fuerza infinita. Al frente del poder absoluto é infinito de Dios no pudo existir un poder, como la libertad humana, oponiéndose tantas veces á su voluntad, pero existe por un prodigio del creador.

Mas hay que notar que este poder humano de hacer el bien ó el mal, no puede existir indefinidamente en el tiempo y en la eternidad; porque entonces, teniendo el hombre la potencia de contradecir eternamente la voluntad divina, sería otro Dios, puesto que la resistencia á esa voluntad, sería eterna como Dios. Según el sistema de la palingenesia, quieren sus partidarios que las almas emprendan por sí mismas, sin el auxilio de la gracia, una perfección siempre creciente al través de los mundos. Mas como el hombre está á distancia infinita de su creador, jamás podría, mediante sus esfuerzos personales, salvar esa distancia infinita. De aquí resultaría la consecuencia insensata de que el pecador tendría la potencia de contradecir la voluntad divina eternamente y de que existirían en el universo dos genios, el del Bien y el del Mal, en perpetua lucha, es decir, dos dioses, lo que es el colmo del absurdo. La libertad ha sido concedida por un tiempo limitado, como un medio de prueba para merecer ó desmerecer. De donde se sigue que el alma desprendida de su cuerpo y entrada en la eternidad, ya no puede tener libertad para obrar el mal, para hacer daño á otros seres. Su libertad solo se reduce al deseo del mal en el infierno; por consiguiente el alma es juzgada definitivamente y tiene que cesar el mal.

Ahora bien, una vez que un alma separada del gran principio de vida que es Dios, ha muerto ¿puede este cadáver espiritual continuar viviendo por reencarnaciones en los demás mundos? Qué fin tendría su existencia privada de virtud, sin que pueda rendir al Creador el homenaje de su inteligencia y de su

voluntad? ¿Acaso los vicios y los crímenes tienen también un fin moral que cumplir en el universo?

¡Quereis que ese cadáver espiritual resucite en otro planeta á la vida moral, encarnándose en otro cuerpo! .....Pero ¿de qué virtud ò poder le vendrá la resurrección?......De Dios? Mas en ese caso le daría nueva vida que equivaldría á una nueva creación. ¿Y qué mérito puede tener esa alma para su resurrección, ó resucitada moralmente para obtener el premio de una vida mejor? Aun hay más; cada resurrección de esa especie que operase Dios del alma criminal en los planetas, vendría á reducirse á una sola prueba terrestre, como la que sufrimos en este mundo; porque cada resurrección sería una nueva creación, una nueva animación, lo que equivaldría á volver al punto de partida. (1)

Avancemos más en el razonamiento.—Se me ocurre un argumento atlético contra este sistema de reencarnaciones, al que no se puede contestar. En efecto, según esta hipótesis, el alma en cada encarnación, se aplanaría, se empequeñecería al nivel de un niño que recién nace. Para probar ésto sigamos paso á paso, bajo la luz de los principios sicológicos y biológicos, el desarrollo del hombre desde su nacimiento. ¿Qué sucede con él desde su entrada en el mundo? ¿Cómo se desenvuelve?....Su cuerpo recibe el espíritu de animación, es decir, el alma. Ésta forzosamente tiene que progresar juntamente con su cuerpo. El alma es una sustancia simple que no obtiene una vida completa mientras su parte física no se desenvuelve.— Poco á poco á merced del crecimiento del cuerpo, adquiere ideas, adquiere actividad. El desarrollo de ambos elementos componentes, es simultáneo; hay paralelismo en su desenvolvimiento. El alma en el progreso de su actividad, está subordinada al desarrollo de sus órganos, así como el cuerpo lo está al desarrollo de su parte espiritual. El alma sola no forma la vida del hom-

(1) Por otra parte, según la opinión de los astrónomos, los demás planetas tienen condiciones de vida y de habitabilidad distintas de las nuestras. De suerte que pretender estos viajes y trasformaciones, es lo mismo que querer que un *pez* se vuelva *ave* ó una *ave reptil*. Ningún ser puede saltar de la esfera de vida en que Dios lo ha colocado para vivir en otra: "*Natura non facit saltum*," (aforismo de los naturalistas.)

bre, ni el cuerpo solo constituye el ser humano. Este se halla compuesto de ambas partes necesariamente: la existencia del hombre resulta, pues, de la concurrencia de dos elementos distintos, el alma y el cuerpo, así como su vida, es decir, su actividad, su movimiento en el camino de la perfección, depende de la acción simultánea de ambos; puesto que el hombre no es una pura creación espiritual, sinó mixta. El alma sigue el desarrollo de su cuerpo; no es sinó con el auxilio de éste que forma sus ideas, sus concepciones, hasta completar su progreso.

El alma cuando recièn comienza á informar su cuerpo, es una sustancia simple, sin conciencia, sin ideas, una fuerza espiritual que aun no obra como debe obrar, no tiene una actividad conveniente. Cuando se dice que crece el espíritu, no se quiere decir que su sustancia aumenta, sinó que crece su actividad, que adquiere mayor extensión y amplitud en obrar, en pensar, en entender, en sentir; que despliega su acción cada día más, la que crece juntamente con su cuerpo y llega después al conocimiento de sí mismo, de su yo. Esta actividad no se incrementa sinó con el progreso de sus órganos y sentidos materiales. Hay, pues, correlación, solidaridad, en el desarrollo de ambas sustancias, de ambas actividades física y moral.

Pues bien.—Si este es el *modus vivendi* del hombre, veamos lo que sucedería con el alma en el sistema de las reencarnaciones. El alma desprendida de su cuerpo iría á informar el cuerpo de un niño en otro planeta, nacido de otra madre. Forzosamente ese espíritu tiene que empequeñecerse hasta el grado embrionario de su cuerpo, es decir, tiene que volverse niño como el cuerpo que anima; de otro modo perdería su naturaleza humana; y por añadidura asumiera la inocencia y el candor infantil, después de haber sido quizá en su vida anterior un gran criminal; y esto sin mérito ninguno. ¿Asì se chancea la seria filosofía de los modernos con los principios de la ciencia? ¡He ahí la vida humana reducida á un sainete y á las ficciones de una comedia!!!

De aquí resulta que las almas, según ese sistema absurdo, tendrían que volver al punto de partida de su progreso, al comienzo del camino que ya recorrieron; tendrían que desandar en cada encarnación todo lo ya andado para volver á principiar

su desarrollo junto con su cuerpo; para adquirir nuevamente actividad, educación, instrucción......Porque si se nos dice que esas almas están ya ilustradas con las ideas de su vida anterior, y que deben solo continuar su progreso, yo les digo que eso es imposible según las leyes sicológicas, morales y fisiológicas que he comprobado anteriormente y que son inherentes á la existencia del hombre. Son leyes sin las cuales es imposible concebir la existencia y desarrollo del ser humano; porque quien dice hombre, dice un compuesto de dos sustancias, espiritual y material, unidas íntimamente en una comunidad de existencia y de progreso. Y adviértase que estas leyes están confirmadas por la experiencia de todos los siglos, de todas las épocas y de todas las edades de la especie humana, sin ninguna excepción: el alma, pues, tiene necesariamente que principiar su progreso juntamente con su cuerpo á partir del nacimiento de éste; porque de otro modo el hombre ya no sería creación mixta, sinó de otra naturaleza; y siendo de otra naturaleza sería una creación nueva; y siendo una creación nueva ya no sería la continuación de su primera existencia y de su personalidad, circunstancia indispensable é imperiosa para que se verifique el progreso de un ser racional. Y agréguese á esto, que por confesión de los adversarios, esas almas en sus viajes de circunnavegación por los mundos, pierden la memoria de las vidas anteriores, y por consiguiente de sus acciones buenas ò malas, de sus dolores y virtudes. Y esta confesión de los preexistencionistas, confirma aun màs mis aserciones precedentes.

Así, pues, según este soñado sistema, se daría el fenómeno monstruoso de que un hombre reencarnado, podría ser sabio desde su niñez. Pero ¿en qué pueblo de nuestro planeta se ha presentado un niño de dos ó tres años con los conocimientos de un sabio? Ya que decís, señores Pezzani, y Flammarión......que nosotros hemos venido á esta tierra de un mundo anterior, mostradme la prueba que acabo de reclamaros.

Luego, según el sistema palingenésico, el progreso de las almas al través de los mundos, es imposible. En cada planeta, en cada etapa de su viaje, retrocederían al punto de partida para emprender un trabajo cada vez nuevo, cada vez más desconocido. De aquí resulta que en último análisis la palin-

genesia en sus pretensiones viene á reducirse á la única prueba terrestre que se manifiesta en nuestro planeta; porque debiendo hacer el alma en cada mundo una vida nueva desde el estado embrionario, la última vida sería la única verdadera. Y consistiendo el progreso en el crecimiento gradual de la actividad del hombre, éste no puede progresar sinó continúa viviendo de las condiciones y personalidad que en su primera existencia revistió. Luego, para progresar no necesita reencarnarse en otros mundos, reencarnaciones que matarían el progreso, sinó que ha menester recobrar la inmortalidad de su cuerpo; mas la muerte de éste vino por el pecado. He aquí como se explica claramente la perfección primitiva y original que el Génesis atribuye á nuestro primer padre antes de su desobediencia. He aquí como ese primer hombre salió directamente de las manos de Dios con la perfección posible; pero que ese progreso colosal que comenzaba Adán á partir de esa perfección, se interrumpió por su delito. Dichos actos de perfección hubieran sido otros tantos goces puros para él sin ninguna mezcla de dolor y fatiga, por que conservando ese orden perfecto con que Dios dotó su alma y su cuerpo, éstos no habrían experimentado ninguna pena, ninguna amargura bajo el dulce reinado de ese orden, de esa armonía; su vida se hubiera deslizado deliciosamente en medio de la santidad más hermosa; puesto que los padecimientos solo nacen del desorden. Adán antes de su pecado, tuvo perfecto dominio sobre todos los órganos de su cuerpo y la salud obedecía á su fuerte voluntad dócilmente; todas las funciones de su alma seguían los impulsos del amor divino y en medio de esas fruiciones no sentía el espíritu ninguna fatiga, ni trabajo. Mas cuando cayó en desgracia, en desorden, privándose de la gracia original, Dios aisló una parte de su cuerpo del imperio de su voluntad, es decir, aquella parte que sirve de instrumento á las funciones de la vida vegetativa ó de conservación. De aquí las enfermedades y la muerte. El desorden sembró la discordia tanto en el alma y el cuerpo, como entre las mismas potencias del espíritu, así como en una máquina desordenada, las piezas y resortes chocan confusamente y sin concierto. Por consiguiente hay una sola muerte y por lo mismo una sola vida.

« Irá el hombre á la casa de su eternidad....cuando

« torne el polvo á su tierra de donde era y el espíritu vuelva « á Dios que lo dió: (Eccles. cap. 12 v. 5 y 7).—Porque sa- « bemos que si nuestra casa terrestre de esta morada fuere des- « hecha, tenemos de Dios un edificio, casa no hecha de mano, « que durará siempre en los cielos».—(Epístola 2ª. á los Corintios, cap. 5 v. 1º.)



NOTAS.

(A) Una objeción, he oido formularse en estos términos: « ¿«Para qué alarmarse de la supresión de existencias humanas cau« sada por los crímenes de los hombres? pues éstos no produ« cen males eternos; porque las fuerzas de la naturaleza pue« den reproducir otras existencias en reemplazo de las que se « han perdido, bajo otras formas»..........Esta objeción toca « en lo absurdo..........En efecto, siguiendo esta lògica, llegaríamos á la siguiente conclusión: Si la naturaleza, como curadora, corrige y enmienda los crímenes y males obrados por los malvados, éstos tienen el derecho de pedir su impugnidad y de sustraerse al castigo de sus iniquidades.... Con esta doctrina horrorosa habría que echar abajo la legislación penal; abajo los principios de la justicia, del derecho y de la moral; abajo los poderes sociales que los administran ...Aun viniendo al caso concreto, diremos, si el número de las entidades productoras de la especie humana se destruye en parte, es imposible que las que quedan, puedan producir tanto como las que antes existieron. Por ejemplo: hay en una población *veinte energías vitales* que pueden producir frutos como *ochenta*; si de ellas se neutralizan diez, es claro que los efectos de las otras diez que quedan, serán inferiores á los de las veinte que antes existían. Suprimid de la cantidad de semilla que sembrais en un terreno, una tercera parte, vuestra cosecha disminuirá en la proporción de la simiente destruida. Y adviértase que la neutralización de las fuerzas vitales en la humanidad es irremediable, porque ni los poderes sociales juntos, ni las fuerzas del universo, son capaces ya de hacer reaparecer las vidas destruidas, ni los frutos que podían producir. De aquí resulta que esos males son eternos; porque Dios puso en manos de la libertad humana el manejo de las causas y de sus consecuencias; lo hizo al hombre rey de su destino y casi un dios de su propia voluntad; le dió el poder de dominar la naturaleza, de modificar ciertas existencias y de destruirlas, sin que se pueda reemplazarlas; y como la voluntad dominadora del hombre es superior á las cosas dominadas, de

aquí resulta, que el poder humano prevalece siempre sobre éstas. Y si las fuerzas de la naturaleza adquieren reacción para obrar mediante el juego de sus leyes, empero esta reacción se manifiesta solo en las fuerzas vivas que han sobrevivido, y no en las que están ya neutralizadas por el hombre. Luego muchos de los males que causa el hombre por su poder destructor, son eternos........ ...

(B) Alguno, empujado por el sofisma, diría por ejemplo: Un asesino no prevée todos los efectos de su hecho y por eso no es responsable sinó hasta donde va su intención.—Yo contesto:—Si ese absurdo se admitiese, se presentaría, por ejemplo, un reo ante su juez y le diría: «Señor, dispense usted; yo no tenía intenciòn de matar à Juan al dar la muerte á Pedro; y la bala que hirió á éste dió muerte á Juan sin que lo prevea; por esto yo no soy responsable de la 2ª. muerte......Además, Señor: yo ignoraba que mi víctima tuviese esposa é hijos, por consiguiente, yo no soy responsable de los males que mi delito ha causado á esa familia. El Júez le dirá: desgraciado, no ultraje usted el sentido común: el que pone en acción una causa es responsable de todos sus efectos: usted ha quebrantado no solo la voluntad del legislador, sinò también la voluntad eterna de Dios que le prohibe asesinar: usted con su orgullo ha pisoteado la dignidad de esa ley eterna, espresión de la voluntad divina. Roto por usted el dique que se oponía al desorden y á los males, se han derramado las consecuencias; porque los actos malos del hombre, atacan no leyes aisladas, sinó leyes de relaciòn y de solidaridad.

Si fuese cierto el argumento que refuto, diríamos también lo siguiente: ¿Por qué un hombre que ataca su estómago con alimentos y bebidas nocivas, siente que se le resienten otros òrganos más, por ejemplo, el hígado, el pulmón, &? Siguiendo la lógica de nuestros adversarios, tendría este individuo el derecho de decir á Dios: «Señor, yo no he tenido intención de dañár mi hígado ni mis pulmones, sinó solamente mi estómago; por consiguiente los males que han afectado á estos órganos, son indebidos é injustos.» No atropellemos la razón de un modo tan poco digno de nosotros, porque siguiendo este camino, podríamos llegar al absurdo más repugnante.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR:

Somete á censura la obra científica que presenta.

Manuel María Alcócer, cura ecónomo de la Compañía de Jesús de esta ciudad, ante U. S. Iltma. con profunda veneración, comparezco y digo: que deseando completar las «Conferencias Científico-Religiosas que prediqué en la Capilla del Seminario de San Luis de Gonzaga y en el templo de la Compañía (que ya han visto la luz pública), he trabajo un Apéndice que debe reintegrar la 5ª. Conferencia relativa al dogma del Infierno, bajo el título de *Misterios de Ultratumba*: y como dicho Apéndice debe publicarse también, ocurro á la alta ilustración de U. S. Iltma. para que se digne revisarlo y censurarlo.—Es lo que A. U. S. Iltma. suplico, &.—Cochabamba, julio 2 de 1886.

Manuel María Alcócer.

Obispado de Cochabamba, julio 2 de 1886.

Pase la obra de que se hace mérito á la censura de nuestro párroco de Cliza y profesor de S. Teología Dr. D. Daniel G. Quiroga.

El Obispo.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR.

Informa.

He leido el «*Apéndice al tratado del infierno*, bajo el título de «Misterios de Ultratumba», que U. S. Iltma. se ha servido pasarme en censura, escrito por el Sr. Cura Dr. Manuel María Alcócer; y habiéndolo examinado con mucho cuidado, he visto que su contenido no compromete en nada los dogmas y enseñanzas de nuestra Santa Madre la Iglesia; y que al contrario, las consideraciones filosóficas aducidas por el autor, manifiestan, que este punto de la doctrina católica es accesible á la comprensión de la razón y hasta del sentido común. Además, el tratado mencionado contiene elevadas explanaciones convenientemente arrancadas de las ciencias naturales y que llevan mucha luz á varios puntos oscuros del dogma merituado. En su mérito, puede U. S. Iltma. ordenar su publicación sin inconveniente ninguno; salvo el mejor parecer de U. S. Iltma.

Cochabamba, 5 de julio de 1886.

Ilustrísimo señor.

Daniel G. Quiroga.

Palacio Episcopal en Cochabamba, á 6 de julio de 1886.

Vista la anterior censura, permitimos la publicación por la prensa, del «Apéndice» de que hace mérito nuestro párroco ocurrente; renovando la recomendación que al respecto tenemos hecha, en especial al V. clero y á la juventud estudiosa, en nuestro decreto de 16 de octubre del año pasado.

P. Devuélvase.

El Obispo.

P. O. de S. S. Ilustrísima.

R. Arébalo.

Prosecretario.

APENDICE

AL TRATADO DEL INFIERNO.

MISTERIOS DE ULTRATUMBA.

CAPÍTULO 1º.

El fuego del infierno es material?—Opinión de Santo Tomás sobre esta cuestión.—El cuerpo humano sufre, solo por la presencia del alma, y sin ella es inerte.—El alma separada de su cuerpo. no va fuera de la creación.—Doctrina del Dr. Angélico acerca de este punto.—El universo ofrece al alma en cualquiera de sus partes, vehículos para el tránsito de las sensaciones.—Es posible la unión del alma con el fuego material?—La comunicación del alma con el mundo exterior, no depende siempre de la forma del cuerpo, sinó de la propiedad esencial de sus elementos constituyentes, y los que se hallan difundidos en la naturaleza.—La visión de la primera causa conduce al conocimiento y percepción de sus efectos.—De que el hombre tiene el poder de unir lo espiritual á lo material en este mundo, se saca la conclusión de que Dios puede trasmitir al alma la sensación del fuego.

«Discédite á me, maledicti, in ignem æternum»: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno. (S. Mat. cap. 25, v. 41). Santo Tomás inquiriendo sobre la calidad de este fuego, en el Suplem. quest. 70, artº. 3º., dice: «Responderemos, que supuesto que el fuego del infierno no sea llamado así metafóricamente, ni fuego imaginario, sinò verdadero fuego corpóreo, es preciso decir, que el alma sufrirá penas de este fuego corpóreo, puesto que el Señor dice, que ha sido preparado para el diablo y sus ángeles (Matt 25.) que son incorpóreos como el alma misma».

En el infierno hay dos penas: la de daño y la de sentido. La primera consiste en la privaciòn de la vista de Dios, y la segunda en el fuego que atormenta á las almas condena-

das por la justicia divina; pero ¿cómo puede el fuego material quemar y hacer sufrir un espíritu? Hablemos algo sobre este particular.

Aquí en la tierra el alma experimenta la sensación del calor al través de los órganos del cuerpo, que son para ella vehículos de sensaciones. Estas, mientras su paso por los órganos, son materiales; pero en llegando al espíritu, se espiritualizan en cierto modo, afectándole simplemente por la percepción. El sufrimiento que producen en él (siendo nocivas), es tan fuerte, que su intensidad le hace lanzar gemidos articulados por la lengua, los ojos, &., que no son otra cosa que los efectos del padecimiento espiritual. El cuerpo por sí solo y separado del alma es materia inerte é insensible; solo con la presencia de aquella está animado. La sensibilidad del cuerpo, no reside virtualmente en éste, sinó en el alma, de la que saca esa propiedad. De suerte que no es sinó por la compañía del alma que el hombre padece el dolor, causado por el contacto del fuego; el cuerpo separado del alma, es un cadáver inerte.—De aquí resulta que lo que hace experimentar al espíritu la sensación del calor, es la simple percepción, la idea del fuego que se halla presente. Es así que el alma avezada en este mundo á percibir la sensación del calor, debe en la eternidad conservar viva la idea del fuego y por lo mismo la simple presencia de éste, es bastante á hacerla experimentar su impresión dolorosa.

Puede decir alguno: después de la muerte del cuerpo, el alma está separada de éste, y por consiguiente, suprimiéndose el vehículo ó conductor de la sensación, ya no debe padecer ningún dolor físico. En contestación digo: que aparentemente este argumento parece *contra producentem* en esta materia difícil; pero si se reflexiona mejor sobre el fondo de esta cuestión, resulta lo contrario. En efecto, para que el alma pueda padecer con la sensaciòn del fuego, es menester que tenga á su disposición un vehículo, un conductor de esa sensación; esto es cierto......pero veamos si el alma puede en lo absoluto carecer de ese medio, y para el efecto sondeemos algo la creación.

A la verdad, el alma después de la muerte de su cuerpo ¿á dónde irá? A la eternidad, que no es otra que la du-

ración perpetua de su destino final, la persistencia de un estado futuro. ¿Irá fuera de lo creado? No: porque fuera de lo creado solo Dios existe, así como dentro de él. Luego debe permanecer dentro de la creación visible, es decir, en el seno del universo. En confirmación de esta opinión, Santo Tomás, en el Suplem. quest. 69, artº. 1º., dice: «Responderemos « que aunque las sustancias separadas, según su ser, no dependan del cuerpo, sin embargo las cosas corporales son gobernadas por Dios mediante las espirituales, como dice San Agustín. (De Trin. I. 3. C. 4 y 5) y San Gregorio (Diálog. I. « 4, C. 5). Por lo cual hay una relación de conveniencia entre las sustancias espirituales y las sustancias corporales, de « tal suerte, que á las sustancias más dignas sean adoptados cuerpos más dignos......Mas aunque *á las almas después « de la muerte no se asignen algunos cuerpos de que sean* formas ó determinados motores, se les determinan sin embargo « algunos lugares corporales por cierta congruencia, según el grado de dignidad de ellas, en los que están como en un lugar « al modo que las incorporales pueden estar en un lugar, según « que se aproximan más ó menos à la primera sustancia, á cuyo lugar superior son destinadas por congruencia, esto es á Dios, « cuyo asiento denuncia la Escritura ser el cielo (Psalm. 102, « C. Is. 661). Y por esto decimos que las almas que participan perfectamente de la Deidad, están en el cielo, y las que « están impedidas de esta participación, decimos, son destinadas « al lugar contrario».

Por consiguiente, si las almas de los muertos deben existir dentro del universo, la razón nos enseña que en éste abundan medios innumerables de comunicación, vehículos variados para trasmitir las sensaciones del mundo visible hacia el espíritu. Así el aire es medio de propagación del sonido, el ether de la luz, el espacio y la materia del calor, &. El alma, desprendida de su cuerpo, encontrará con profusión el vehículo del dolor en cualquiera parte del universo; puesto que en éste abundan esos mediadores entre el espíritu y la materia, tanto más cuanto que el cuerpo mismo en este mundo, no debe su vida sinó á los medios vitales que abstrae de los elementos materiales

que le rodean; porque la vida orgánica se halla en estado latente y virtualmente por dóquiera.

El alma del muerto, constituida dentro del universo, no puede excluir de sí los vehículos con que Dios la rodea por todas partes para hacerla sentir la sensación que merece («Et pugnavit pro eo orbis terrarum contra insensatos»: Sap. 5. 51). Porque si tuviese ese poder sería superior á la justicia divina. Así como la justicia humana en este mundo abunda en medios de castigo; así también y con mayor poder, Dios dispone de ellos en el vasto campo del universo para el castigo del alma delincuente; puesto que la negación de la existencia de esos medios, nos conduciría á la negación de la justicia divina: el fin, pues, llama los medios.

Además, aquí en la tierra tenemos una prueba evidente de que un alma en el infierno puede ser presa de las llamas ardientes. En efecto, así como Dios ha unido el alma al cuerpo, mediante su poder, para formar un sola individualidad en que hay comunidad de existencia para ambas sustancias, así del mismo modo, puede con el mismo éxito y perfección hacer que las llamas de fuego formen su cubierta exterior, su corteza corpórea, llevando en sí los medios conductores ó el poder de hacerla sentir la sensación del dolor; que penetren su existencia á la manera que en el hombre, el alma penetra el cuerpo y éste se halla en contacto íntimo con aquella. Hay, pues, posibilidad para la unión perfecta de un espíritu con la materia; puesto que de hecho la experiencia de la unión del alma con el cuerpo, nos la comprueba en este mundo. Por consiguiente, el fuego material puede ser organizado, por decirlo así, por Dios, con los respectivos vehículos de comunicación para ser unido al alma. En esto no hay contradicción, no hay disonancia para la razón.

En este mundo, el medio de comunicación entre el espíritu y la materia para la trasmisión de la sensación, es otra materia organizada con cierta forma, que es el cuerpo humano; y el poder de esta comunicación no depende siempre de la forma, puesto que en los animales varía ella sin suprimirse, no obstante, la sensibilidad; sinó de la eficacia que Dios ha querido comunicar á la sustancia de ciertos órganos, de la que resulta su aptitud para aprender y trasmitir al espíritu las sen-

saciones causadas por los objetos materiales. Luego, si la eficacia de esta acción no depende de la forma material, sinó de la propiedad particular de ciertos conductores orgánicos y de su esencia, es claro que estando estos medios, esa esencia y esa eficacia á disposición del gran principio de vida, que es Dios, y hallándose difundidos por doquiera, pueden ser puestos entre el fuego y el alma para herir à ésta con el dolor del incendio.

Por otra parte, el alma viendo la Justicia Divina y á su luz, puede percibir los efectos de esta primera causa, es decir, los medios con que ella castiga á las almas perversas, como son los dolores bajo todas sus formas, al modo que un espìritu bienaventurado con la visión de Dios, percibe y experimenta todos los bienes que pertenecen al orden de la felicidad celeste: quien ve la causa, ve los efectos contenidos en ella. Dios es la primera causa de todas las cosas, y además es un puro acto, es decir, Dios reune en un solo acto todas las cosas que nosotros podemos hacer sucesivamente, en diversos tiempos y con muchos medios directos é indirectos. Luego, si la justicia divina, como causa, está en contacto con el alma de un réprobo, gravitando sobre ella, ésta debe percibir todos sus efectos de un modo inmediato, todos los dolores físicos y morales, que por sus crímenes merece experimentar.

Aquí en la tierra, Dios ha unido las fuerzas al espíritu y á la materia del cuerpo humano. ¿Con quién están unidos el calor, la fuerza vital, la electricidad, la luz, *&?* Sin duda con el alma, porque el cuerpo humano encierra todas estas fuerzas en proporciones determinadas y convenientes.—Luego es fácil al Ser Supremo el unir la fuerza del calor, el fluido mismo esencial del calórico al alma. Esta, teniendo una vida común con el fuego, viviendo en esa cárcel de tormento, como en este mundo vive nuestra alma en la cárcel del cuerpo, puede existir con su envoltura ígnea, como nosotros existimos con nuestras cubiertas corpòreas: *Spìritus ardoris, spiritus incendii* (Is. 4).

El que Dios, pueda unir el fuego material al alma, como medio de castigo, no es imposible; porque para él todo es posible. Además, el poder de unir lo espiritual á lo material, poseemos aun nosotros, seres finitos, en cierta escala.

En efecto, ¿no es cierto que encarnamos el pensamiento en el fluido eléctrico, que es una fuerza ó agente físico, el que á su vez se une al cable conductor, y la corriente eléctrica es mensajera del pensamiento al través de los mares y regiones terrestres? Encarnamos las ideas entre las mallas y formas del papel, que es una materia, por medio de la escritura. Los artistas encarnan el pensamiento, el sentimiento y todos los grados de la emoción del alma, ora en las notas vibrantes de la música, ora en una obra de poesía, de escultura ó pintura; —en fin tenemos el poder de asociar lo espiritual á lo material, el poder de improvisarnos órganos conductores de nuestros pensamientos y sensaciones.

Ahora bien, si es posible al pensamiento y al sentimiento encontrar en los objetos materiales un vehículo, un órgano de trasmisión de una á otra alma, de una inteligencia á otra al través de las cosas corpóreas ¿qué dificultad habría para que la justicia divina trasmita la sensación del fuego al espíritu réprobo, al través de la materia del universo, dentro del que debe hallarse aquél, después de la disolución del cuerpo? Si nosotros, seres finitos é ignorantes, improvisamos *ad extra* órganos que trasmitan nuestras sensaciones, Dios, ser inmenso y poderoso, el que nos concedió ese poder ¿no lo tendrá en un grado infinito?

Es verdad que no sabemos cómo y de qué manera el fuego atormenta el alma del réprobo; pero con los datos que hemos compulsado respecto á su posibilidad, la razón no se halla en contradicción con ese género de castigo, tanto más cuanto que el alma de un pecador no irá fuera de la creación, al desprenderse de su cuerpo, sinó que quedará retenida dentro de ella en un lugar designado de antemano por la justicia divina.

No hay para qué ocultar esta verdad á los mortales. Con razón el Padre Ventura de Ráulica, en sus Homilías sobre las Parábolas, dice: «Tenemos que confesar las penas del infierno, « porque ¿de qué nos servirían las contemplaciones? Si calla- « mos acerca del fuego del infierno, ¿dejará por eso de exis- « tir? Dulcificar la pintura no es mitigar los tormentos; por « más que se procure la reserva no perderá nada de su horror».

Todo este razonamiento se refiere solamente al estado del alma separada de su cuerpo, pero tan pronto como se verifique

la resurrección de los muertos en el gran día Señor [en el juicio final] todas las dificultades de nuestra concepción desaparezcan por completo; porque una vez reconstituido el hombre, tal como lo vemos ahora en este mundo, debe sufrir, siendo réprobo, el tormento del fuego del infierno eternamente. Y el modo como debe experimentarlo en ese estado de existencia mixta, lo comprende nuestra razón perfectamente.

CAPÍTULO 2º.

¿Qué son los hábitos del alma, dónde residen, y cuál es su sujeto?—El alma separada, tiene una relación *sui géneris* con el mundo sensible por medio de sus hábitos de comunicabilidad y de su memoria.—Esta, cuando se refiere á los hechos pasados, reside en la parte sensitiva del alma.—El espíritu al separarse de su cuerpo, se expande y se adapta en lo posible á los medios generales de vida.—La vida orgánica se halla en estado latente en la naturaleza.—El cuerpo humano es la imagen y síntesis del universo material—Se explican las apariciones de almas entre los viadores de este mundo.—Se arranca de todos los fenómenos compulsados, la conclusión de la posibilidad de que el alma del réprobo puede sentir el fuego material del infierno.

Pues bien; la posibilidad de que el alma separada puede obrar sobre las sustancias corpóreas, sin estar unida á su cuerpo, se demuestra por el hábito. En efecto ¿qué es el hábito, hasta dónde alcanza su potencia y cuál es el modo de obrar del alma bajo el influjo de esta segunda naturaleza? El C. Cayetano filosóficamente, dice: «que siendo el hábito el fin ó término del acto ó serie de actos conducentes á habituarse y de la habitud ó disposición por ellos adquirida....; claro es que á la verdadera noción de hábito se asocia inseparablemente la de costumbre, sin la que por lo mismo no se concibe ni puede darse hábito propiamente dicho. Así es que no basta para su formación una reiterada serie de actos meramente naturales, sino que supone imprescindiblemente voluntariedad: pues por muchas y frecuentes veces que una piedra (por ejemplo) se lance hacia arriba, jamás contraerá la costumbre ni por consiguiente hábito (disposición ò facilidad) de elevarse por sí misma; lo cual comprueba hasta la evidencia la exactitud de Averròes, en adicionar la definición del hábito *quo quis operatur*, con la condición

imprescindible *cum vult, por el que uno obra cuando quiere.* De aquí se infiere que los seres tanto más se aproximan á su capacidad de contraer hábitos, cuanto más participan de la racionalidad; llegando algunos á ser susceptibles de educación, cuyo fin principal es la trasformaciòn de los instintos espontáneamente naturales y de las tendencias inconvenientes en hábitos más ó menos racionales, honestos y rectos ó plausibles; y por consiguiente: 1°. que los hábitos residen propia y principalmente en el alma, y solo secundariamente en los órganos corpòreos de sus potencias; 2°. que sin embargo la *asuefacción* ó costumbre habitual habilita los miembros para su fácil actuación, como es de observar en los músicos y otros artistas en la ejecuciòn expedita y aun casi sin atención de sus ejercicios respectivos; 3°. que es muy interesante la distinción de los hábitos *ad naturam y ad operationem,* imperfectos aquellos y que á lo sumo debieran llamarse disposiciones habituales (parecidas à hábitos ó participantes de su noción únicamente, por lo que tienen ó tengan de sumisión á la razón propia ó estraña); y estotros perfectos y propia y exclusivamente tales en virtud y por efecto de su racionalidad ó voluntariedad.»

Santo Tomás, en la cuestión 50, art°. 1°. hablando del sugeto de los hábitos, dice: «Mas las operaciones que provienen del alma por medio del cuerpo, son en verdad principalmente propias del alma, pero secundariamente del mismo cuerpo, y como los hábitos, son proporcionados à las operaciones, por cuya razón de actos semejantes se originan hábitos semejantes....; por eso las disposiciones á tales operaciones existen principalmente en el alma, pero en el cuerpo pueden existir secundariamente, esto es, en cuanto el cuerpo se dispone y se habilita á servir con prontitud á las operaciones del alma .. Al segundo que las disposiciones corporales no son difícilmente movibles de una manera absoluta en virtud de la mutabilidad de las causas corporales: sin embargo, pueden serlo por comparación á tal sugeto; esto es, porque durante este no pueden removerse ó porque son difícilmente movibles por comparación á otras disposiciones; mientras que las cualidades del alma *son en absoluto difícilmente movibles á causa de la inmovilidad del sugeto.* Por consiguiente, no dice que la salud difícilmente movible de una manera abso-

lata, sea un hábito, sinó que es como un hábito, según el texto griego. Sin embargo, las cualidades del alma se llaman *hábitos de una manera absoluta*».

De las nociones anteriormente expuestas por los eminentes sabios que he citado, se desprende la idea de que los hábitos del alma pueden existir aun después que haya perecido el cuerpo; porque los hábitos de los que el alma es sugeto, no pueden desaparecer en estado de potencia, aun después de la disolución del cuerpo. Es cierto que las operaciones del alma mediante el cuerpo, han cesado; y por lo mismo esos actos ya no pueden verificarse, es decir, aquellos actos que se ejercen con el mecanismo de los órganos; pero es opinión de los Santos Padres, así como de Santo Tomás, que el alma condenada y separada de su cuerpo, no va fuera de la creación, sinó á un lugar corpóreo á donde Dios la destina. Y como, estando el alma en medio de los elementos materiales de la creación sensible, no puede permanecer indif.rente á ellos, máxime, si posee disposiciones para comunicarse con el mundo exterior por medio del hábito de comunicabilidad, que durante su vida mortal ha ejercitado constantemente y sin intermisión, resulta de aquí que puede si Dios se lo permite, como sustancia paciente, aunque no como activa, recibir algunas sensaciones y conocimiento del mundo sensible que la rodea y en cuyo seno se halla. Puede, pues, referir la potencia de sus hábitos de comunicación sensible á ese mundo y tener percepciones para sufrir ó gozar. El gozo y el sufrimiento se espiritualizan ciertamente en el alma en razón de que carece de cuerpo y en virtud de la visión de la justicia de Dios ó de su bondad; pero las sensaciones que le vienen de la contemplación de la naturaleza, en que brilla también la gloria de Dios, y de los horrores del fuego del infierno, deben ser sensibles porque vienen de los elementos materiales.

Además, para que el sufrimiento obre en el alma, es preciso que recuerde sus crimenes pasados y que ejercite por lo mismo la facultad de la memoria; pero la memoria, cuyo objeto son los hechos pasados, no reside sinó en la parte sensitiva del alma y por consiguiente no puede funcionar sinó con el auxilio de lo sensible, es decir, con la cooperación de los sentidcs. A

este respecto viene en apoyo de mi opinión el Angélico Dr. en la cuestión 79, artº. 6º. de la Summa, en estos términos: «Así « pues, si por memoria se entiende únicamente la facultad de « conservar las especies, fuerza será decir que está en la parte « intelectiva. Pero, si se considera esencial á la naturaleza de « la memoria que su objeto sea lo pasado como tal; en este « concepto la memoria no reside en la parte intelectiva, sinó solo « en la sensitiva que es la aprensión de los objetos particulares.»

Ahora bien, en la parábola del rico Epulón, se dicen las palabras siguientes: «Acuérdate que recibiste tus bienes en tu vida». Luego la memoria permanece en el alma separada de su cuerpo; y como cuando ella se refiere á los hechos pasados, reside en el alma sensitiva, es claro que ella separada del cuerpo, por la fuerza del hábito y conservando esa potencia en acto (la memoria), recibe las sensaciones del mundo exterior, aunque imperfectamente, en razón de que no se encuentra unida á un cuerpo organizado, sinó solamente á los medios de vida esparcidos en la naturaleza, en los que se halla la vida orgánica en estado latente, y donde puede procurarse órganos improvisados de percepción, como en este mundo lo hace con los elementos exteriores para trasmitir sus sentimientos é ideas en las notas vibrantes de la música, del canto; en la corriente del telégrafo eléctrico, en la pintura, en la escultura, &, &.

Cuando muere el cuerpo, el alma como espíritu, se expande, se dilata, escapándose de las prisiones de la materia. También el cuerpo se avapora, se disuelve y extiende su sustancia. Como el alma no puede ya localizarse en el estrecho recinto de su cuerpo (porque éste se ha disuelto), se adapta entonces en lo posible al mundo exterior en su espansión. Su visión intelectual debe ser más extensa, su entendimiento y voluntad probablemente crecen en potencia para gozar ó sufrir. En la materia que le rodea, donde se encuentran sustancias semejantes á su cuerpo, ejercita universalmente sus potencias, aunque ya no activa, sinó pasivamente, para recibir percepciones generales y amplias. Por eso sus sensaciones en razón de su generalidad, pueden engendrar en ella ideas más intensas y dolorosas. Ya no se reduce á lo concreto y particular, como cuando estaba unida á su cuerpo, sinó á lo general y universal; aun-

que su memoria se dirija á lo concreto en sus recuerdos; pero, ella misma se hace más general para agravarla con todas las imágenes de sus crímenes y faltas. Sus recuerdos ya no son lentos y sucesivos, sinó más vastos y más generales para herir su conciencia con más fuerza.

Así como la fuerza del calórico tiene una tendencia natural á unirse á las sustancias corpóreas para dilatarlas, asì también por naturaleza y por hábito el alma tiene avidez de lo sensible para recibir la sensación y conocimiento del mundo exterior. El estado del alma separada del cuerpo, es imperfecto, porque se ha truncado su existencia mixta y doble. Entonces el alma, quedando siempre en medio del universo material, expande su sustancia para adaptarla á lo general, ya no á lo particular, es decir, á los medios generales de vida; porque el cuerpo humano, por ser la síntesis de todos los elementos materiales, es la imagen de la creación; y el alma, por ser soplo divino, es la imagen de Dios. El cuerpo es el universo concretándose en un pequeño volumen, y el universo es el mismo cuerpo humano, extendiéndose en lo inmenso; el cuerpo organizado es la vida del universo manifestándose en un punto del espacio, y el universo es la misma vida orgánica, expandiéndose en formas colosales. Luego, la vida orgánica existe virtualmente en cualquier punto de la creación. Por consiguiente, el alma entrando en el mismo elemento en que vivió, puede encontrar medios de recoger impresiones sensibles por doquiera.

El oxígeno, el hidrógeno, el ázoe, y los elementos de que constaban los órganos y nervios de su cuerpo destruido, no los encuentra ya organizados y compaginados, sinó que existen esparcidos en el aire y en el mundo. Ella no los pierde de vista, los sigue con su inteligencia y se dilata para alcanzarlos en lo posible; así es que sus impresiones deben ser confusas y generales. Solo de este modo se explica como las almas de algunos moribundos, se dilatan fuera de sus cuerpos, se aparecen á algunos viadores bajo la forma humana y aun hacen ruidos perceptibles. Estas apariciones y fenómenos sensibles producidos por ciertas almas, cuyos cuerpos duermen ó entran en síncope durante algunos instantes, no se pueden poner en duda, porque millares de testimonios fidedignos los aseguran á pie firme. La

tarea del raciocinio no es pues despreciar los datos positivos que se le presentan, sinó explicarlos de algún modo; y esta explicación que doy es tan probable que no se halla de modo alguno en contradicción con la razón. Y si no os tranquiliza esta explicación, os pido otra que dé la razón de esos fenómenos sensibles, de esas apariciones y visiones aterrantes durante la agonía de un hombre, y aun después de su muerte. Es cierto que no pueden suceder, sin que los permita la Providencia, pero ya que suceden porque ella los permite, necesario es investigarlos en lo posible y en todo el alcance de la razón para no dejar en la oscuridad hechos positivos sin un examen concienzudo.

Por otra parte, sabido es que el alma del Profeta Samuel (que ya murió antes de la batalla de Gelboé), se le apareció al Rei Saul y después de muchas cosas, le dijo; «Y el « Señor entregará también contigo á Israel en manos de los Fi- « listeos: y mañana tú y tus hijos sereis conmigo» . . . (libro 1°. de los reyes cap. 28. v. v. 11 y sig.) Luego, las apariciones de almas ante los vivientes, no son cosas de novela, ni hechos de pura imaginación, sinó que son reales. Pues bien, si tenemos bajo los ojos estos fenómenos, hasta asegurados por la Santa Biblia, podemos subir de estos efectos a inquirir sus causas por un procedimiento de inducción prudente y cuidadoso. Pues bien, conocidos ciertos efectos, ellos denuncian necesariamente la existencia de ciertas causas. El alma no puede hacer resonar la palabra en el aire ni producir ruidos sin tener á su disposición medios físicos. Es de creer, pues, que al alma, como potencia espiritual, Dios le ha dado el poder de organizarse momentánea y transitoriamente, un cuerpo sutíl y pasajero para cumplir la voluntad divina en esas apariciones. Lo cierto es que siendo de hecho verdadero el fenómeno de esas apariciones y obrando las almas aparecidas sobre los cuerpos, aunque no sobre otras almas, del mismo modo que los viadores, nos hacen pensar fundadamente que Dios les concede de un modo transitorio el poder de rodearse de una organización diáfana, imperceptible y en cierto modo espiritual, por cuyo medio verifican los actos que hemos citado arriba, tanto más cuanto que algunos ángeles y almas han aparecido en este mundo bajo forma humana.

El cuerpo humano no es más que aire solidificado, según

la química moderna. Por lo mismo dentro del aire y en los medios de vida esparcidos en él, puede el alma encontrar facilidad por medio de las potencias que Dios le ha dado, para procurarse instrumentos orgánicos imperfectos y pasajeros que trasmitan sus actos al mundo exterior, y principalmente para recoger dentro de sí ciertas sensaciones de dolor ó gozo, según que ella es reprobada ó bienaventurada. Luego, si vemos en esta vida fenómenos sensibles, producidos por las almas separadas de sus cuerpos, ellos nos conducen á creer, que las que están destinas á penar, deben percibir la sensación del fuego del infierno.

CAPÍTULO 3º.

El ejercicio de los órganos sensitivos no es más que movimiento.—El movimiento, como sensación, es punto de relación entre el alma y el mundo exterior.—El medio conductor de la sensación es el movimiento modificado por los sentidos en diversas formas.—El alma separada del cuerpo, percibe el movimiento bajo una sola forma.—El fuego material no es más que movimiento.—Triple vía por donde percibe el alma la sensación del fuego del infierno.—Percepción de las sensaciones durante el sueño.

Avancemos algo más en el razonamiento. Hay un hecho que se escapa á los ojos vigilantes de los filósofos y sobre el que la Química Orgánica, ha arrojado un rayo de luz. En efecto, lo esencial de la vida orgánica, es el movimiento; y éste es el que se comunica al espíritu en forma de idea y sensación. A la verdad, el movimiento es la condición principal de la vida orgánica: la alimentación y conservación del cuerpo animado, es el movimiento nutritivo por medio de la circulación de la linfa, de la sangre, de la asimilación, &, &. El mecanismo del oido es otro movimiento, mediante la vibración de los órganos y nervios acústicos; la sensibilidad tactil, es otro movimiento de los nervios del tacto. Lo mismo sucede con los nervios de la vista y del sentido del gusto. Por consiguiente, sin el movimiento de la materia orgánica, afectada por igual movimiento de los cuerpos extrínsecos que nos rodean, no es posible comprender la vida, porque aun las imágenes de los objetos son trasmitidas á nuestra vista por el movimiento ú ondulación de la luz.

Luego si la materia universal de los mundos y sus fuerzas estuvieran en reposo, no habría vida para los seres organizados, y por esta causa se reduciría considerablemente la actividad del alma.

Con profunda ciencia, Humbold, hablando de la vida orgánica, dice sustancialmente lo siguiente:......«Y si nos fuesé posible contemplar el organismo viviente sobre la tierra—las plantas ó los animales—veríamos los átomos constituyentes en incesante movimiento—combinándose y separándose; grupos que se disuelven y vuelven á combinar y todos circulando por ordenados y determinados caminos—el movimiento en todos los puntos del organismo vital. Así los movimientos de los eternos soles, lanzados en radiantes formas al través del universo, reaparecen en los movimientos de los seres orgánicos. La unidad del plan es inalterable—las armonías de la vida terrestre no son más que cadencias de la música de las esferas». (1)

Ahora bien, pregunto yo ¿cómo se trasmiten y por qué género de mecanismo las imágenes sensibles del mundo exterior hasta la región del espíritu? Yo contesto: por medio del movimiento que afecta á los sentidos propios y de que el alma abstrae las ideas y los sentimientos de dolor ó gozo. Para que el alma perciba las imágenes sensibles y forme las especies inteligibles, según la espresiòn de Santo Tomás, es preciso que los órganos de los sentidos sean inmutalos, es decir, movidos, afectados por los cuerpos exteriores, los cuales estando en acción, comunican cierta forma de movimiento á aquellos. Este movimiento se diversifica, según el òrgano sensitivo que debe ser afectado, para producir una sensación propia del sentido. Por ejemplo, para que el gusto sea afectado, es menester que un cuerpo se disuelva en la humedad de la lengua ó en la saliva, y la disolución del cuerpo afectante constituye un movimiento de espansiòn ó dilatación; lo mismo sucede con los átomos que afectan el olfato; porque evaporados de ciertos cuerpos, van á fijarse en el *mucus* nasal, lo cual constituye también otro movimiento de espansión. El sonido forma también un movimien-

---

[1] Citado en los Elementos de Química de E. Youmans, 2ª. edición. Nueva York, 1859, página 45 .

to por la ondulación del aire que conduce el sonido al través de los órganos auditivos puestos en vibración, &. &. Luego, el movimiento es el que más se aproxima al espíritu, aunque no se une con él con unión perfecta; pero parece que es accesible y tiene mucha inclinación hacia él, para trasmitirle la sensación propia de cada sentido. Es cierto que el sentido común del espíritu discierne, distingue y aprecia las sensaciones y las imágenes sensibles que abstrae de los sentidos corporales, porque el sentido común es interno y espiritual.

De lo dicho anteriormente, resulta que el medio conductor de la sensación material viene á reducirse al movimiento modificado por la acción de los òrganos corporales en formas especiales. Ahora bien, si es el movimiento una de las formas más perfectas de la actividad de la naturaleza, y si él provoca la energía del alma, que como sustancia espiritual, espiritualiza las imágenes sensibles que recibe, es claro, que ella separada de sus órganos corporales por la muerte, puede mediante el movimiento de los cuerpos exteriores percibir las sensaciones; pero aquí hay de por medio un inconveniente para esa percepción: la ausencia de los órganos sensitivos conductores y modificadores de ese movimiento; pero esta dificultad desaparecerá si mostramos algún otro medio que le facilite al alma esa percepción, y que la conduzca á recibir el movimiento en forma de sensación. En efecto, como el alma reprobada y separada de su cuerpo, debe estar no fuera de la creación, sinó dentro de ella en un lugar determinado por Dios, y como el universo visible es material en todas sus partes, de aquí resulta que siempre ella está en contacto con la materia, que es la que trasmite el movimiento y lo propaga: y estando el alma en contacto con la materia, es claro que puede percibir el movimiento, pero bajo una sola forma, sin que pueda diversificarse ó modificarse, como sucede al través de los órganos sensitivos; de suerte que el movimiento le es trasmitido en una simple y única forma sin distinguirse en sensaciones de gusto, olfato, tacto, vista, &. Ahora bien: como el calor ó fuego no es más que movimiento, según la Thermodinámica, porque es la agitación de las moléculas materiales en su mayor potencia, de aquí resulta que estando el alma en medio y en contacto con los prin-

-cipios generales de vida sensible, esparcidos en la naturaleza, puede percibir al través de esos medios, bajo una sola forma, la sensación de ese movimiento, es decir, del fuego del infierno.

Además, como las especies inteligibles se han connaturalizado con el alma, durante su vida en este mundo, mediante el hábito de las sensaciones, ejercitado por los órganos (ya disueltos con la muerte); y como las formas de los objetos exteriores las conserva, mediante la facultad de la memoria—de aquí resulta que recurriendo el entendimiento á ese almacén (la memoria) puede por comparación apreciar y distinguir la sensación del fuego de cualquiera otra, mediante el sentido común interno y espiritual que se pone en acción con la presencia de esos recuerdos.

Hay más. Aun cuando el alma perciba esas sensaciones de un modo confuso y desordenado, ese mismo desorden es un motivo de sufrimiento para ella; porque el desorden en cualquiera situación de la vida, es una causa intensa de padecimiento y de dolor para el espíritu. Y como á éste le vienen esas sensaciones del mundo material à herir su parte sensitiva, relativa á su comunicabilidad con ese mundo, es evidente que esos sufrimientos son también sensibles.

Por otra parte, como el alma, mediante su visión intelectual ve al Creador, y como Dios posee en sí los ejemplares de los seres creados, claro es que viendo el condenado la justicia divina, ve y aprecia la calidad de los objetos del mundo exterior, al modo que delante de un espejo aparece la imagen de los objetos que se hallan detrás del observador, aun sin que los mire directamente. La visión de la bondad divina por el alma bienaventurada, le manifiesta á ésta los ejemplares que contiene de los bienes eternos y de los que se hallan en la creación; así como la visión de su justicia infinita, muestra al condenado el mal eterno, que consiste en la privación de la vista de su bondad, y los males que residen en la acción de los objetos y fuerzas creados, que son los ministros de su indignación. He aquí, como el condenado se halla en aptitud de experimentar el mal que le resulta del fuego, cuya sensación la percibe y aprecia por la triple vía que he indicado, es decir, por la visión de la justicia divina—por los medios generales de vida orgánica difun-

dídos en el universo—y por el recurso de la memoria. Luego el alma del condenado puede padecer la sensación del fuego material del infierno.

Finalmente, el alma durante el sueño del cuerpo, ve objetos diversos, razona, discierne. aprecia y siente con vehemencia la acción del calor, del frío, &.; en fin experimenta sensaciones fuertes y enérgicas. Y adviértase que todo esto sucede, estando el alma separada de la acción de los sentidos corpóreos; porque, mientras el sueño, el cuerpo se halla inerte como un cadáver. Aun hay algo más: las terribles emociones y sufrimientos de una pesadilla, el alma las trasmite al cuerpo dormido y lo despierta. De aquí resulta que el fenómeno de las impresiones sensibles, se verifica en sentido inverso del que se efectúa durante la vigilia. En ésta son los órganos los que trasmiten al alma las impresiones de los objetos nocivos, y en aquél (durante el sueño) es el alma la que las encuentra para volverlas hacia el cuerpo. Luego el alma separada del cuerpo puede ser sensible al fuego del infierno; porque su sensibilidad está en potencia y en acto, aun durante la ausencia de los sentidos corporales.

FIN DEL APÉNDICE.

INDICE

GENERAL DE LAS CONFERENCIAS CIENTÍFICO-

RELIGIOSAS, SOBRE LA COSMOLOGÍA DEL FIN DE LAS

COSAS CREADAS.

CONFERENCIA SEGUNDA.

CAPÍTULO 3º.

CONFERENCIA TERCERA.

CAPÍTULO 4º.

CONFERENCIA CUARTA.

CAPÍTULO 5°.

CAPÍTULO 6°.

CAPÍTULO 7°.

CAPÍTULO 8°.

CAPÍTULO 9°.

CAPÍTULO 17.

APENDICE.

AL TRATADO DEL INFIERNO.

CAPÍTULO 1º.

FIN DEL APÉNDICE.

NOTA.—En este índice están corregidos los sumarios de los capítulos de esta obra.

FE DE ERRATAS.

PÁG.	LINEA.	DICE.	DEBE DECIR.
33	18	Quest. 21, art. 2...	Suplem. quest. 91, art. 2.
49	29	cuyo peso es la cantidad marcada con la letra *A*.	cuyo peso es de dos quintillones de quilógramos.
50	31	que pasarán los dominios del planeta Neptuno.	que pasarán los dominios del planeta Júpiter.
51	25	400,000 quilográmetros ó calorias	400,000 metros de velocidad.
53	23	Ahora bien en: el sol...............	Ahora bien, en el sol.
56	11	conquas sabit......	conquassabit.
71	27	ora de especies diferentes...........	ora de especies diferentes, según la clase de animálculos que se han desprendido de esos cuerpos pútridos.
75	37	Srerke...........	Sierke.
94	13	pasemos la escena.	pasemos á la escena.
95	36	el dulce juego....	el dulce fuego.
110	7	cietos..	ciertos.
114	33	deiba...........	debía.
135	26	La libertad.........	La libertad de elección ó potencia electiva.
144	29	R. Arébalo......	B. Arébalo.
147	13	adoptados.........	adaptados.



